

Más que un compromiso

BARBARA McMAHON

Más que un compromiso

Barbara McMahon

Más que un compromiso (2004)
Título Original: Marriage in name only
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Jazmín 1892
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Connor Wolfe y Jenny Gordon

Argumento:

El millonario Connor Wolfe no tenía otra opción que casarse si quería conservar la custodia de su sobrina huérfana. ¿Y quién mejor para convertirse en su esposa que Jenny Gordon, la niñera de la pequeña? Jenny aceptó aquel matrimonio únicamente por el bien de la niña… pero en realidad deseaba con todas sus fuerzas que aquello fuera algo más que un matrimonio de conveniencia.

Capítulo 1

—Odio el invierno —se dijo Jenny suavemente mientras miraba al cielo plomizo que rodeaba el vestíbulo abierto del Rocky Point Inn. Casi sin darse cuenta se frotó su pierna dolorida. Era mejor que Pete Dowling, de las noticias de las seis, para predecir el tiempo. Claro que no hacía falta un científico para saber que Maine en invierno era frío.

A pesar de llevar unos pantalones de lana, un jersey grueso, unos calcetines y zapatos, Jenny se sentía helada. El fuego crepitante de la habitación, rodeado por unos sofás y unas sillas, daba la ilusión de calidez. Quizá si estuviera más cerca, sin el mostrador de recepción entre ella y la chimenea, podría sentir más el calor.

El vestíbulo estaba desierto. Normalmente ella no se ocupaba de la recepción, pero aún estaban escasos de personal, y cuando Libby le había pedido tiempo libre para ir a Portland a pasar la tarde con su nieta, Jenny había dicho que sí. Era una semana con poco trabajo y unas pocas horas en la recepción no serían gran problema.

Miró el reloj. No eran ni las cuatro, pero aquel cielo oscuro traería la noche antes de lo normal. Habría de llamar a Angie pronto. Esa niña estaría patinando hasta las tantas si pudiera.

Durante un segundo a Jenny se le ablandó el corazón. Si a la niña le hacía ilusión, le permitiría patinar hasta que quisiera siempre y cuando no corriese peligro.

Ella conocía muy bien el dolor de perder a sus padres. Al menos ella tenía dieciocho años cuando su padre murió, no ocho como Angie. Y perder a los dos padres a la vez era devastador. Si la niña podía olvidar momentáneamente la tragedia mientras patinaba, Jenny se lo permitiría mientras hubiese luz.

Se frotó la cadera y cambió de posición sobre el taburete que había tras el mostrador. No conseguía estar cómoda. Quizá debería caminar para ver si así cesaba el dolor. Nunca sucedía, pero probaba infinidad de cosas cuando el dolor se hacía insoportable. Un baño caliente a veces ayudaba, pero no podía abandonar el mostrador.

Una de las pesadas puertas se abrió de golpe. Jenny miró y se

asustó. No esperaba a nadie, y menos a un hombre como aquél. Iba vestido totalmente de negro.

Desde las botas negras de motorista hasta el pecho, cubierto con una camisa y una chaqueta de cuero, también negras. La chaqueta estaba abierta y se movía de un lado a otro mientras él se acercaba directamente al mostrador. Llevaba un petate desgastado colgado de un hombro y una funda de ordenador portátil de cuero negro en una mano.

Jenny pensó que no era de por allí. No con aquel bronceado. Caminó por el vestíbulo como si fuera el dueño del lugar, seguro de sí mismo. Se detuvo justo frente a ella y la miró con sus ojos oscuros. Su pelo negro y despeinado daba buena cuenta de la tormenta que se aproximaba.

Por un momento el tiempo quedó suspendido. Era alto. Jenny imaginaba que mediría más de metro ochenta. Estaba segura de que no lo había visto antes, lo habría recordado con total seguridad.

—¿Puedo ayudarlo? —preguntó ella.

—¿Tiene habitaciones?

El blanco de sus dientes resaltó contra el bronceado de su piel cuando sonrió.

Su piel se arrugaba ligeramente a la altura de los ojos, que ocultaban tristeza en su interior. ¿Quién era y qué hacía en Rocky Point, Maine? Definitivamente, no era el típico cliente de aquel lugar.

Ella asintió. Tenían muchas habitaciones libres aquella semana. Vacantes incluso durante el fin de semana, aunque el negocio no tardaría en remontar, pues el festival de febrero comenzaría pronto.

—Quiero una —dijo él mientras depositaba el petate y el maletín cuidadosamente en el suelo. Luego sacó su cartera.

—¿Cuánto tiempo planea quedarse? —preguntó Jenny mientras le alcanzaba una de las hojas del registro. Parecía que había electricidad en el aire. Se había olvidado del frío y de su pierna dolorida. Le picaba la curiosidad por primera vez en mucho tiempo.

—Lo menos posible —dijo él mientras tomaba el bolígrafo para rellenar la hoja.

Era demasiado pronto para que fuera del festival de febrero de la universidad.

Eso no comenzaría hasta pasada una semana y media. Por

fortuna, había muchas reservas para esa semana, y para las dos que flanqueaban el evento anual.

Pero aquella semana el albergue estaba casi vacío. Sólo había dos parejas mayores, antiguos alumnos de la universidad Blackstone, que habían ido a Rocky Point para recordar viejos tiempos. El tiempo no parecía incomodarlos, al igual que no parecía incomodar a aquel hombre.

—¿No hace frío fuera? —preguntó ella para sacar un tema de conversación. Su chaqueta de cuero no parecía lo suficientemente gruesa. Su curiosidad aumentaba.

¿Seria un profesor que estaba de visita en la universidad? No tenía pinta de ello, pero sabía que los profesores en esos días aparecían con cualquier indumentaria.

¿Qué sería lo que enseñaría? ¿Cómo montar en moto?

—Hace más frío que… da igual. Hace frío. Y es peor por el hecho de que acababa de llegar de un viaje de submarinismo en Tahití y en cuanto aterricé en Los Ángeles tuve que tomar un vuelo hasta aquí. No me importa Snowbird o Alta en invierno, pero la costa de Maine es el último lugar al que querría venir en esta época del año. En realidad, en ninguna época.

Ella parpadeó al escucharlo. Submarinismo en Tahití. Esquí en las Rocosas. Lo miró con detenimiento mientras terminaba de rellenar la hoja. Su camisa cubría un cuerpo muy masculino y en buenas condiciones físicas. Hombros anchos, cintura estrecha y ni una gota de grasa que ella pudiera ver. Probablemente le gustaban todo tipo de deportes. Se movía con soltura, a gusto con su propio cuerpo, con una arrogancia que no podía ocultar. Sexo ardiente con pantalones negros.

Jenny apartó la mirada, alucinada por sus pensamientos. No había tenido una reacción similar en mucho tiempo.

«Relájate, chica», se dijo a sí misma. «No es para ti»

La envidia y el arrepentimiento cruzaron por su cabeza. El representaba todo lo que ella había perdido y nunca más volvería a disfrutar. Conocía muy bien la situación. Probablemente las mujeres irían tras él como un rebaño.

Ella no. Claro que ese hombre nunca se fijaría en ella. Y ella no quería que lo hiciera.

Él le entregó la hoja con una sonrisa seductora. Era evidente que

formaba parte de su naturaleza.

—¿Hay algún sitio para comer por aquí cerca? —preguntó.

Incluso su voz sonaba diferente, tenía un acento arrastrado muy distinto a los tonos de Nueva Inglaterra a los que ella estaba acostumbrada. Había algo oscuro en su voz. Se preguntaba cómo sonaría mientras le hablaba con dulzura a alguna mujer.

—El restaurante del albergue abrirá a las seis. Servimos cena hasta las ocho —dijo ella con voz melosa. No pudo evitarlo. Era un cliente, por el amor de Dios, no alguien con quien fantasear.

—¿Y qué pasa si quiero algo más tarde?

—Hay una máquina expendedora al final del segundo piso con aperitivos variados. De otro modo me temo que tendrá que ir al pueblo.

—Lo cual no creo que me sirva de mucho.

—Puede que no seamos tan grandes como Los Ángeles, pero tenemos todo lo que pueda necesitar —dijo Jenny. Si no le gustaba el pueblo, ¿por qué había ido?

Sabía que estaba prejuzgándolo, pero no podía evitarlo. ¿Sería por sus formas o por el recuerdo de lo que ella ya no podría hacer?

Se echó hacia atrás y alcanzó la llave de la habitación siete. Era una habitación que hacía esquina, y tan lejos de las escaleras como era posible. Era insignificante comparada con otras habitaciones vacantes, pero a ella no le importaba. No le gustaba aquel hombre. No le gustaba lo que representaba. Le recordaba a Kart.

—¿Y hasta qué hora están abiertos los sitios en el pueblo?

—El Dairy Haven de la autopista está abierto hasta las once. Sirven hamburguesas, patatas fritas y helados. El café Rose In Bloom abre hasta las nueve, hasta las once los fines de semana.

El meneó la cabeza y agarró el portátil.

—Veo que la cena aquí parece ser la mejor apuesta —dijo mientras tomaba la llave. Comenzó a andar hacia las escaleras, pero entonces se giró—. ¿Sabe dónde está Jennifer Gordon?

Jenny tuvo una premonición. ¿Quién era ese hombre? ¿Por qué quería saber dónde estaba?

—¿Por qué?

—Soy Connor Wolfe. He venido a recoger a mi sobrina. Ella cuida de la niña.

—¿Es usted el tío de Angie?

Habían pasado casi tres meses desde que un incendio había matado a Cathy y Harrison Benson, los padres de Angie. Las autoridades habían estado semanas buscando algún familiar hasta que habían dado con el único hermano de Cathy.

Había sido un largo proceso, pues el fuego había consumido cualquier tipo de información sobre la familia de Cathy. Angie no sabía nada de su tío aparte de su nombre.

Todo el mundo conocía a Harrison. Había nacido y se había criado en Rocky Point. Pero no tenía familiares vivos, así que el hermano de Cathy era la única esperanza.

Por fortuna para Angie, Rocky Point era un pueblo pequeño, a pesar de que la universidad incrementaba la población cada año. El sheriff Tucker había permitido que Angie se quedara con Jenny hasta que su tío fuera localizado. Con ese acuerdo se ahorraban recurrir a los servicios sociales de Portland y así Angie podía quedarse en el sitio que conocía y en el que se encontraba a gusto. Cathy había trabajado para Jenny. Ambas habían sido amigas durante años. Angie iba al albergue cada día después de clase y esperaba hasta que se iba con su madre a casa. Conocía bien a Jenny. Y a Jenny le hacía ilusión cuidar a la hija de su amiga, hasta que llegara su tío.

—No sabía que lo hubieran localizado ya —dijo Jenny mientras observaba la hoja de registro. Había pasado tanto tiempo, que se preguntaba si algún día lo encontrarían.

—¿Y usted sabe eso porque…?

—Porque yo soy Jenny Gordon. Yo cuido de Angie. Isaac no me dijo que usted venía.

—¿Qué Isaac?

—El sheriff.

—Ah, sí. Lo conozco. Pasé por allí cuando llegué. De hecho me recomendó este lugar. Ahora lo comprendo. No sé si se lo dijo o no. Llegué a Los Ángeles ayer, vi la nota sobre lo de Cathy y tomé un vuelo a Boston por la noche. Y ahora estoy aquí.

Esto no es muy fácil de encontrar.

—No me lo mencionó —dijo ella. ¿Por qué no se lo había dicho? Habría supuesto que Jenny querría saberlo, aunque sólo fuese para preparar a Angie.

—No es mi problema. ¿Está mi sobrina aquí? —dijo Connor.

—Está fuera, jugando. Entrará pronto. Puedo llamarla ahora si lo desea —dijo Jenny preguntándose cómo reaccionaría la niña ante aquel extraño. Era muy diferente a su padre.

Él dudó por un momento y luego negó con la cabeza.

—Déjela jugar. Ya tendré tiempo de conocerla más tarde. Voy arriba a dejar las cosas.

Se dio la vuelta y comenzó a subir las escaleras.

—Siento lo de su hermana —dijo Jenny—. Cathy era una de mis mejores amigas. La echo de menos.

—No la había visto muy a menudo en los últimos años, pero nunca pensé que moriría tan joven.

Jenny lo observó hasta que desapareció. No había preguntado nada sobre Angie, ni cómo estaba, ni cómo llevaba la muerte de sus padres. Ni siquiera tenía impaciencia por verla. ¿No se daba cuenta de que era una niña pequeña que acababa de sufrir una pérdida traumática? Jenny pensaba que debería haber mostrado más interés.

De las conversaciones que Jenny había tenido con Cathy a lo largo de los años, y de las conversaciones recientes con Angie, sabía que los lazos familiares no eran fuertes. Connor Wolfe nunca había ido a visitar a Cathy en los diez años que había vivido en Rocky Point. Y, que ella supiera, Cathy tampoco había ido a visitar a su hermano.

Para Angie, fuera su tío o no, era un completo desconocido.

La puerta principal se abrió de nuevo y entró Angie, con las mejillas sonrosadas por el frío. Sus ojos marrones brillaban de alegría. Llevaba los patines colgados de un hombro mientras corría como una flecha hasta el mostrador.

—Ha sido genial, Jenny. Casi hago una pirueta. Pero entonces la cuchilla se enganchó en algo y me caí de trasero. Andy se rió, pero Cilla dijo que tenía que practicar, así que lo intenté de nuevo. Pero entonces empezó a nevar y se ensució el hielo. Tengo hambre, ¿qué puedo comer?

Jenny sonrió al ver la exaltación de Angie. Recordaba cuando ella se había sentido igual hacía mucho tiempo.

—Seca las cuchillas y deja los patines arriba. Puedes ir a pedirle a la señora Thompson un pequeño aperitivo, pero no te infles. Cenaremos dentro de un par de horas. Luego, los deberes.

—Sólo tengo Lengua y Matemáticas —dijo Angie mientras cruzaba el vestíbulo en dirección a las escaleras.

Jenny sabía que debería haberle dicho algo a Angie sobre la llegada de su tío.

Pero un vestíbulo público donde no se garantizaba la privacidad no era el mejor lugar. Se lo explicaría durante la cena, y esperaba que no se encontraran antes de que pudiera prevenir a Angie.

¿Prevenirla? ¿De qué? Su tío había llegado para llevársela a su casa a vivir con él. Parecía que vivía en Los Ángeles, lejos de todo lo que Angie conocía. Jenny se preguntaba si aquel hombre consideraría la posibilidad de quedarse en Rocky Point durante un tiempo hasta que Angie se acostumbrara a los cambios. Quedarse le permitiría llegar a conocerlo mejor mientras aún estaba rodeada de sus amigos.

Pero estaba segura de que no existiría tal posibilidad. Ella deseaba proteger a Angie de cualquier daño futuro, pero sabía que sería un trabajo duro.

Connor entró en el restaurante del albergue poco después de las seis. Era más temprano de lo que él solía cenar, pero con los cambios horarios y los viajes ininterrumpidos de los últimos dos días, no estaba muy seguro de dónde debería estar a aquella hora. Pero tenía hambre, así que comería.

Había unas dieciocho mesas en la sala, y sólo una de ellas estaba ocupada. Dos parejas charlaban entre ellas, ajenas a cualquier otra cosa.

Él asintió al ver a la camarera salir de la cocina llevando unas ensaladas.

—Siéntese donde quiera. Enseguida le atiendo —dijo ella. Por su aspecto sería una de las estudiantes de la universidad de Blackstone.

Connor recordaba algunos fragmentos de las cartas que Cathy le enviaba.

Había hecho un par de cursos en la universidad al llegar a Rocky Point, antes de que Angie naciera. Quizá echaría un vistazo a la universidad antes de marcharse. Ya había visto casi todo el pueblo. No podía imaginarse a su hermana viviendo allí.

Deseaba haber podido hacerle alguna visita mientras vivía.

Connor eligió una mesa junto a la ventana, incapaz de ver nada en aquella oscuridad aparte de la nieve cayendo, iluminada por la

luz de la ventana. La tan anunciada tormenta había llegado.

Esperaba que no retrasara las cosas. Quería marcharse temprano por la mañana.

Con las escalas adecuadas, él y Angie podrían estar en Los Ángeles para la cena del día siguiente. Tenía a su secretaria ocupándose de todo. ¿Cuánto tiempo le llevaría empaquetar las cosas de una niña pequeña, especialmente cuando todo lo que poseía tres meses atrás había ardido en el incendio?

Connor apretó la mandíbula y miró por la ventana. Cathy y él no habían tenido una relación cercana. No se habían visto en más de una década. Pero había sido su hermana pequeña y el único pariente que le interesaba conocer. Había muerto demasiado joven.

Si Cathy hubiera conocido el resultado, ¿se habría mudado a Rocky Point para vivir la vida como la esposa de un pescador?

Recordaba su última pelea. Él se había mostrado incrédulo sobre el hecho de que ella quisiera mudarse al fin del mundo. Cathy se quejaba de que estaba harta de la vida impersonal en Los Ángeles. Quería una familia, raíces y un lugar en el que envejecer rodeada de amigos de toda la vida. Quería mucho más de lo que ambos habían tenido mientras crecían. Connor esperaba que lo hubiese encontrado.

—¿Señor Wolfe?—dijo la joven camarera mientras le ofrecía el menú—. Jenny ha dicho que estará en la oficina si desea hablar con ella después de la cena. Es la puerta que hay junto al mostrador de recepción.

Él asintió. La camarera esperó a un lado mientras él ojeaba las sugerencias, y cuando hizo su elección se dirigió a la cocina.

La comida fue excelente, aunque Connor no se dio cuenta. Lo sorprendía que Jennifer Gordon no hubiera llevado a su sobrina para que la conociera. Era evidente que la niña no seguiría aún jugando fuera. Quizá ésa era la razón para la cita en la oficina, una presentación formal. ¿Sabría ella que nunca había visto a su sobrina?

Claro que sí, la niña se lo habría dicho.

Ni a él ni a Cathy se les había dado bien eso de escribir cartas. Una tarjeta de Navidad por parte de ella, una de cumpleaños, si se acordaba. Algunas cartas poco frecuentes. Él dejaba que su secretaria se ocupase de todo, de las fiestas, de los cumpleaños,

enviando las correspondientes tarjetas. Pero él no recordaba haber sabido nada sobre la hija de Cathy, ni de su vida en Rocky Point, más allá de que era feliz y que amaba a su marido. Sus cartas habían sido cada vez menos frecuentes durante los últimos años.

Él no tenía ni idea de qué hacer con alguien que tenía ocho años, fuera niño o niña. Nunca se había casado ni se había relacionado con parejas casadas. Estaba soltero y sin compromiso, y decidido a seguir así.

Su secretaria se ocuparía de Angie. Sólo tenía que llegar a Los Ángeles.

Cuando hubo terminado se levantó de la mesa y se dirigió a la oficina de Jennifer Gordon.

Había otro estudiante tras el mostrador de recepción, un joven con camisa blanca y corbata. Connor pensó que se prepararía para ser director del hotel, a juzgar por su mirada decidida. Quizá encabezaría una gran cadena con el tiempo. Saludó con la cabeza al joven y golpeó ligeramente la puerta de la oficina, que estaba medio abierta.

—Adelante.

Connor entró y cerró la puerta tras él. Ella estaba sentada tras un gran escritorio, lo miró al entrar y señaló las dos sillas que había junto a la pared. Luego, esperó hasta que él acercó una de ellas al escritorio y se sentó.

Llevaba el pelo recogido con una coleta a la altura de la nuca. Lo miraba con sus enormes ojos azules y con algo de desconfianza. Por un momento a él le resultó familiar. Pero nunca había estado allí. ¿Quizá sus caminos se habían cruzado en alguna ocasión?

A través de su jersey blanco, Connor podía ver que era esbelta, con las curvas en los lugares adecuados. Se preguntaba a qué venía aquel comportamiento tan serio.

Ni siquiera le había sonreído al llegar, antes de que hubiera sabido quién era él.

—He hablado con Isaac y luego con Angie —dijo ella sin más dilación—Aparentemente es usted su tío. Isaac dice que dejó un mensaje ayer tras confirmar el parentesco. Por lo visto el mensaje se ha perdido. Siento no haber esperado su llegada. Ha pasado mucho tiempo —dijo, y tomó aliento—. En cualquier caso, bienvenido.

—No pasa nada. ¿Angie lo sabe?

—Se lo dije durante la cena. Está… —se detuvo por un momento para buscar la palabra adecuada— interesada en conocerlo. Pensé que sería mejor para los dos si yo estuviera presente, puesto que ella me conoce de toda la vida. Pero puedo dejarlos solos si usted lo prefiere.

—Deduzco por su tono de voz que no cree que ése sea el mejor plan —dijo él comenzando a sentirse nervioso. ¿Por una niña de ocho años? Él nunca se ponía nervioso. Los contratos de millones de dólares eran pan comido. Hacer submarinismo mar adentro, excitante. Escalar en montañas rocosas, estimulante. No estaba nervioso por conocer a su sobrina.

—Es usted un completo desconocido para ella, y acaba de perder a sus padres.

Sería duro para cualquiera, ¿no cree? —dijo Jenny.

Puesto que él no había estado esperando ese encuentro, suponía que una niña pequeña sentiría lo mismo.

—Tráigala. Puede hacer las presentaciones. Veremos cómo van las cosas después.

Jenny descolgó el teléfono, marcó y, tras hablar brevemente, colgó. Luego esperó, mirando fijamente a la puerta, tratando de ignorar a Connor. Él no hizo lo mismo y se la quedó mirando, sintiéndose satisfecho al ver cómo sus mejillas se sonrosaban. No era tan inmune como pretendía hacer ver.

—Se la quitaré de encima mañana —dijo él.

—No me ha causado ningún problema. Me ha encantado tenerla. Cathy trabajaba para mí, aparte de ser mi amiga. Siempre la echaré de menos. Y sé que Angie también. ¿Quiere prolongar su visita o tiene otros planes? Angie ha estado viviendo en mi apartamento privado, y puede seguir ahí si usted quiere. O puedo prepararle otra habitación si lo prefiere.

—Nos iremos a Los Ángeles por la mañana.

—¿Qué? —exclamó ella mirándolo horrorizada—. No puede hacer eso.

—¿Por qué no?

En ese momento llamaron a la puerta, y antes de que Jenny pudiera decir nada, Angie asomó la cabeza.

—Ya estoy aquí.

—Entra, cariño, y cierra la puerta —dijo Jenny. Connor se

quedó alucinado al principio al ver lo pequeña que era. Y lo indecisa. No mostraba nada de la determinación y seguridad que recordaba de su hermana. Angie caminó hasta detrás del escritorio y se quedó junto a Jenny, mirándolo con desconfianza.

—Angie, éste es tu tío, Connor Wolfe, el hermano de tu mamá. Señor Wolfe, ésta es Angie Benson.

—Llámame Connor —murmuró él sin dejar de mirar a Angie—. Hola, Angie.

—Hola —dijo ella, juntándose más a Jenny—. No te pareces a mi mamá.

—No, no nos parecemos mucho. Sin embargo, me acuerdo de cuando ella tenía tu edad. Le encantaba nadar. ¿A ti te gusta nadar?

—En verano.

—Donde yo vivo puedes nadar todo el año.

—¿Dónde es eso?

—Al sur de California. Allí hace calor todo el año.

—Yo no tengo que ir a California, ¿verdad? —preguntó Angie mirando a Jenny.

—Cariño, tu tío acaba de llegar. Tenemos mucho de que hablar. Aún no hay nada decidido. Serás la primera en saberlo cuando se decida. Tu tío y tú tenéis que conoceros un poco. Quizá quieras llevarlo arriba y enseñarle tu habitación, tus deberes y tus cosas. Mañana cuando llegues del colegio puedes presentárselo a Andy y Cilla.

—Mañana estaremos en vuelo…

—¡No! —lo interrumpió Jenny mirándolo desafiante.

Connor se quedó desconcertado. Hacía años que nadie lo mandaba callar. No había convertido su compañía en una gran multinacional aceptando eso de la gente.

Pero aquella mirada desafiante no desaparecía. Aquella mujer comenzaba a irritarlo.

¿Quién se creía que era?

—No hay nada que hablar, señorita Gordon. Nos iremos a casa por la mañana.

Mi secretaria ya está buscando internados. Se incorporará antes de que usted se dé cuenta.

—¿Internados? —dijo Jenny horrorizada.

—¿Qué es un internado? —preguntó Angie sin comprender

nada.

—Nada de lo que tengas que preocuparte por ahora —dijo Jenny mirando a Connor— ¿Por qué no vas y le pides a la señora Thompson algunos de sus deliciosos bizcochos? Puedes traer un plato aquí y los compartimos todos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, me encantan los bizcochos —dijo Angie y salió corriendo sin mirar a su tío. Una vez que la puerta se hubo cerrado, Jenny se giró hacia él.

—Señor Wolfe, no puede llevarse a la niña mañana y luego meterla en un internado. Acaba de perder a sus padres. Por no hablar de toda posesión material de que disponía. Lo único que le queda son sus amigos, su rutina y su colegio. ¿Quiere quitarle todo eso y encerrarla en un internado? Imposible. No se lo permitiré.

—¿Y cómo planea detenerme, señorita Gordon? Soy su pariente más cercano.

Lo que yo diga vale. Y digo que nos marchamos a Los Ángeles por la mañana —dijo él. Cuanto antes se arreglara todo, mejor. Habían pasado tres meses desde el incendio, pero él se había enterado el día anterior y aquello aún lo afectaba. Claro que no iba a dejar que Jenny Gordon lo supiera. Sus pesares no eran asunto suyo.

Jenny se levantó y se apoyó sobre el escritorio, expulsando rabia por los ojos.

—Nadie puede ser tan cruel con una niña pequeña. Necesita estar rodeada de gente que conoce, en la que confía y a la que quiere. Usted es un extraño para ella. Al menos considere quedarse un tiempo hasta que llegue a conocerlo. Quizá usted también llegue a pensar de manera distinta. No se merece un internado. Sólo tiene ocho años. Necesita un hogar, una familia, gente en la que confiar y con la que contar.

—Y yo tengo una compañía que llevar en Los Ángeles. Yo no vivo en Maine.

No tengo tiempo de quedarme aquí y llegar a conocerla. Tenemos el resto de nuestras vidas para conocernos el uno al otro. Y un hogar suena bien, pero yo no puedo ocuparme de una niña. No sé nada de niños —dijo él, se levantó y se apoyó sobre el otro lado del escritorio hasta que sus narices estuvieron a pocos centímetros de distancia—. No me quedan muchas opciones. Vivo en un

rascacielos, en un complejo de apartamentos para adultos donde no hay lugar para niños. Y aunque permitieran niños, no hay nadie durante el día que pueda cuidar de ella. Un internado es la única alternativa. A no ser que quiera que la deje con usted.

Jenny sintió que su corazón se aceleraba. Le encantaría que Angie se quedara a vivir con ella. Pero no funcionaría. Lentamente la ira desapareció y dejó lugar al arrepentimiento.

Volvió a sentarse en la silla.

—No, no puede quedarse conmigo —dijo ella con suavidad.

—¿Entonces con otra familia del pueblo?

—No sé. Quizá —dijo ella esperanzada—. ¿Contemplaría al menos esa posibilidad? Es mejor que un internado.

Notaba cómo él estaba sopesando las opciones. ¿Le estaría dando importancia al bienestar emocional de Angie? ¿O la estaría considerando como un estorbo del que deshacerse lo antes posible?

—Muy bien. Me quedaré un par de días. Pero espero que usted ayude.

Encuentre una familia que esté dispuesta a ocuparse de ella.

—Lo haré encantada.

Un indulto. Jenny sentía como si le hubiesen quitado un gran peso de encima.

Aún no había nada decidido y no estaba segura de que alguna familia estuviese dispuesta a quedarse con Angie. Nadie se había ofrecido desde el incendio. Y criar a un niño era una gran responsabilidad. Pero podía intentarlo.

Por supuesto, todo el pueblo sabía que Angie vivía con Jenny. Pero nunca funcionaría a largo plazo. Jenny no podía ocuparse de nadie, todos lo sabían. Una mujer que había defraudado a su propio padre, a su compañero, al pueblo entero,

¿cómo iba a ocuparse de educar a una niña?

Capítulo 2

Connor se levantó temprano, a pesar de los constantes viajes y de haber estado en media docena de zonas horarias en los últimos días. Se duchó, se afeitó y se vistió incluso antes de que despuntara el alba Se acercó a la ventana y observó en la oscuridad la nieve apilada a los lados de las luces del aparcamiento y por las calles.

Al estar cerca de la ventana podía sentir el frío de los cristales. Sólo tres días antes estaba en su propia casita en una playa de arena blanca en Tahití. En aquel caso no había cristales, sólo contraventanas para cerrarlas en caso de tormenta tropical. En cualquier otro caso la suave brisa recorría todas las habitaciones.

Pero en ese momento estaba en el gélido invierno de Maine. La vida a veces deparaba giros inesperados.

Miró su reloj. Aún era de noche en Los Ángeles. Habría de darle a Stephanie la oportunidad de llegar a trabajar antes de llamarla para decirle que tardaría uno o dos días en regresar. Él ya llevaba fuera algunas semanas y ella siempre se ocupaba de todo. Podría seguir así un par de días más. Al menos ahora podía localizarlo por teléfono.

Stephanie había estado a su lado desde el comienzo. Por aquella época era una madre soltera y luchadora, agradecida por el trabajo y dispuesta a trabajar tantas horas como él. Ahora estaba casada con un físico y sus dos hijos estaban en la universidad. Ya no trabajaba tantas horas, pero sobresalía en todo lo que hacía y él confiaba en ella plenamente.

La buena fortuna les sonreía a ambos. Hasta ese momento.

Se giró. Si la fortuna hubiera sonreído también a Cathy… Era demasiado joven para morir.

Esperaba que Jenny Gordon encontrara alguna familia dispuesta a quedarse con Angie. Él proporcionaría ayuda, eso no sería difícil. El problema era tenerla en su vida. Nunca había imaginado tener un hijo. El matrimonio y el compromiso no eran cosas en las que pensara habitualmente. Había visto en sus propios padres lo que podían hacer los lazos familiares. Y el ver a varios amigos suyos divorciarse durante los años había fortalecido esa resolución. La vida de soltero era para él. Descubrir nuevas experiencias, explorar

nuevos lugares sin nadie quejándose de que no le dedicaba suficiente atención. Evitar el atolladero emocional que las relaciones parecían traer consigo era la única manera de seguir adelante.

Sospechaba que Jenny Gordon era una persona muy tradicional. Probablemente sería la octava generación de una familia natural de Rocky Point.

Era extraño que quisiera tanto a Angie y, sin embargo, no quisiera quedársela.

Ya la había tenido tres meses. Quizá buscaba alguna compensación. Él no había mencionado nada sobre el dinero la noche anterior. Normalmente, eso abría muchas puertas. Con Angie asentada allí, probablemente sería la mejor solución. ¿A qué hora abría el restaurante para el desayuno? ¿No eran ya las siete? Iría abajo para ver. No tenía nada mejor que hacer hasta que la Costa Oeste no se despertara.

Al entrar en el restaurante vio a Jenny sentada en la misma mesa en la que él había cenado la noche anterior. Estaba comiendo unos huevos con salchichas y bebiendo café. Tras ella podía verse cómo comenzaba a amanecer por la ventana.

Connor atravesó la sala hasta llegar a la silla que había frente a Jenny.

—¿Puedo?

Ella parecía asustada de verlo. Miró a su alrededor como para hacerle saber que las demás mesas estaban libres y luego se encogió de hombros.

—Supongo.

—Buenos días a ti también —dijo él mientras se sentaba—. ¿Eres tú la directora?

—El albergue es mío.

—Así que es difícil poner una queja cuando no haces que un cliente se sienta bienvenido.

—Difícilmente puedes considerarte un cliente —contestó Jenny mirándolo a los ojos.

Connor sabía que la ponía furiosa, pero no sabía por qué. Ya lo había notado el día anterior, antes de que ella supiera quién era.

—¿Y qué otra cosa podría ser?

—¿Casi de la familia?

—¿Por mi sobrina?

Ella asintió, y en ese momento una señora mayor asomó la cabeza desde la cocina.

—Creí haber oído voces. ¿Qué quiere tomar? —le preguntó a Connor.

—Huevos rancheros y una taza de café solo.

—¡Marchando!

—¿Es la misma cocinera que hizo la cena anoche? —preguntó él.

—Sí. Trabaja a turno partido, desayunos y cenas. El albergue no sirve comidas.

La señora Thompson es maravillosa. ¿Te gustó la cena?

—Estuvo deliciosa. Eres afortunada por tener a alguien tan bueno aquí.

—¿En el fin del mundo, quieres decir? —preguntó Jenny con una sonrisa.

¿Acaso todos los que vivían en Los Ángeles se creían el centro del universo?

¿Por qué no? Todos los que vivían en Rocky Point se creían el centro del universo.

—Es evidente que le gusta vivir aquí. Con su talento podría encontrar trabajo en cualquier sitio. ¿Y tú? ¿Eres de aquí? —preguntó Connor.

—Sí.

—Eso confirma la teoría.

—¿Qué teoría? —preguntó ella.

—Que naciste y te criaste aquí, y que no quieres marcharte. Hay dos tipos de personas: los que son como tú y los que son como yo —dijo él.

—¿Y tú eres un trotamundos?

—De ese modo se puede ver mundo. No le veo ninguna gracia a quedarse mucho tiempo en el mismo sitio.

—Pues tiene su gracia. Así conoces a tus vecinos y sabes lo que esperar de la vida. Te haces un hueco y eres feliz de formar parte de una comunidad. Pero no siempre he vivido aquí. Yo también he visto mundo —dijo ella, y entonces frunció el ceño. Esa parte de su vida no era algo de lo que soliese hablar. ¿Por qué se había visto impulsada a comentárselo a Connor Wolfe? Algo en él la llevaba

por el mal camino. No invitaba a hacer confidencias, pero quería mostrarle que no era la típica mujer bucólica que vivía en un pueblecito de Maine dejado de la mano de Dios.

—¿Así que has visto mundo y has vuelto aquí? Qué aburrimiento. Aunque eso era lo que Cathy estaba buscando. Un lugar tranquilo al que pertenecer.

—Lo encontró aquí —dijo Jenny negándose a morder el cebo que él le ofrecía metiéndose con su pueblo. Lo mejor sería tratar con él de la manera más eficaz posible, intentar que hiciera lo mejor para Angie y luego decirle adiós.

—¿Ah, sí? —dijo él con intensidad en la mirada.

—Aquí fue feliz, si es lo que te interesa. Le encantaba la vida en un pueblo pequeño. Confía en mí, teníamos muchas discusiones filosóficas. Ella adoraba a Harrison y a Angie, y le encantaba formar parte de una comunidad que existía desde antes de la revolución. Le gustaba la tradición, las costumbres y la rutina que trae consigo la vida normal. Se le daba mucho mejor que a mí.

—¿Alguna vez has querido marcharte? —preguntó él.

—Tuve mi oportunidad. He visto cosas que jamás pensé que vería. Ahora estoy contenta de estar aquí y llevar el albergue —dijo ella. Había aplastado sus deseos, había negado sus sueños. Probablemente se quedaría en Rocky Point hasta que muriera. Podía haber tenido un destino peor.

—¿No tienes ganas de viajar?

—Algunas cosas no están destinadas a ocurrir. Otras sí. Aquí está Sally con tus huevos rancheros.

—Es un punto de vista muy fatalista.

—No voy a hablar de cosas filosóficas contigo. Quiero hablar de Angie antes de que se una a nosotros.

—¿Va a bajar a desayunar?

—Pronto. Tiene que marcharse al colegio a las ocho y cuarto. ¿Quieres conocer a su profesora?

—¿Por qué?

—¿Es que no te interesa para nada esta niña? Es la hija de tu hermana. Eres todo lo que tiene.

El probó los huevos sin dejar de mirarla. Podía corregir aquella afirmación, pero no lo hizo. No había necesidad de que nadie en el pueblo supiera de su padre. Dios, sería un desastre si el viejo se

enterara de la situación de Angie.

—No sé mucho de niños. ¿Insinúas que debería conocer a su profesora? Pensé que después del colegio iba a conocer a sus amigos.

—Eso también. ¿Acaso cuando eras pequeño tus padres no se interesaban por tu situación escolar?

—Se notan tus raíces pueblerinas. Primero, cuando era pequeño no tenía padres. Tenía a mi viejo. Sólo. Mi madre se largó cuando yo tenía cinco años y Cathy era todavía un bebé. Se llevó a la niña y dejó al niño. Ninguno de los dos debería haber tenido hijos —explicó Connor. No había tenido contacto con su padre en años.

Y le convenía seguir así para siempre. Su madre no había sido mucho mejor—Ocasionalmente mi padre recordaba que tenía un hijo del que tenía que hacerse responsable. Entonces yo recibía un puñado de ropa nueva y un par de juguetes y volvía a quedarme solo hasta la próxima vez que lo recordaba —concluyó.

Jenny abrió la boca como para decir algo, pero volvió a cerrarla. Quizá era hora de que conociera las cosas de la vida. No todo el mundo había tenido una niñez de cuento de hadas.

Connor había tomado carrerilla. Aquella mujer creía que conocía todas las respuestas. Así que continuó poniéndola al día.

—Mi madre me visitaba una o dos veces al año y traía a Cathy con ella. No teníamos nada en común más que un lazo de sangre.

—Había oído algo de eso —dijo ella con un tono de compasión —. Cathy hablaba de su madre y de lo duro que había sido crecer en Los Ángeles. Quería algo mejor para Angie.

Connor frunció el ceño. Era el último hombre en la tierra que necesitaba la compasión de nadie. Venía de la nada, pero se había labrado un futuro por sí solo.

Podía comprar y vender el albergue de Jennifer Gordon y ni siquiera notarlo en su cuenta bancaria. Si Cathy se hubiera quedado en Los Ángeles, habría tenido una participación en el negocio. Y probablemente estaría viva.

—Hola, Jenny —dijo Angie desde la puerta con una sonrisa. Dejó su mochila en una silla cercana y se dirigió a la mesa mirando a Connor con desconfianza. Cuando se acercó a Jenny sonrió tímidamente a su tío.

—Buenos días —dijo la niña.

—¿Qué tal estás hoy? —preguntó él, aliviado por aquella interrupción. ¿En qué estaba pensando para contarle a Jenny Gordon su vida? Nunca le hablaba a nadie de su pasado. Y en menos de veinticuatro horas le había contado más de lo que le gustaba recordar.

Vio cómo las dos lo miraban. Tenían la misma mirada de desconfianza en sus caras que comenzaba a volverlo loco.

—Hoy no nos vamos a ninguna parte —le dijo a Angie. El alivio fue casi palpable.

—Después del colegio, ¿quieres venir a verme patinar? —preguntó la niña.

—Y a conocer a tus amigos —dijo él dirigiéndole una mirada a Jenny. Su sonrisa lo asustó y lo desestabilizó. Por primera vez la vio como una mujer. Una muy elegante y con una piel perfecta. De nuevo tuvo la sensación de que la conocía. La había visto antes en alguna parte. ¿Dónde? Y si ella lo conocía, ¿por qué no mencionarlo?

—Corre y dile a la señora Thompson que estás lista para desayunar. Anoche nevó mucho y no querrás pasar frío yendo a la escuela.

—Puedo llevarla yo —dijo Connor. Tal vez los niños fueran más resistentes en Maine, pero no tenía sentido que la niña fuera caminando cuando él había alquilado un coche.

—¿Podrá tu coche con la nieve? No sé si han limpiado ya todas las carreteras.

—He alquilado uno con tracción en las cuatro ruedas. ¿No la llevas tú normalmente? ¿No hay autobús?

—Normalmente va andando. Los autobuses son para los niños que viven en la periferia. La escuela no está lejos.

—La señora Thompson me va a dar copos de avena. Con azúcar morena —dijo Angie mientras corría a por su mochila. Sacó un papel y se lo llevó corriendo a Jenny.

—¿Puedes decirme las palabras para deletrearlas? —dijo Angie, y miró a Connor—. Estás en mi sitio —añadió, pero antes de que él pudiera contestar, la niña tomó una silla de una mesa cercana y la acercó a la mesa para sentarse.

—¿Normalmente desayunáis juntas? —preguntó él.

—Sí. Hacemos todas las comidas juntas, excepto cuando Angie

está en el colegio.

—¿Quieres que me marche? —preguntó él.

—Termínate el desayuno —dijo Jenny negando con la cabeza—. Yo ya he terminado, y cuando la señora Thompson traiga su desayuno podrá limpiar mi sitio y dejárselo a Angie —entonces miró el papel y dijo una palabra.

Angie la deletreó a la perfección y luego Jenny dijo otra.

Connor tuvo la sensación de estar contemplando la escena desde lejos, viéndolos a los tres sentados, como infinidad de familias estarían haciendo en ese momento, compartiendo una comida.

Se sintió incómodo. Nunca había formado parte de una comida como aquélla, no cuando era niño y mucho menos como adulto.

Era agradable verlas a las dos trabajando juntas. De hecho, las dos tenían una unión muy especial. Entonces, ¿cuál era el problema de que Jenny se quedara con Angie en vez de intentar dársela a otra familia?

¿Quizá había complicaciones con algún novio que no quería hijos?

Connor frunció el ceño. No era asunto suyo si ése era el caso. Volvió a mirar a Jenny. El grueso jersey que llevaba no conseguía disimular las curvas de su figura. Su cara se animaba cuando trataba con Angie, poseía brillo en la mirada y sus mejillas adquirían un tono rosado. Él se preguntaba qué tacto tendría su pelo. Era negro y brillaba con la luz de las lámparas de araña que iluminaban la estancia. Apostaba a que sería extremadamente suave.

Entonces observó su boca. La mayor parte del pintalabios había desaparecido.

Aun así sus labios parecían suaves y sonrosados, el labio inferior ligeramente más grueso que el superior.

Ella lo miró sin comprender nada. Pillado como un adolescente, Connor frunció el ceño y miró para otro lado mientras terminaba el desayuno. Aguardó una pausa en el ejercicio de deletrear y se levantó.

—Te llevaré a la escuela, Angie, si me guías —dijo él tratando de apartar todo pensamiento carnal sobre Jenny Gordon. Estaba allí por su sobrina, no para fantasear con una mujer a la que acababa de conocer. Y una que probablemente querría compromiso,

matrimonio y felicidad eterna, no un lío de una noche.

La niña miró a Jenny buscando aprobación y ella asintió.

—Si tú quieres no hay problema. El tío Connor quiere ver tu escuela y quizá conocer a tu profesora.

—De acuerdo. Estaré lista en un minuto. Tengo que terminarme los copos de avena.

«Tío Connor». Era extraño escuchar a alguien hablar así de él.

—Tómate tu tiempo. Iré por mi chaqueta y te esperaré en el vestíbulo —dijo él retirándose precipitadamente.

No estaba huyendo, sólo retirándose en busca de una estrategia mejor. Lo último que necesitaba era sentirse atraído por la… ¿qué? ¿Qué era Jenny para Angie?

¿Y qué era para él? Alguien que acababa de conocer. ¿Qué más daba si era guapa?

Acababa de regresar de Tahití, donde había visto muchas mujeres hermosas.

Connor salió de la sala con su libido bajo control. Llegaría a conocer a Angie, decidiría qué era lo mejor para ella y se marcharía. Con o sin su sobrina. En cualquier caso la señorita Rocky Point se quedaría en su albergue donde, aparentemente, prefería estar.

—Lista, tío Connor —dijo Angie cuando regresó unos minutos más tarde. Si iba a quedarse unos días, necesitaría una chaqueta más gruesa. Frunció el ceño, no le gustaba esa idea. Esperaba poder resolverlo todo en un par de días y regresar a Los Ángeles.

—Vamos —dijo él. No estaba muy seguro de que le gustara la sensación de alegría que le proporcionaba el que ella lo llamase tío Connor. Se las había arreglado solo durante muchos años como para verse rodeado de una familia a esas alturas de la vida.

—¿Te gusta la escuela? —preguntó él tratando de sacar un tema. ¿De qué hablaban los adultos con los niños?

—Sí. Mis mejores amigos son de clase, y la señora Webb es mi profesora favorita. La próxima semana yo seré la ayudante de la clase. Y en marzo seré la estudiante de la semana.

—Suena impresionante —dijo él mientras retiraba la nieve de la puerta del utilitario para abrirla después. La tomó en brazos para meterla dentro y se sorprendió de lo poco que pesaba. Había muchas cosas sobre los niños que desconocía. Esa falta de sabiduría

nunca lo había incomodado hasta entonces.

—¿Para dónde vamos? —preguntó Connor al salir a la carretera. Angie lo guió hacia la escuela—. ¿Caminas tanta distancia? —preguntó él mientras atravesaban las manzanas.

—Cuando vivía con mamá y papá, mamá me llevaba en coche. Pero Jenny vive más cerca, así que puedo ir andando.

—¿No te lleva en coche? —Angie le parecía demasiado pequeña para ir sola caminando por las calles. Aunque, como podía ver a su alrededor, había varios grupos de niños caminando fatigosamente por la nieve, algunos jugando y otros tratando de ignorar las bolas de nieve que se cruzaban en su camino.

—No, a no ser que llueva. No camina muy bien y no le gusta conducir.

—¿Por qué?

—Por su pierna mala.

—¿Se hizo daño en una pierna? —preguntó él. No había notado nada raro, pero tampoco la había visto caminar—. ¿Qué ocurrió?

—Tuvo un accidente de coche. Ése es mi colegio. Ahí está mi amiga Cilla.

Angie estaba tan nerviosa que casi abrió la puerta del coche antes de que Connor se detuviera, de modo que tuvo que agarrarla del brazo.

—Espera hasta que aparque.

—Date prisa, tío Connor. Tenemos tiempo de jugar en los columpios antes de que suene el timbre.

En cuanto se bajó del coche salió corriendo sin mirar hacia atrás.

Connor se apoyó en el coche, cruzó los brazos y observó a los niños jugar durante un momento. Los gritos estridentes y las risas lo volverían loco en nada de tiempo. ¿Cómo podían soportarlo los profesores?

—¿Puedo ayudarlo?

Connor miró a su derecha y se encontró cara a cara con una mujer mayor.

—¿Es usted la directora del colegio? —preguntó él. Ella asintió.

—Soy Connor Wolfe —dijo él extendiendo la mano—, soy el tío de Angie Benson. Me gustaría conocer a la Señora Webb, si puede ser.

Aquella mañana Jenny estaba revisando las cuentas del albergue

en su oficina.

Tenía la puerta abierta y pudo ver a Connor entrar por las puertas de cristal. Había estado fuera durante horas. ¿Qué habría estado haciendo?

Rápidamente bajó la mirada hacia los papeles, tratando de ignorar la súbita aceleración de su pulso. Había pasado más tiempo pensando en aquel hombre desde que se había sentado a trabajar de lo que era aconsejable. Estaba allí por Angie, nada más.

No es que se fuese a permitir el lujo de sentirse atraída por alguien, y mucho menos alguien como él, incluso si mostraba señales positivas, que no era el caso.

—¿Tienes un minuto? —dijo Connor desde el marco de la puerta.

Ella tomó aliento y asintió. Parecía cansado, mucho más que cuando había llegado. Y la tristeza en sus ojos no había desaparecido. ¿Sería por la inesperada muerte de Cathy? ¿Arrepentimientos por cosas que ya no podrían cambiarse?

Ella conocía muy bien eso. Trató de dejar de lado aquel dolor tan familiar y sonrió. A nadie más le interesaban sus fantasmas personales.

—¿En qué puedo ayudarte?

Él tomó una silla y se sentó en el mismo sitio que lo había hecho la noche anterior.

—He conocido a la señora Webb. Parece una profesora estricta, pero a Angie parece que le gusta.

—La adora. Y es excelente.

—No me digas que tú también la tuviste —dijo él lentamente con una medio sonrisa.

—No, pero su reputación es excelente.

—Y yo que pensaba que todo el mundo llevaba aquí desde el inicio de los tiempos. ¿Qué pasa con la tradición? ¿Qué le ocurrió a tu profesora de tercero?

—Se retiró hace bastantes años. Aunque aún vive en Rocky Point.

No le importaba que él se burlara. Quizá eso serviría como vía de escape para la angustia que debía de sentir por la muerte de su hermana. Ella conocía ese dolor.

Pero no había habido vía de escape en su caso, cuando su padre

había muerto. Sólo culpa y arrepentimiento.

—He vuelto a pasarme por la oficina del sheriff. Me ha dado el nombre del abogado, así que he ido a verlo.

Jenny asintió. Debería haberle dicho que Jeb Morris era el abogado de Harrison.

—Básicamente ha dicho que todo lo que tenían pasa a manos de Angie. El seguro cubrirá el pago de la hipoteca de la casa. Él puede vender la barca, liquidar algunos activos e invertir por ella. No parece que haya ninguna posesión personal después del incendio.

—Tiene su oso de peluche. Lo había llevado con ella cuando se fue a pasar la noche a casa de Cilla.

—Si no hubiera hecho eso también habría muerto, ¿verdad?

Jenny asintió. La idea de la explosión del tanque de propano y el consiguiente incendio aún la ponía nerviosa. De no haber sido porque Cilla la había invitado a su casa, Angie habría muerto también aquella noche.

Connor se frotó la cara, se levantó y comenzó a caminar de un lado a otro.

—Esto es horrible. No había visto a Cathy en años. No desde que se casó, a decir verdad, pero hablamos por teléfono una o dos veces. Pero nunca imaginé que no la tendría siempre en mi vida.

—Cuida de su hija, eso es lo mejor que puedes hacer ahora —dijo Jenny con calma, sintiéndose atraída por su vulnerabilidad. Era un hombre que sufría por la pérdida de su hermana. Quizá se sentía mal por no haber tratado de mantener el contacto. Ya no había oportunidad.

—Puedo ocuparme del subsidio de Angie —dijo él tras sentarse de nuevo—. El abogado dice que podemos usar las ganancias de las inversiones para su manutención si es necesario. Yo tengo muchas, así que las invertiré en su futuro cuando sea mayor. Eso no será un problema, si es lo que te preocupa.

—¿A mí? ¿Por qué iba a preocuparme? ¿O te refieres a la familia que acceda a quedársela? —preguntó Jenny.

—Creo que deberías quedártela tú. Las dos os lleváis bien y ella depende de ti.

Parece a gusto aquí. Ya tiene sus costumbres.

Jenny se quedó callada. No le gustaba el rumbo que estaba tomando la conversación. Le encantaría tener a Angie consigo, pero

nunca funcionaría. Lo sabía.

Ya tenía bastante con tener que enfrentarse a la realidad. No quería tener que contársela a un desconocido.

—No puedo.

—Eso ya lo has dicho, pero si el dinero es un problema, te repito que no pasa nada. Puedo permitirme lo que necesites.

—No es el dinero. Ella será bienvenida aquí siempre y cuando quiera. Tengo suficiente para ocuparme de ella.

—¿Entonces? ¿Tienes un novio al que no le gustan los niños? —preguntó Connor.

—Nada de novios —dijo ella negando con la cabeza. Sería muy afortunada si tuviera una relación especial. Pero tenía muchas cosas que hacer, muchos amigos. No tentaría al destino deseando más.

—¿Entonces qué?

—Pues que no puedo. Dejémoslo ahí. Connor volvió a levantarse y a caminar por la habitación.

—Tú serías la mejor opción. A ella le gustas, eso es evidente. Se siente a gusto aquí. Tiene a sus amigos. ¿Cuál es el problema?

—Llevas aquí menos de veinticuatro horas. Acabas de conocer a Angie, acabas de conocerme a mí. No sabes cómo somos ni conoces nada de lo que nos rodea. Si no quieres llevártela contigo a Los Ángeles, deja que intente buscar a alguien en el pueblo que quiera quedarse con ella. ¿No crees que deberías darle una oportunidad a esa opción?

—No habría hecho de mi negocio lo que es si no hubiera sabido ver las oportunidades y no las hubiera aprovechado —dijo él—. Y veo una buena oportunidad aquí mismo.

Ella lo miró con los ojos muy abiertos. Connor tenía ganas de gritar, estaba furioso, pero esa ira iba cambiando cuanto más miraba a los ojos a Jenny.

La deseaba.

Maldición, no podía permitirse esa complicación. Estaba allí por su sobrina, no para retozar con una mujer estirada y remilgada.

Ella se levantó y se apoyó sobre el escritorio mientras lo miraba.

—He dicho que no, y punto.

Sólo estaban a unos centímetros de distancia. Él podía inclinarse ligeramente y tocar sus labios. Por un instante el tiempo pareció detenerse.

Capítulo 3

Iba a besarla. Jenny estaba petrificada, alucinada, incapaz de mover un solo músculo. La ira había desaparecido. Todo su cuerpo palpitaba y se calentaba como si fuera pleno verano. Él silencio se prolongó, él entornó los ojos y se inclinó ligeramente hacia delante.

Jenny no podía permitirlo. Acababa de conocerlo. No sabía nada de él y él no sabía nada de ella. Habían pasado años desde que alguien la había besado. No deseaba aquello.

Pero la curiosidad comenzó a incrementarse. ¿Cómo sería?

Le dolía la pierna, sentía las rodillas cada vez más débiles, todo su cuerpo temblaba.

Entonces él se apartó, como si le hubieran echado un jarro de agua fría. ¿Qué estaba haciendo? Aquel hombre era un extraño.

Su corazón latía con fuerza, como si hubiera corrido una maratón. Trató de aparentar normalidad, pero no se le ocurría nada inteligente que decir. Él no había estado a punto de besarla. ¿Sospechaba que ella pensaba que sí? Si se reía, Jenny no sabía lo que iba a hacer.

Él se enderezó y se pasó una mano por el pelo, con evidente frustración.

—He de hacer algunas llamadas a California. ¿Puedes decirme cómo llegar a casa de Cathy? Me gustaría pasarme por allí más tarde.

Jenny asintió. Quería que se marchara, necesitaba estar sola para tratar de recuperar el equilibrio. Sin embargo, algo le hizo decir:

—Tengo algunos recados que hacer esta tarde. Si quieres, puedo mostrarte dónde vivían y llevarte al cementerio.

No podía creer que se hubiera ofrecido. Debería estar poniendo tanta distancia entre ellos como fuera posible. Ni siquiera le gustaba aquel hombre. ¿Cómo podía tener fantasías sobre un posible beso?

Connor miró su reloj y asintió.

—Si termino las llamadas antes de que te marches, iré contigo.

Ella se sentó lentamente, sorprendida por haber sido capaz de mantenerse en pie con unas rodillas que parecían de mantequilla.

—A la una entonces. Si estás listo, bien; si no, dejaré la dirección

apuntada en el mostrador de la entrada.

—Muy bien —dijo él, se dio la vuelta y se dispuso a salir de la oficina. Pero justo antes de salir se detuvo, se dio la vuelta y la miró. Jenny pensó que iría a decir algo, sin embargo sólo la miró a la boca, asintió con la cabeza y se marchó.

Una vez que se hubo marchado, Jenny trató de concentrarse y seguir trabajando. El último hombre sobre la tierra con el que debería soñar despierta era Connor Wolfe.

A la una en punto Jenny apareció en el vestíbulo. Miró a su alrededor buscando a Connor y sonrió a la mujer que había tras el mostrador.

—Voy a salir a hacer algunos recados. Estaré aquí para cuando Angie vuelva del colegio.

—Tómate tu tiempo. Estaré aquí si tú no estás. Y ten cuidado ahí fuera. Está helando. Yo casi me caigo esta mañana —dijo Libby.

Jenny asintió. Siempre iba con cuidado cuando caminaba por la nieve, sin arriesgarse a caerse. Volvió a mirar la hora y se encogió de hombros. Quizá Connor había cambiado de opinión, o quizá no había terminado sus llamadas. Tomó una libreta y apuntó la dirección claramente. Rocky Point no era grande. Podría encontrarlo todo sin problemas. Jenny se negaba a sentirse desilusionada de que no fuese a ir con ella.

Salió fuera y se dirigió al jeep. La nieve recién caída brillaba por el sol. El cielo estaba totalmente despejado. El aire era frío. Las mejillas le picaban por la baja temperatura. Era bonito, pero a ella no le gustaba. ¡Lo que daría por vivir en Key West, Florida! Era lo más al sur que existía en Estados Unidos, y deseaba poder pasar allí cada invierno.

Max había limpiado los escalones de la entrada. Aquel hombre era de un valor incalculable durante todo el año. Limpiaba los caminos de nieve y hielo con sumo cuidado, de modo que ella siempre llegaba a salvo al coche y no se le resbalaba el bastón. Una vez dentro encendió el motor y se dirigió a la calle, pero en ese momento oyó un golpecito en una de las ventanas.

Se paró en seco. Connor estaba junto a la puerta del copiloto. Ella abrió la puerta y él entró.

—Cuando dices la una te refieres a la una en punto —dijo él.

—Creí que aún estabas al teléfono —dijo ella mientras salía a la

carretera.

—He tenido que ocuparme de algunas emergencias. Tengo buenos empleados.

Aquello de lo que no pueden ocuparse puede esperar —dijo él, mirando por la ventana los múltiples comercios y negocios que conformaban el centro de Rocky Point. La calle principal daba al mar, donde varias filas de malecones se alineaban en la costa atlántica. Tomaron una curva y circularon por la carretera de la costa.

—Harrison era pescador —dijo Connor.

—Lo sé. Lo conocía de toda la vida. Era sólo unos pocos años mayor, pero su familia llevaba viviendo aquí varias generaciones.

—Es una vida dura.

—Más dura que algunas, pero no tan peligrosa como otras. A él le gustaba. Su padre y su abuelo habían sido pescadores también. Ambos murieron en una tormenta hace muchos años. Supongo que Harrison siempre pensó que moriría en el mar.

—¿Viven tus padres cerca?

—Mi madre murió cuando yo era un bebé, y mi padre, cuando era una adolescente.

—¿También era pescador? —preguntó Connor.

—Era mecánico —dijo Jenny—. A veces reparaba los barcos, pero principalmente coches.

—¿Heredaste el albergue de él?

Ella negó con la cabeza.

—Puede que no llegara a viejo, pero al menos no arriesgó su vida luchando contra el Atlántico —dijo él—. Es extraño, pero cuando Cathy me habló de Harrison por primera vez, me imaginé que sería viuda antes de los treinta. Nunca imaginé que…

—Ya estamos llegando —dijo ella con suavidad. Tomó la calle Turnbull y frenó lentamente. La nieve cubría las ruinas. Sólo quedaban los cimientos y una chimenea solitaria y abandonada que se elevaba hacia el cielo. Sólo un par de árboles ennegrecidos permanecían como únicos centinelas de la casa que una vez se había levantado allí. La empresa de demolición había limpiado los escombros. Detrás de donde había estado la casa, había un columpio solitario. Más allá había unos cuantos árboles y un prado. La nieve cubría todo lo que una vez había sido un hogar feliz.

—No quedó nada —dijo Jenny con tristeza—. Cuando llegaron los bomberos toda la estructura estaba ardiendo. No se salvó nada, ni el coche, ni la ropa, ni los cuadros, ni la porcelana. Ni las personas.

Connor observó la escena con la mandíbula apretada. Jenny ansiaba poder ofrecerle su compasión, algo que mitigase el dolor de la pérdida. Pero no había nada que ella pudiera hacer. No conocía a aquel hombre y no sabía lo que lo ayudaría.

Pero tenía que intentarlo. Casi podía sentir su dolor, ¿o era el eco del suyo propio?

—Ella era feliz. Amaba a Harrison y adoraba a Angie.

—Debería haber tenido otros cincuenta años.

—Sí, los dos deberían haberlos tenido. Y Angie debería haber tenido a sus padres hasta que hubiera crecido. Pero las cosas no siempre salen como esperamos.

Él se quedó callado durante un momento y luego miró a Jenny.

—¿Vamos al cementerio?

Poco tiempo después, Jenny atravesaba el arco de piedra que daba entrada al cementerio de Rocky Point. La carretera que atravesaba el lugar no había sido limpiada.

—No quiero que nos quedemos atascados. Mira ese árbol de ahí —dijo ella señalando a la derecha—. Están enterrados unos diez metros más allá. No hay lápida.

Nadie la ha encargado. Están junto a la lápida de Burford.

Connor abrió la puerta y bajó del coche. Jenny observó cómo pasaba entre las tumbas y las lápidas, mirándolas todas hasta que se detuvo. Quizá encargaría una lápida para ellos. Angie hablaba de ello cuando Jenny la llevaba allí. Si Connor no lo hacía, Jenny lo haría. Cathy había sido una muy buena amiga.

Pocos minutos después Connor regresó con la cabeza gacha, aún mirando todas y cada una de las lápidas por las que pasaba. Se detuvo y leyó una de ellas. Luego siguió caminando. Cuando entró de nuevo en el jeep la miró.

—¿Samuel Gordon era tu padre?

Ella asintió.

—Eras joven cuando murió.

—Diecinueve —dijo ella intentando controlar su dolor.

—Debe de haber sido duro para ti.

—Al menos yo era mayor que Angie —dijo ella—. Tengo algunas cosas que hacer, ¿te dejo de nuevo en el albergue?

—¿Dónde vas?

—A la imprenta para ver las pruebas para un nuevo folleto, y luego a la universidad para planear una cena que quieren que les sirvan durante el festival de febrero.

—¿El festival de febrero? ¿Qué es eso?

—Es un festival de invierno anual patrocinado por la universidad, pero que se celebra por todo el pueblo. Hay concursos de esculturas de hielo, desfiles y puestos que venden de todo. La universidad suspende las clases y anima a los estudiantes a participar. Las esculturas de hielo son fantásticas. Algunas tardan días en hacerse. Es un gran atractivo turístico. Uno de los grupos de alumnos graduados organiza una cena y nosotros se la serviremos.

—No tengo prisa en volver al albergue, hasta que regrese Angie. Y quería ver la universidad a la que fue Cathy.

—Llegaremos antes que ella —dijo Jenny.

Mientras conducía hacia la imprenta trató de ignorar a Connor. Quizá debería haber insistido en dejarlo en el albergue. Parecía llenar todo el espacio que había en el jeep. Ella se daba cuenta de lo anchos que eran sus hombros, de lo alto que era, de cómo su cabeza casi rozaba el techo.

Trató de concentrarse en la conducción pero era difícil, pues su atención seguía puesta en Connor. El parecía totalmente despreocupado. ¿Qué esperaba? Ella no era alguien que despertara la pasión en los hombres.

Llegó a la imprenta y observó que apenas habían limpiado el aparcamiento de nieve. Dejaba bastante que desear. ¿Por qué no se tomaría todo el mundo la misma molestia que Max?

Aparcó lo más cerca que pudo de la tienda, pero aún había varios metros hasta alcanzar la seguridad de la puerta principal. Observó el panorama y trató de imaginar cómo llegaría hasta allí.

—¿Hay algún problema? —preguntó Connor al ver que no salía del coche.

Ni se había parado a pensar en Connor. Cerró los ojos por un momento y volvió a abrirlos.

—No, no pasa nada —dijo ella. ¿Sabría él que usaba bastón? Definitivamente, eso no era nada excitante. Cuando la viera

caminar no querría tener nada que ver con ella. Un hombre que veraneaba en Tahití podría elegir a la mujer que quisiera.

¿Cómo iba a fijarse en una mujer insulsa que caminaba con bastón?

Tomó aliento y abrió la puerta para luego alcanzar la tan odiada herramienta.

Salió del jeep lentamente, hasta que se puso de pie sobre el pavimento. Luego cerró la puerta tras ella.

Escuchó cómo Connor se bajaba del coche y caminaba sobre la nieve. No podía hacer más que escuchar, tenía que concentrarse en dónde pisaba y en cómo distribuir su peso para disminuir las posibilidades de caerse. No quería ver la lástima en la cara de Connor. ni el desagrado.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó él colocándose a su lado.

—Puedo arreglármelas.

Ambos caminaron en silencio algunos pasos. Ella resbaló ligeramente, pero recuperó el equilibrio. Al menos él no la agarró.

—Angie me dijo que te heriste la pierna en un accidente de coche. ¿Qué ocurrió?

—Un conductor borracho nos golpeó.

—¿Fue hace poco?

—Cuando yo tenía diecinueve años.

—¿No fue entonces cuando murió tu padre? —preguntó él.

—Sí. Pero él no estuvo en el accidente.

Ya habían llegado a la puerta. Jenny entró con un ligero suspiro de alivio.

—Hola, Jenny. Tengo las pruebas listas —dijo Hiram Mawlings con una sonrisa desde el mostrador que separaba el pasillo de entrada de la zona de imprenta. Las enormes máquinas ocupaban casi todo el espacio. Había muchas cajas de papel apiladas contra una pared.

Las viejas imprentas de acero habían sido reemplazadas hacía tiempo por unas electrónicas, pero el olor a aceite y tinta aún predominaba en la tienda.

Hiram miró a Connor con curiosidad.

—Hiram, éste es Connor Wolfe, el tío de Angie —dijo Jenny.

—Había oído que finalmente lo habían localizado. Me alegra ver que haya venido inmediatamente. Ha sido una tragedia terrible.

Siento su pérdida.

—Gracias —dijo Connor. Se quedó de pie en silencio, junto a Jenny, mientras Hiram sacaba una carpeta y le enseñaba los bocetos del nuevo folleto. Se asomó por encima del hombro de Jenny para ver el diseño.

Ella miró hacia arriba y sus ojos se encontraron. Estaba tan cerca que Jenny podía sentir su aliento contra su mejilla. Tan cerca que casi podía sentir sus labios tocándola. Demasiado cerca.

Jenny se apartó. No quería encapricharse con un extraño que no quería quedarse en Rocky Point un minuto más de lo necesario. No era momento de dar rienda suelta a su imaginación.

—Tiene buena pinta —dijo él—. ¿Puedo? —tomó la parte escrita y la leyó—Suena bien. ¿Lo has escrito tú?

—Lo he hecho yo, joven. A estas alturas debería saber lo que hago —dijo Hiram. Tomó la carpeta y miró a Jenny—. ¿Algún cambio? De lo contrario, podemos llevarlo ya a la imprenta.

—Está genial, como siempre, Hiram. Gracias.

—Los tendré listos para antes del festival. Los podrás distribuir por todas partes.

—Ese es el plan.

—¿Tienes reservas? —preguntó Hiram.

—Todas las habitaciones. Será un caos, pero también un gran impulso para el negocio.

—Siempre lo es —dijo Hiram, y miró a Connor con desconfianza —. ¿Se va a quedar mucho tiempo?

—Lo justo para decidir qué hacer con Angie.

—¿Qué hay que decidir? Es su sobrina, llévesela con usted. No reemplazará a sus padres, pero ayudará —dijo Hiram.

—Lo tendré en cuenta —dijo Connor con cierta sorpresa.

Sabiendo que la tensión entre los dos hombres se incrementaría cuanto más tiempo estuvieran allí, Jenny decidió marcharse cuanto antes. Antes de que Connor dijera algo que desembocara en una pelea.

—Llámame cuando esté terminado y me pasaré a recogerlo — dijo ella con una cálida sonrisa.

—Y será mejor que limpie mejor el aparcamiento. Alguien podría caerse —dijo Connor.

—Shh —susurró Jenny mientras se daba la vuelta para

marcharse.

Connor abrió la puerta para que ella pasara.

—Necesita limpiarlo. ¿Por qué negarlo? Tarde o temprano tendrá un pleito —dijo Connor.

—Lo limpia él mismo, y se enfada si la gente se queja.

—¿Y?

Ella se detuvo y lo miró. Parecía mucho más alto a su lado. Vestido de negro tenía un aspecto intimidante y su bronceado no encajaba nada con aquel paisaje nevado. Su aura de seguridad en sí mismo parecía envolverla, y ella misma deseaba poder tener esa seguridad para poder tratar con él de la manera adecuada.

—Pues que tiene su orgullo. Quiere hacer un buen trabajo, pero ya no es tan joven como antes —dijo ella—. ¿No es evidente?

—¿Así que adoptas ancianos además de huérfanos?

Jenny no se dignó a contestar. Hiram siempre había sido amable con ella, nunca olvidaría eso.

Caminaron de vuelta al jeep. Él le abrió la puerta y vio cómo Jenny se colocaba en el asiento del conductor. Se sentía cohibida de un modo en el que hacía años que no se sentía. No quería que la observara tan de cerca. ¿Es que nunca había visto a una persona tullida en su vida?

Quizá no. Con aquel cuerpo atlético probablemente no se cruzaba con los más discapacitados.

Jenny deseaba poder ser libre como antes, tener la misma movilidad que una vez había dado por supuesta. Durante años había aceptado las cosas tal y como eran, pero la llegada de Connor le había hecho desear lo que no podía ser.

—Te dejaré en el albergue —dijo ella mientras salían del pueblo.

—Quiero ver la universidad —contestó él.

—¿Por qué?

—Cathy tomó algunas clases allí. Me gustaría ver el lugar.

—No es un sitio grande como UCLA o USC. Y no tiene tanto prestigio a sus espaldas. Sin embargo, estamos muy orgullosos de tenerla aquí. Revitalizó el pueblo cuando fue construida hace cuarenta años. La pesca ha ido disminuyendo en las últimas generaciones.

—Es una pequeña universidad de artes liberales, lo sé. He leído el folleto que ponéis en las habitaciones. Me gustaría verla.

Esperemos que hayan limpiado mejor el aparcamiento —dijo él sardónicamente.

—Me las arreglo bien.

—Pero tú no eres la única que usa el aparcamiento. ¿Qué pasa si alguien se cae?

Tenía razón. ¿Qué ocurriría si alguien como la señora Wellborn se cayese? Tenía ochenta años. O Betsy Funchess, embarazada de seis meses. Hiram debería haber limpiado el aparcamiento mejor. O haber contratado a alguno de los estudiantes.

Connor dio una vuelta por el campus mientras Jenny hablaba de los últimos detalles con la oficina de alumnos. Cuando salió, Connor la estaba esperando junto al jeep, de brazos cruzados y de cara al sol. Aún hacía frío, pero la ropa oscura probablemente capturaba el poco calor que el sol generaba.

—Bonito lugar —dijo él mientras regresaban al albergue.

Ella notó cierta condescendencia en su tono, pero no contestó y pensó que daba igual lo que él pensara de Rocky Point o de la universidad Blackstone.

—Angie llegará pronto. Querrá ir a patinar sobre hielo en cuanto se cambie —dijo Jenny finalmente para cambiar de tema.

—Le gusta el deporte, ¿no?

—Se vuelve loca por él.

—¿Hay alguna pista de patinaje en el pueblo?

—La verdad es que no. Hay un lugar cerca del albergue que se llena de agua todos los inviernos para que la gente patine. Es más seguro que un estanque porque no hay profundidad cuando se derrite el hielo. Pero les proporciona a los niños innumerables horas de diversión.

—¿Es buena patinando?

—No lo sé. Nunca la he visto hacerlo.

—¿Por qué no?

¿Por qué no? Por los recuerdos, por el arrepentimiento, por la angustia de lo que podría haber sido. Pero no se lo dijo.

—Me cuesta trabajo llegar hasta allí con la nieve.

—¿Sus amigos patinan?

—La mayoría de ellos. Hoy conocerás a sus dos mejores amigos, Andy y Cilla.

—¿Son hermanos?

—No, Andy es hijo único. Cilla tiene siete hermanos.

—¿Siete? ¿Hoy en día la gente sigue teniendo familias tan grandes? ¿Cuántos planeas tener tú cuando te cases?

Jenny nunca había pensado en tener una familia. De joven había estado muy ansiosa, pero tras el accidente supo que las posibilidades de encontrar un hombre que se casara con ella eran escasas. Al menos tema su albergue.

Y durante algunos meses había tenido a Angie. Se le encogió el corazón al pensar que la niña se iba. Si se iba a Los Ángeles quizá no volvería a verla jamás.

—No planeo casarme —contestó ella tras un largo silencio.

—¿Y alguna de esas dos familias podría quedarse con Angie? —preguntó él.

Jenny puso el intermitente y entró en el aparcamiento del albergue.

—Los padres de Andy pueden considerar la idea. Dudo que Eve Hanley quiera otro hijo, teniendo ocho propios.

—¿Has llamado para preguntárselo?

—Aún no. ¿Estás seguro de que quieres hacer eso? Piensa en Angie por un momento. Eres su único pariente con vida. Si no te quedas con ella, lo verá como un rechazo.

—¿Por qué? No me conocía. Y si le gusta patinar sobre hielo, Los Ángeles es el último lugar dónde debería ir. Si volvemos a considerar la idea del internado, Stephie podría mirar algo en Nueva Inglaterra.

—¿Quién es Stephie?

—Mi secretaria.

Jenny se quedó callada por un momento y luego preguntó:

—¿Cómo te sentiste cuando tu madre se fue?

—No fue lo mismo —contestó él tras una pausa.

—Casi. Los lazos de sangre son importantes. Romperlos trae consigo sentimientos difíciles de explicar racionalmente. Angie te necesita.

—Necesita la influencia de una mujer, no un tío soltero. ¿Por qué no te quedas con ella? Es feliz aquí, eso es evidente. Si es el dinero…

—No, no es el dinero. Tengo mucho dinero. Es casi lo único que tengo.

Jenny abrió la puerta y bajó del coche, pero antes de que hubiera dado dos pasos Connor la alcanzó y la giró para mirarla, con cuidado de que no perdiera el equilibrio.

—Si no vas a quedarte con ella, llama a quien creas que va a poder hacerlo, pero yo no puedo quedarme aquí indefinidamente. Hay que resolver este asunto pronto.

—Quédate hasta que llegues a conocerla mejor. Está sola y triste, e intenta hacer las cosas lo mejor que puede —dijo Jenny, deseando poder hacerle ver lo mucho que podía hacer por su sobrina.

—No voy a cambiar de idea. No puedo ocuparme de una niña.

—Sólo llega a conocerla, pasa algo de tiempo con ella, haz cosas con ella. Es una niña estupenda.

Connor sopesó las opciones y finalmente la miró a los ojos.

—Con la condición de que tú ayudes.

—No me necesitas.

—Esa es la condición. Si las cosas se complican pensaré otro plan, pero mientras tanto llama a los padres de Andy.

—¿Qué otro plan? —preguntó ella con desconfianza.

—Aún no lo sé. Pero no estoy preparado para cuidar a una niña. Yo viajo mucho. No tengo tiempo para lazos familiares.

—Dale una oportunidad a Angie.

—Ya sabes la condición. ¿Sí o no?

—De acuerdo. Veré lo que puedo hacer —se giró y se dirigió hacia el porche principal del albergue. Se sentía molesta, intrigada y, en el fondo, un poco halagada de que él necesitara su ayuda. Y si eso hacía que Angie se quedara un poco más en Rocky Point, mejor para las dos.

Connor vio cómo se marchaba. Esperó a que hubiera desaparecido antes de relajarse. Si se hubiese resbalado, él habría ido corriendo a socorrerla.

¿Ella habría hecho lo mismo con él?

No necesitaba que lo socorrieran. Sólo había accedido a pasar un poco más de tiempo con Angie, sólo eso. Llamaría a Stephanie y le diría que iba a prolongar su estancia unos días más.

De algún modo conseguiría que Jenny accediera a sus planes. Ella y Angie estaban genial juntas. ¿Por qué no se daba cuenta? Debía de haber algo para convencerla. ¿Cuál sería el punto débil de

Jenny Gordon?

Capítulo 4

Jenny estaba en la cocina aquella tarde con Rally Thompson organizando los preparativos para la cena cuando llegó Angie.

—Hola, Jenny. Ya he llegado. ¿Puedo ir a patinar? —dijo la niña con impaciencia.

—¿Tienes muchos deberes que hacer?

—No, sólo algunas palabras que deletrear y matemáticas. Puedo hacerlos después de cenar.

—De acuerdo. Abrígate bien.

—Siempre dices lo mismo. ¿Está el tío Connor aún aquí? Iba a ir a verme patinar.

—Creo que sí. Mira en la habitación siete.

—Bien, hasta luego —dijo Angie, y desapareció de nuevo.

—Si pudiéramos embotellar esa energía… —dijo la señora Thompson.

—Sé lo que quieres decir —contestó Jenny. Ella deseaba cosas más simples, sólo poder caminar con normalidad, poder correr, patinar. Suspiró y volvió a concentrarse en la tarea que tenía entre manos.

Estaban a punto de terminar cuando entraron Angie y Connor. Angie se había cambiado de ropa y tenía los patines colgando del hombro. Casi daba saltos por la cocina.

—¡Adivina, Jenny! El tío Connor dice que puedes venir con nosotros a verme patinar. Nunca me has visto, y estarás orgullosa de lo que sé hacer.

—No puedo ir —dijo Jenny mirando a Connor.

—Claro que sí. Te ayudaré.

—Esto no es un paseo por un aparcamiento despejado. El terreno desde aquí hasta la pista está cubierto de nieve. No hay más que hablar. No sé ni por qué lo has sugerido.

Se sentía furiosa. Ya le había explicado antes por qué no había visto a Angie pasear, y sin embargo él había insistido.

—Si es difícil para ti, puedo llevarte —dijo él.

Por un instante los recuerdos inundaron la mente de Jenny. Karl sosteniéndola sobre su cabeza, meneándola sobre sus hombros, sujetándola mientras hacían piruetas.

Jenny miró a Connor, sorprendida por cómo aquella imagen era capaz de desplazar a las demás. Ella en sus brazos, como Escarlata en brazos de Rhett. Sus caras juntas, sus brazos alrededor de su cuello.

—Eso suena bien —dijo la señora Thompson—. Es muy gentil por su parte ofrecerse, joven.

—Es una idea absurda y no pienso ir —dijo Jenny.

—Jenny, por favor, ven. Nunca me has visto patinar. Y el tío Connor puede llevarte, es fuerte. Me subió al coche esta mañana sin ningún problema.

—No podrás obtener mejor testimonio que ése —dijo Connor. Entonces se acercó y le susurró—: Atrévete.

—Oh, como si eso fuese a hacerme ir —dijo ella casi riéndose. Por un instante pensó en decir que sí.

—Vamos, Jenny. Te encantará verme patinar —dijo Angie—. ¡Por favor! Walt ha quitado la nieve y ha echado más agua, así que estará suave. Quizá pueda hacer mi pirueta y tú puedas verme.

—No querrás perderte la pirueta, ¿verdad? —dijo Connor—. Si no crees que pueda llevarte, podemos ir en coche. Puede ir sobre la nieve.

—No podrías llevar un coche por el campo aunque no hubiese nieve. Hay muchos niños correteando por ahí.

—Entonces confía en mí para que te lleve allí de una pieza.

La señora Thompson insistía, y Angie le rogaba, así que Jenny acabó aceptando.

—Primero dejadme ponerme ropa de abrigo. No quiero helarme de frío por el camino.

—Me ocuparé de que no te congeles —dijo Connor.

Jenny estuvo a punto de preguntarle cómo pensaba hacer eso, pero lo pensó mejor. Podía calentarse sólita pensando en las fantasías que habían inundado su mente la noche anterior, cuando debería haber estado durmiendo.

Apenas habían comenzado el camino hacia la pista y Jenny ya supo que se trataba de un tremendo error. Ya se había resbalado dos veces, se había hecho daño en la cadera y no encontraba lugares dónde su bastón pudiera apoyarse.

Angie iba corriendo por delante. Pronto se sentó en uno de los bancos que rodeaban la pista de patinaje y comenzó a ponerse los

patines.

—Esto no va a salir bien —dijo Jenny deseando poder volver al albergue.

—Entonces iremos al plan B —dijo Connor mientras la tomaba en brazos.

—Bájame, Connor —dijo ella mientras le ponía una mano alrededor del cuello

—. No puedes llevarme.

Pero ya estaba haciéndolo, caminaba por la nieve sin ningún problema, sin vacilar.

—Relájate. Así ayudas a que me caliente. Cada vez que salgo a la calle parece que hace más frío. Por qué la gente vive aquí es algo que me supera.

«Por penitencia», estuvo a punto de decir Jenny. Ésa era su razón. No podía hablar por el pueblo entero, claro.

Los niños patinaban, gritaban y saludaban a sus amigos. Jenny se sentó en uno de los bancos y comenzó a observarlos. Angie dio un par de vueltas a la pista y luego se detuvo cerca de dónde estaban Connor y Jenny.

—¿Me has visto? —preguntó la niña.

—Lo haces genial —dijo Jenny, encantada al ver la felicidad en sus ojos. —Prueba a hacer la pirueta.

Por un momento, aquel antiguo deseo pareció hacerse tan fuerte que Jenny creyó que la superaba. A la edad de Angie a ella le encantaba patinar. Le encantaba sentir la libertad sobre el hielo, el viento frío contra sus mejillas, la sensación de velocidad.

—Muy bien, mírame —dijo Angie.

«Mírame, papá». Jenny podía oír su propia voz años atrás.

Connor estiró las piernas y se cruzó de brazos. ¿Era su postura favorita o acaso lo hacía para calentarse? Jenny no preguntó. Aún le quedaba el camino de vuelta.

Tendría que llevarla de nuevo. Jenny deseaba poder hacerlo por sí sola, pero sabía que era imposible. En cualquier caso, era mejor sentirse indignada por tener que depender de él que dejar paso a otros sentimientos que aumentaban cuando él la tomaba en brazos.

Angie hizo la pirueta lentamente, luego se enderezó y pronto se cayó.

Jenny quería ir a ayudarla. Ésa era la parte dura. Al girar tan

rápido perdía el equilibrio. Recordaba lo mucho que ella había practicado hasta que le había salido bien. Y recordaba la emoción al conseguirlo.

—Es perseverante —dijo Connor—. Cada vez que se cae se levanta enseguida.

—Es parte del aprendizaje —dijo Jenny deseando poder ponerse sobre el hielo y darle indicaciones. Decirle cómo mantener el equilibrio, cómo fijar un punto en el horizonte y patinar hacia él tras salir de una pirueta. Pero no iba a volver a patinar sobre el hielo nunca más.

Angie se cansó de practicar la pirueta y de caerse y comenzó a dar vueltas por la pista, hacia delante y hacia atrás, uniéndose a sus amigos. Se reía con Cilla y jugaba al látigo con un grupo de niños.

—¿Es mejor que los otros niños? —preguntó Connor.

—Sólo están aquí para pasarlo bien —dijo Jenny poniéndose a la defensiva.

—Yo no he dicho lo contrario. Pero parece que ella tiene más control que los otros niños. Quizá debería entrar en competición.

—Muy típico de los hombres. Déjala en paz, le gusta patinar por el placer de hacerlo.

Así era como había empezado todo para ella. No quería que Angie se metiera en competiciones. Quería que disfrutara del deporte sin más.

—¿A qué viene eso? —preguntó Connor.

—Sólo porque alguien sea bueno en algo no quiere decir que tenga que competir. Dejemos que disfrute del patinaje sin la presión de una competición. Los hombres siempre queréis hacer concursos con todo.

—Y lo dices por experiencia.

—Es una observación general —dijo ella. Tuvo un escalofrío. Comenzaba a hacerse tarde y el sol no tardaría en desaparecer. La temperatura ya había descendido varios grados.

—Me gustaría regresar —dijo ella poniéndose en pie y haciéndole señas a Angie.

Cuando la niña se detuvo junto a ellos miró a Jenny.

—¿Os vais?

—Hace frío —dijo Jenny—. Lo haces genial. Me alegro de haberte visto. Sigue practicando tus piruetas, lo conseguirás.

—Llevaré a Jenny al albergue y volveré por ti.

—Si quieres, pero puedo ir a casa yo sola cuando Cilla y Andy se vayan —dijo Angie, y volvió a unirse a sus amigos.

—Puedo intentar caminar —dijo Jenny mirando la distancia que había hasta el albergue. Sería imposible. Nunca debería haber aceptado ir allí.

—Relájate, piensa en cómo me mantendrás caliente —dijo él mientras se disponía a tomarla de nuevo.

La sostuvo con fuerza contra su pecho y la miró. Jenny trató de mantenerse alejada, pero era una batalla perdida. Tenía el brazo alrededor de su cuello y sus caras casi se tocaban.

—Gracias por traerme —dijo finalmente.

—Pero no te lo has pasado bien —dijo él mientras caminaba sobre la nieve.

—Me ha encantado verla patinar. Sólo la había visto desde el porche del albergue, y a esa distancia no distingo a los chicos de las chicas. Pero no soporto ser un incordio.

—No incordias.

—Oh, venga, Connor, me tienes que llevar de un lado a otro como si fuera un saco de patatas.

Connor se detuvo en la nieve y no volvió a moverse hasta que no lo miró a la cara.

—Te he dicho que no eres ningún incordio. Puede que tengas problemas con tu movilidad, pero no me llames mentiroso —dijo él con voz áspera y mirada implacable.

—No he dicho que…

—Decirme que lo que he dicho no es verdad es llamarme mentiroso, y no lo soporto.

—Lo siento. Pensé que sólo estabas siendo educado.

Entonces él comenzó a caminar de nuevo.

—No soy muy dado a la educación, como verás cuando me conozcas un poco más.

—Dudo que llegue a conocerte hasta ese punto.

—Oh, no sé. Aún me estás ayudando con lo de Angie, ¿no? Llegarás a ver muchas cosas de mí con el paso de los días.

Jenny asintió, un poco desilusionada al pensarlo. Él quería su ayuda con Angie.

No había otra razón por la que ambos siguieran juntos.

A la hora de la cena Jenny le sugirió a Angie que cenara con su tío.

—Tienes que llegar a conocerlo mejor.

—Ya lo conozco —dijo Angie—. Prefiero cenar contigo. ¿Qué pasa si me dice que tenemos que mudarnos a Los Ángeles? No quiero cenar con él.

—Es tu tío, tu pariente más cercano. Tu madre habría querido que cuidara de ti

—contestó Jenny, sabiendo que debería recurrir a otros medios para ganarse a la niña, como ofrecerse a cenar con ellos. ¿Sería capaz de comer con Connor cerca de ella?

—A mamá le gustabas tú. Tú y ella erais buenas amigas. Recuerdo cómo ella se lo decía a papá. Quiero quedarme contigo —dijo Angie.

—Cariño, yo no soy pariente. Tu tío sí.

—No me importa, yo quiero quedarme contigo —repitió Angie cada vez más triste.

—Dejemos eso a un lado —dijo Jenny—. ¿Qué tal si cenamos las dos con él?

—De acuerdo —dijo tras una pausa—. ¿En el comedor?

—¿Por qué no? No hay casi gente. Y no creo que el tío Connor prefiera meterse en nuestra habitación.

Angie asintió.

—Además, el comedor estará lleno cuando llegue el festival de febrero y no podremos comer allí —dijo la niña—. Pero será bueno que esté lleno.

Jenny se rió amargamente. Casi podía oír a Cathy decir las mismas palabras.

Echaba mucho de menos a su amiga. Parecía que Angie se iba a convertir en una persona muy parecida a su madre. Jenny deseaba poder ver todas las etapas.

Cuando las dos bajaron las escaleras minutos después, Connor estaba de pie junto a la chimenea de recepción. Se giró para mirarlas mientras se acercaban. Jenny estaba cohibida, pero Angie no parecía estarlo.

—Hola, tío Connor. Adivina, vamos a cenar en el comedor esta noche. Y Jenny va a cenar con nosotros. Normalmente cenamos en la habitación, pero como el albergue no está muy lleno podemos

cenar allí.

—Suena genial —dijo Connor mirando a Jenny.

Jenny se sintió avergonzada y miró a su alrededor para comprobar que todo estuviera en orden.

Angie se pasó toda la cena hablando. Jenny trataba de ignorar la presencia de Connor, pero le resultaba imposible. Cada vez que miraba hacia él se encontraba con su mirada.

Deseaba que se centrara en Angie. Ella era la razón por la que estaba allí. Cada vez que Angie se callaba, Jenny le sugería un nuevo tema para que continuara.

¿Tendrían todos los niños dificultades a la hora de encontrar temas de conversación durante las comidas? Angie normalmente hablaba más que comía cuando estaban las dos solas. Con Connor no había funcionado. Parecía que la niña no había tomado confianza con él como ella esperaba.

Estaba segura de que sus comentarios sobre el internado no habían ayudado.

Jenny estaba a punto de terminar el primer plato cuando Jason, el encargado de la recepción por la noche, entró en el comedor. La vio y fue directo a ella.

—Siento interrumpir la cena, pero el sheriff Tucker está fuera y quiere hablar contigo, Jenny —dijo mirando a Connor y luego a Jenny otra vez.

—¿Hay algún problema? —preguntó Jenny mientras se levantaba. Como siempre le llevó un momento ponerse en pie y acostumbrarse al dolor.

—No creo. Sólo quería hablar contigo —dijo Jason.

—Sigue hablando con el tío Connor —le dijo Jenny a Angie—. Regresaré cuando haya hablado con el sheriff.

Una vez en pie, Jenny alcanzó el bastón y se dirigió al vestíbulo.

—Hola, Isaac, ¿algo va mal? —preguntó cuando se encontró con el sheriff.

—No. Iba para casa, pero hay algunas cosas que quería comentarte antes de mañana. No te interrumpo, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza y se dirigió hacia la chimenea. Aún hacía frío fuera.

—¿Angie está a gusto con su tío? —preguntó él cuando Jenny le indicó que tomara asiento. Ella se sentó también.

—Se comporta con algo de timidez. Y él no hace mucho por remediar la situación —dijo, pero pensó que sería mejor no comentar lo del internado. Aún esperaba poder encontrar una alternativa mejor.

—Puede que yo tenga otra solución.

—¿Qué?

—Hemos encontrado a su abuelo.

—¿El padre de Cathy? —Cathy nunca hablaba de su padre. Jenny creía que había muerto.

—Vendrá mañana, está ansioso por ver a su nieta. Quizá se lleve mejor con él que con Connor Wolfe.

—¿No te gusta Connor? —preguntó ella.

—Demasiado arrogante para mi gusto —dijo él encogiéndose de hombros—Hablé con el padre hace algún tiempo. Me dijo que Cathy y él habían estado separados, pero que quería reparar eso.

—¿Dónde vive?

—En San Diego.

Jenny sintió pena por Angie. Parecía que estaba destinada a terminar en California.

—¿Y esto dónde deja a Angie? ¿Alguno tiene más derecho que otro?

—Espero que puedan arreglarlo entre ambos —dijo Isaac—. Parece que el abuelo estaría encantado de que su nieta viviera con él.

—Y Connor no —dijo ella.

—Quizá no haya problema. Llegará mañana a última hora. Le sugerí que se hospedara aquí, pero preguntó por un motel y le hablé del de la autopista. Si necesitas algo házmelo saber —dijo mientras se levantaba.

—Gracias por venir, Isaac.

—Te lo debía por no haber recibido el mensaje de que venía Connor Wolfe —dijo mientras se despedía y se dirigía a la salida.

Jenny se quedó en su asiento un rato más. Estaba a gusto con el calor del fuego.

Por alguna razón no quería volver a la mesa. Ya había comido suficiente.

¿Cómo se tomaría Angie las noticias? Aparentemente, no sabía que tenía un abuelo. ¿Qué habría querido Cathy? Jenny deseaba

que Cathy y Harrison hubieran hecho planes para su hija en caso de que murieran. Eso habría facilitado las cosas.

Quizá no habrían querido que ningún pariente se quedara con Angie.

Pobre Cathy. La verdad era que no había disfrutado de una familia cercana.

Jenny se alegraba de que Harrison hubiera sido tan devoto. Sabía que juntos habían disfrutado de una vida feliz.

Angie apareció en el vestíbulo y se dirigió hacia ella.

—No me gusta el tío Connor.

—¿Por qué? —preguntó Jenny.

—Es malo.

—¿Y eso?

—Dijo que no podía tomar postre porque no me había terminado el brócoli.

Jenny disimuló su sonrisa. Si eso era todo lo malo que Connor Wolfe podía ser.

entonces Angie era una niña afortunada.

—Sabes que tienes que comer verduras para ser fuerte y lista.

—No me gusta el brócoli.

Connor llegó al vestíbulo. Se detuvo y observó la escena. Jenny sentada junto al fuego y Angie a su lado.

Jenny miró y lo vio. ¿Acaso Connor no se daba cuenta de lo autoritario que podía parecer con el ceño fruncido? Angie se acercó más a Jenny y miró a Connor con recelo.

—Creo que deberías ir arriba y hacer tus deberes —dijo Jenny —. Subiré enseguida para repasarlos y luego podrás bañarte.

—¿Y qué pasa con el postre?

—No voy a contradecir la decisión de tu tío.

—¿Qué significa eso? ¿Que no hay postre?

—En efecto.

Angie salió corriendo, pasó junto a Connor y subió las escaleras.

—Eres buena con ella —dijo él tomando la silla que había junto a Jenny. Estiró las piernas y se metió las manos en los bolsillos—. Creí que habría un motín en mi contra al decir que no había postre.

—Creo que le he consentido demasiado —dijo Jenny.

—Reconsidéralo, Jenny. Ella estaría bien aquí y yo pagaría lo suficiente para su mantenimiento.

—Parece que hay otra opción —dijo ella mirándolo y apartando la mirada de nuevo—. Isaac ha venido para decirme que han localizado al abuelo de Angie.

—Al diablo, querrás decir. Angie no va a vivir con Brian Wolfe.

—¿Ése es su nombre? Isaac no lo ha dicho. Estará aquí mañana. ¿Por qué no debería irse con él? Es su abuelo.

—¿Cuántas veces ha visitado a Angie desde que nació? —preguntó Connor.

—Tanto como tú —contestó ella—. Pensé que te alegrarías de quitártela de encima. Tú no quieres tenerla. Querías mandarla a un internado.

—Eso sería mucho mejor que mandarla con Brian Wolfe. No.

—¿No? ¿Ésa es tu respuesta? Fuiste localizado como su único pariente. Ahora tiene a alguien más. Alguien que, según Isaac, está dispuesto a llevársela consigo.

—No a no ser que eso conlleve algo de dinero, te lo garantizo.

—Eso es algo horrible. Hablas como si su abuelo sólo estuviera interesado en el dinero.

—Conozco a ese hombre. Confía en mí, no le va eso de la familia ni las buenas obras. Su única misión en la vida es conseguir dinero para mantener su estilo de vida.

—Y ésa no es tu misión, ¿no?

—Sí, me interesa el dinero. No pienso volver a pasar hambre, o a llevar ropa tan pequeña que todos se rían, ni zapatos rotos. Tienes mucha razón, Jenny, me interesa el dinero.

Pero ella sabía que no era así. Se había ofrecido a pagar a alguien para que se quedara con Jenny. No quería sacar dinero de su sobrina.

Claro que no estaba segura de que su padre sí quisiera. No lo conocía.

—¿Cuándo viste a tu padre por última vez?

—El día que cumplí dieciocho años. Hace quince años. Y no quisiera volver a verlo jamás —se levantó y salió fuera.

Jenny se quedó sorprendida por su afirmación. Ella daría cualquier cosa por poder ver a su padre de nuevo, aunque sólo fuera durante quince minutos.

Connor estaba de pie en el porche. El aire frío calmaba sus nervios. No tenía sentido que le contara a Jenny su vida. Sus líos

familiares no eran asunto suyo. Pero la idea de ver a su padre sobrevolando como un buitre los huesos de la vida de Cathy lo enfurecía. Aquel hombre no había tenido nada que ver con él desde los dieciocho años. «Ya eres mayor para arreglártelas solo», le había dicho a Connor. Su madre aún vivía por entonces, de modo que Cathy tenía un hogar. Pero cuando Evvie murió, Cathy se dirigió a él en busca de un hogar, sólo eso.

Pero nunca hubiera querido que su hija acabara viviendo con ese hombre. ¿Por qué no habría dejado las cosas en orden para el futuro de Angie?

El frío era insoportable, el viento soplaba del norte. Tomó aliento una vez más e intentó pensar racionalmente. Le debía a su hermana el ocuparse de su hija. Cathy había sido su motivo de alegría en la vida cuando era joven. Ella adoraba a su hermano mayor e intentaba parecerse a él. Cuando vio que no podía, se centró en sus propios sueños. Y parecía que los había cumplido, aunque fuese por poco tiempo.

Mientras miraba al cielo se preguntaba si Cathy podría ver a Angie en ese momento, ver lo mal que estaban las cosas.

—Me aseguraré de que no se la lleve, Cath —dijo en voz alta—. Nunca tendrá la infancia que nosotros tuvimos.

Capítulo 5

Al día siguiente, a última hora de la tarde, Jenny conoció a Brian Wolfe. Llegó más o menos a la misma hora en que lo había hecho Connor, pero su entrada fue totalmente diferente; llevaba un enorme oso de peluche en sus manos. Jenny supo enseguida de quién se trataba.

Él miraba todo el área de recepción mientras entraba, sin perderse nada. Jenny había salido de la oficina para hablar con Libby de las festividades de la semana siguiente y vio cómo se aproximaba.

—¿Qué tal, señoritas? ¿Por casualidad alguna de ustedes no será la señorita Jennifer Gordon? Brian Wolfe ha venido a llevarse a su nieta —dejó el oso en el mostrador y miró a las dos mujeres.

—Yo soy Jenny Gordon —dijo Jenny con una sonrisa—. Bienvenido al albergue.

—Encantado de conocerla. Según el sheriff Tucker, usted es el ángel que ha cuidado de mi querida nieta desde la muerte de sus padres —por un momento la sonrisa abandonó su cara—. Me cuesta creer que mi pequeña ya no esté entre nosotros. Pero he sido bendecido con otra generación. ¿Dónde está mi preciada nieta?

—Ahora mismo está fuera, patinando. Llegará pronto. O puedo llamarla ahora, si lo desea, —dijo Jenny. Brian le recordaba a Harrison, amigable y tranquilo. En contraste con su hijo.

—Si no le importa… No puedo esperar a conocerla —dijo Brian.

Jenny asintió. Brian Wolfe ya le gustaba mucho más que su hijo. Al menos, él parecía interesado en su nieta y quería conocerla.

—La traeré —dijo Libby, saliendo de detrás del mostrador.

—Sentémonos cerca del fuego. Hace frío fuera —dijo Jenny mientras daba la vuelta al mostrador apoyada en su bastón.

—Oh, señorita, ¿ha tenido un accidente? Permítame —dijo Brian Wolfe ofreciéndole su brazo.

Jenny sonrió y lo agarró del brazo, pero sin soltar el bastón. La galantería era agradable, pero no confiaba en nadie que no fuera ella misma.

—Hace frío aquí. Yo vivo en San Diego, dónde el clima siempre es igual —comentó Brian.

—¿Vive cerca del mar?

—Es difícil estar lejos del océano en esa ciudad. ¿A Angie le gusta el mar?

—Aquí hace demasiado frío para nadar a no ser que sea pleno verano y un día muy caluroso. Pero nada bien. Cathy y Harrison se encargaron de eso.

—Oh, sí. Harrison Benson. Dígame, señorita Gordon, ¿hizo Harrison feliz a mi hija?

—Fueron muy felices —dijo Jenny y vio cómo el hombre miraba hacia la puerta

—. Libby tardará un par de minutos en traer a Angie. ¿Quiere que le sirva algo de beber? Esta tarde tenemos bebidas calientes para los huéspedes.

—Ah, ahora que lo menciona, un trago de whisky iría bien. Cuando hace frío es lo mejor.

Jenny asintió y se levantó. Había imaginado que querría café o té, pero si quería whisky, se lo daría. No era para los clientes normales, sólo lo tenía para sus invitados personales. Tardó sólo un momento en traerle un vaso de su oficina.

Brian estaba bebiendo cuando aparecieron Libby y Angie.

Angie caminó hacia Jenny mirando a Brian con recelo. Al ver el oso de peluche su expresión cambió.

—Hola, amor —dijo Jenny—. Mira quién está aquí. Angie Benson, éste es Brian Wolfe, el padre de tu madre.

—Hola —dijo Angie.

—Es como ver a Cathy con ocho años. Hola, nieta. Te he traído un oso de peluche.

—Gracias —dijo Angie con una sonrisa.

—Siéntate con nosotros —dijo Brian—. Hace mucho que no tenía a una niña pequeña a mí alrededor. Tu madre era una niña adorable. Apuesto a que tú también.

Jenny observó cómo Brian hablaba con Angie. Había una gran diferencia entre él y Connor. Parecía que todas las dificultades que había con Connor hubieran desaparecido, sin necesidad de buscar una familia que se quedara con Angie. Si Brian quería, estaba segura de que Angie no tardaría en querer irse a San Diego.

—Oh, no, nieve no. Pero tenemos pistas de patinaje dónde puedes dejar de lado el calor veraniego y disfrutar sobre el hielo —

estaba diciendo Brian.

—No es lo mismo —dijo Angie frunciendo el ceño.

—No hablemos de eso ahora. Nos haremos amigos y decidiremos qué hacer —dijo Brian. Terminó el whisky y sonrió a Jenny—. Le estoy muy agradecido por haber cuidado de ella. Cathy y yo perdimos el contacto, pero nunca dejé de pensar en ella.

Jenny asintió tratando de recordar lo que Cathy había dicho de su padre. No mucho. Su amiga se había mostrado reticente sobre el pasado. Sólo había amado a Harrison y a Angie y había disfrutado viviendo en Rocky Point. Jenny sabía poco más. Ahora deseaba haber podido averiguar más cosas.

Le resultaba difícil encajar la imagen del hombre que tenía enfrente con la imagen que Connor había dibujado de su padre. ¿Acaso su visión estaría equivocada? ¿Habría hablado mal de su padre intencionadamente por alguna razón?

Recordaba su hostilidad cuando pensó que lo estaba acusando de mentiroso.

Cualquier cosa que dijera de su padre la pensaría en serio.

—Serviremos la cena en unos quince minutos —dijo Jenny—. Se unirá a nosotros, ¿verdad, Brian?

—Encantado, querida. Así podré pasar más tiempo con Angie y que me cuente cosas sobre su colegio y sus amigos.

—Le diré a Sally que estaremos listos para cenar a las seis.

Jenny se levantó y se dirigió a la cocina mirando hacia atrás una última vez antes de abandonar la sala. Brian escuchaba a Angie con atención. La niña no confiaba del todo en él, pero su respuesta había sido mucho mejor que con Connor.

Al llegar al comedor, la tristeza invadió a Jenny. Le encantaba tener a Angie consigo. La echaría mucho de menos cuando se marchara. California estaba muy lejos.

Cuando llegaron todos al comedor minutos después, Jenny se preguntó dónde estaría Connor. No lo había visto en todo el día. Le había sentado muy mal enterarse de lo de su padre. Por esa razón se había imaginado que saldría a enfrentarse con él según llegara al albergue. Pero no había ni rastro de él.

Su ausencia empezaba a preocuparla. Por lo poco que conocía a Connor, imaginaba al menos una confrontación.

—Este lugar es encantador, querida —dijo Brian mientras se

sentaban en una mesa para cuatro. La otra mesa que estaba ocupada se encontraba al otro lado de la sala, lo cual les proporcionaba cierta intimidad.

—Me encantaría que considerara la idea de hospedarse aquí —dijo Jenny—Tengo habitaciones hasta la semana que viene.

—El motel de la autopista me va bien. Pero vendré con frecuencia a ver a Angie.

Mañana tengo que hablar con las autoridades.

Jenny asintió y miró a Angie. La niña estaba cenando tranquila. De pronto levantó la cabeza y se puso tensa.

Jenny supo la razón antes de mirar hacia atrás. Pudo sentir a Connor entrar. Al mirarlo volvió a quedarse impresionada por su cuerpo atlético y su aspecto autoritario. Iba vestido de negro una vez más. ¿Acaso no tenía otro color en su armario? Aquellos pantalones resaltaban sus piernas largas, la chaqueta de cuero negra realzaba también su pecho y sus hombros musculosos.

El oscuro brillo en sus ojos llamó su atención. Entonces miró a Brian y Jenny pudo ver que los músculos de su mandíbula se tensaban.

Caminó por la sala como si fuera el dueño del lugar. Llegó hasta la mesa y se sentó en la silla vacía sin dejar de mirar a su padre.

—No esperaba verte aquí —dijo finalmente.

—¿Connor? Bueno, hijo, a juzgar por tu aspecto, las cosas te han ido bien —dijo Brian tras ver el reloj de oro de su hijo y la cara chaqueta de cuero.

Jenny los miró a los dos y sintió incrementarse la tensión. De pronto se dio cuenta de que la ropa de Brian era vieja y un poco desgastada. Necesitaba un corte de pelo. En comparación, la ropa de Connor era cara y estaba en buenas condiciones.

Incluso su arrogancia hacía sombra al encanto de Brian.

—He venido a por mi nieta —dijo Brian un poco tenso. Alcanzó el vaso de whisky y lo terminó.

—No lo creo —dijo Connor.

—Me alegra que hayas podido unirte a nosotros —interrumpió Jenny para asegurarse de que las cosas no se ponían tensas—. Después de la cena, mientras Angie hace lo deberes, podemos reunimos los tres en mi oficina.

Los dos hombres la miraron, sorprendidos por la convicción de

su voz.

Entonces Brian miró a Connor. El estaba mirando a Jenny y asintió lentamente.

—Después de cenar entonces.

Angie miró con desconfianza a los dos hombres y luego a Jenny.

«Pobre niña», pensó Jenny. Tenía que asegurarse de que alguien cuidase de Angie y dejar que los dos hombres se pelearan cuando ella no estuviese presente.

La cena fue muy tensa. Jenny intentó que todo pareciera lo más normal posible para Angie. El encanto de Brian disminuyó un poco en presencia de su hijo. Jenny quería darle una patada a Connor para que se comportara. Si pensaba que mirar a su padre fijamente durante la cena era comportarse bien, le faltaba un tornillo.

Finalmente, Angie terminó y miró a Jenny.

—¿Puedo levantarme? Tengo deberes.

—Claro, cariño. Subiré enseguida para repasarlos. Realmente esperaba que fuera pronto. La niña desapareció y fue entonces el turno de Jenny para mirar a Connor.

—Gracias por una cena tan agradable —dijo ella.

—¿Qué?

—No puedo creer que no hicieras nada para que Angie se sintiera bien. Eres su tío, por el amor de Dios. Al menos tu padre ha tratado de hacerle hablar, pero no tenía más que mirarte una vez para asustarse y no abrir la boca.

—No está asustada de mí —dijo Connor.

—Intimidada es la palabra —dijo Jenny mientras se levantaba —. Cuando hayáis terminado, estaré en mi oficina —dejó su servilleta sobre la mesa y se marchó todo lo rápido que su bastón se lo permitía. Esa noche más que ninguna otra deseaba poder tener plena movilidad para hacer una salida dramática.

—Permíteme —dijo Connor colocándose a su lado y abriéndole la puerta del comedor.

Ella lo miró y sintió cómo el calor de su cuerpo la envolvía mientras salía. La siguió hasta la oficina.

Una vez que se sentó tras el escritorio, Jenny pudo respirar tranquila. No había nada que deseara más que Connor se marchara. Quizá él y su padre pudieran llegar a un acuerdo sobre quién sería el mejor tutor para Angie y se marcharían de Rocky Point dejándola

en paz de una vez.

Claro que uno de los dos se llevaría a Angie, y ella odiaba pensar en eso. Pero no había nada que pudiera hacer.

Brian los siguió a toda prisa.

—El sheriff me dio el nombre del abogado. Hoy no estaba, pero lo veré mañana para arreglar los papeles de la custodia —dijo nervioso mientras jugueteaba con las monedas que tenía en el bolsillo—. No creo que lleve mucho tiempo que un juez firme los papeles y así podamos irnos a California.

—No —dijo Connor.

—¿Y por qué no? —preguntó Brian.

—Angie no va a irse contigo.

—Soy su abuelo.

—Y yo su tío.

Brian sonrió y miró a Jenny como buscando ayuda.

—Afróntalo, Connor, no eres la mejor apuesta para un niño. Tú trabajas.

Probablemente no estarás en casa durante el día y puede que tampoco alguna noche.

Quizá incluso viajes por negocios. ¿Qué pretendes hacer con Angie, meterla en un colegio todo el tiempo?

Jenny casi abrió la boca para decirle a Brian lo que había propuesto Connor, pero lo pensó mejor. Podía sentir la tensión en el ambiente.

—Yo cuidaré de ella —dijo Connor.

—Yo estoy jubilado —dijo Brian como si Connor no hubiera dicho una palabra

—. Estoy siempre en casa. Estoy seguro de que un juez encontraría eso más conveniente, sobre todo para una niña que acaba de perder a sus padres.

La sonrisa de Brian fue ladina y Jenny se preguntó por un momento si se había equivocado con aquel hombre. Parecía genuinamente preocupado por su nieta. Y

sería mejor que hubiera alguien en casa para Angie, al menos cuando ella llegase del colegio.

—Tú no te ocupaste de tus propios hijos. ¿Cómo te vas a ocupar de una niña pequeña ahora? —preguntó Connor.

—Las cosas han cambiado, Connor, hijo mío. ¿A quién crees que

hará caso el juez? ¿A un abuelo devoto o a un soltero despreocupado que trabaja y viaja?

—¿Cómo sabes que no estoy casado y que no tengo un hogar dónde llevarla? —preguntó Connor.

—El sheriff Tucker me dijo que había investigado sobre ti. Le dije que habíamos perdido el contacto. Un hombre majo ese sheriff. Ya veremos lo que pasa después de hablar con el abogado —dijo Brian, y sonrió a Jenny—. Gracias por la cena, querida.

Vendré mañana para ver a Angie —concluyó, y se marchó.

Connor lo miró con evidente rabia.

—No creo que necesite preguntar si los padres de Andy considerarían quedarse con ella. Si tiene un pariente dispuesto a quedársela, estoy segura de que el juez opinaría igual.

—Él no —dijo Connor.

—¿Por qué no? Es su abuelo. El podrá estar en casa y a ella parece que le gusta.

—No —repitió Connor, se giró y se marchó.

—Bueno, ha sido de gran ayuda —murmuró Jenny. Miró el reloj y se dirigió arriba para estar con Angie. Jeffrey estaba en el mostrador de recepción. Sabía que podía llamarla en cualquier momento cuando no pudiera encargarse de algo.

Angie estaba jugando con su nuevo oso de peluche cuando Jenny entró en su habitación.

—¿Se han ido? —preguntó la niña.

—¿Connor y Brian? Connor se hospeda aquí, recuerda. Tu abuelo se hospeda en el motel. Volverá mañana.

Jenny cerró la puerta y fue a sentarse en el sofá para colocar su pierna dolorida sobre un butacón. Angie se levantó y se sentó a su lado, acurrucándose hasta que Jenny la envolvió con su brazo.

—Yo no quiero ir a ninguna parte, Jenny. Quiero quedarme aquí contigo. Eras la mejor amiga de mamá. ¿Por qué no puedo quedarme contigo? Mamá te quería. A ella y a papá les encantaría que yo me quedara contigo. Rocky Point es mi hogar, y no California.

—Cariño, yo no estoy emparentada contigo. Normalmente la gente vive con su familia. Y tú tienes dos parientes que quieren que vayas a vivir con ellos.

—Pero no los conozco, y además son hombres. Yo soy una chica.

No quiero ir con hombres. ¿Qué pasa si quieren que juegue al fútbol y cosas de ésas?

Jenny sonrió y le retiró el pelo de la cara a Angie.

—No creo que quieran que juegues al fútbol, a no ser que tú quieras.

—¿Por qué no puedo quedarme contigo?

—No funcionaría —dijo Jenny con pesadumbre. Ella adoraba a aquella niña.

Quería lo mejor para ella, pero no podía dárselo. No sabía si Connor o Brian serían buenas opciones para Angie, pero sabía que uno de los dos iba a obtener la custodia y a llevársela lejos.

Por el momento iba a disfrutar del presente, de ese momento en el que podían estar las dos solas.

—Deja que me quede, Jenny. Prometo que seré buena —dijo Angie con suavidad.

—Ojalá pudiera, cariño, ojalá pudiera.

Dos días más tarde, Connor entró en el restaurante a las siete de la mañana.

Observó la mesa dónde estaban comiendo Angie y Jenny, y cuando la niña lo vio se puso tensa. No la culpaba. Había estado pensando mucho durante las últimas dos noches y había tomado una decisión.

Caminó y se sentó junto a ellas.

—Buenos días —dijo Jenny.

—Buenos días.

—Hola, tío Connor —dijo Angie tímidamente.

—Buenos días, Angie —contestó Connor. Tomó la jarra de café y llenó una taza vacía—. Quiero hablar contigo —le dijo a Jenny.

—Habla.

—Aquí no. Cuando podamos estar a solas. Cuando Angie se marche al colegio tendré tiempo. El asintió.

La señora Thompson asomó la cabeza desde la puerta de la cocina.

—¿Quiere que le sirva algo de desayuno?

Jenny dejó su tenedor, se le había ido el apetito. ¿De qué querría hablar Connor?

¿Querría llevarse a Angie a Los Ángeles antes de que su padre llegase a conocerla?

¿O convencerla de que Cathy había dicho que quería que fuera él quien cuidase a su hija?

Angie se levantó en cuanto terminó el desayuno.

—Me voy, Jenny —dijo la niña, y se acercó para darle a Jenny un abrazo—Adiós, tío Connor.

—¿Quieres que te lleve al colegio de nuevo? —preguntó Connor.

—Iré andando con mis amigos —dijo, y salió corriendo.

—Ya estamos solos —comentó Jenny.

—Pero no libres de toda interrupción. Hablaremos después del desayuno.

—Yo ya he terminado. Te esperaré en mi oficina.

No pudo marcharse todo lo rápido que deseaba. Connor la fascinaba y la preocupaba. Sólo iba a quedarse un poco más de tiempo. Podría aguantar un poco más todo lo que sentía cuando lo veía.

No tenía elección.

Connor se unió a ella demasiado pronto. Jenny se dio cuenta de eso cuando, minutos después, él entró y cerró la puerta de la oficina tras él. Al instante parecía haber llenado la habitación. Jenny tomó aliento y trató de calmarse.

El tomó una silla y se sentó.

—Conoces a la gente de este pueblo. ¿Cómo crees que reaccionará el juez? —comenzó Connor.

—Si se trata de un caso de custodia, supongo que el juez dictaminaría lo que fuese mejor para ella.

—Y tal como tú lo ves eso sería…

Jenny jugueteaba con el abrecartas sin querer implicarse demasiado, pero las ganas de dar su opinión fueron más fuertes.

—Yo diría que tu estilo de vida no parece ser tan apropiado para una niña como el de Brian. Tú trabajas, viajas, quieres meterla en un internado. Brian está retirado y estaría siempre en casa.

—¿Y lo de una familia aquí, en Rocky Point?

—No creo que un juez estuviera a favor de eso habiendo un pariente que la quiere. Sería una posibilidad si nadie la quisiera, pero Brian está dispuesto.

—No.

—¿No? ¿No está dispuesto?

—Puede que quiera lo que traiga consigo, pero no se la quedará.

—¿De qué hablas?

—Angie heredará una importante cantidad de dinero del seguro, y será más cuando liquiden los activos del negocio de la pesca de Harrison. Brian quiere el dinero, y se la llevará si es preciso.

—Ese es un punto de vista muy duro. Quizá lo invierta en su educación, como tú planeabas hacer —dijo ella.

—Pregúntale. Pero no importa. No se quedará con Angie. No lo he visto en quince años, pero un detective me ha dado mucha información.

—¿Un detective? ¿Has hecho que lo investigaran?

—La noche que me dijiste que venía llamé a Los Ángeles y contraté a alguien inmediatamente.

—¿Y has encontrado suficiente información para convencer al juez? —preguntó Jenny sin poder creerlo—. ¿Me has investigado a mí también?

—No, ¿debería haberlo hecho?

—¿Has encontrado lo que querías sobre tu padre?

—No exactamente.

—¿Y qué has encontrado?

—Que se guarda mucho para sí mismo. No trabaja, tiene algunas deudas a causa del alcohol y vive en una zona no muy buena de la ciudad, dónde Angie no debería estar.

—Pero se puede mudar.

—Con el dinero de la niña claro que podría. No quiero que Angie se acerque a él. Fue un padre terrible y no tengo evidencias de que haya cambiado. Pregúntate esto, Jenny: si tan buen padre fue, ¿por qué Cathy no se puso nunca en contacto con él? ¿Por qué él nunca la visitó tras el nacimiento de Angie?

—Eso es cierto —dijo Jenny frunciendo el ceño—. Cathy nunca hablaba de su familia. Incluido tú.

—¿Nunca?

—Rara vez. Una vez dijo que tenía un hermano en Los Ángeles. Dijo que su madre había muerto. Pensé que su padre también.

—No estábamos muy unidos. Pero yo soy el más indicado para educar a Angie.

Tengo una solución.

—Sí, enviarla a un internado, supongo.

—No, que te cases conmigo y que cuidemos a Angie los dos

juntos.

Capítulo 6

Connor habría apreciado la cara de sorpresa de Jenny si no hubiera sido por lo mucho que deseaba lo que acababa de decir.

—¿Estás loco? —preguntó ella—. No podría casarme contigo. Aunque quisiera, no tengo intención de mudarme a Los Ángeles. ¿Cuál es la verdad? ¿Te casarías conmigo, luego nos abandonarías y te marcharías? Ya te he dicho que no puedo cuidar de Angie.

—No he pensado en los detalles, pero funcionaría. Sé que es mucho pedir, pero no he visto señales de ningún hombre en tu vida. Sólo sería por unos cuantos años.

—Tiene ocho años. Unos cuantos años serían diez o doce como mínimo. Él asintió.

—Lo dices en serio, ¿no? —preguntó Jenny.

—Piénsalo. Me mudaría a Rocky Point. La mantendríamos aquí con sus amigos, en el mismo colegio. A ti te adora. Yo seguiría teniendo que viajar, pero puedo trasladar muchas de las funciones administrativas del negocio aquí. Quizá podría ofrecer programas internos para algunos alumnos de la universidad. No he pensado los detalles. Sólo estoy pensando en Angie.

—¿Por qué no puede irse con su abuelo?

—Porque no se ocuparía de ella, como hizo con Cathy y conmigo. Bebe mucho, Jenny. Cuando está bajo la influencia del alcohol se olvida de todo lo demás. No es que sea un borracho agresivo, simplemente no se hace cargo de nada.

—Quizá haya cambiado —dijo Jenny lentamente.

—Y quizá no. Por lo que ha dicho el detective, aún bebe mucho. La otra noche estaba bebiendo aquí —recordó Connor. ¿Qué haría falta para convencer a Jenny?

Debía de haber algo que quisiera lo suficiente como para comprometerse unos años de matrimonio.

—No se emborrachó la otra noche. Ni ninguna de las que ha estado aquí.

Pero había olido licor en su aliento cada vez que aparecía. ¿Tendría razón Connor?

—Quizá no aquí, pero pregúntate por qué se queda en el motel. ¿No crees que sería más fácil conocer a su nieta si se quedara aquí?

Creo que es porque se emborracha cada noche. ¿Es ése el tipo de vida que quieres para Angie?

—Oh, ¿un matrimonio falso sería mucho mejor? ¿Qué crees que haría si tú comenzaras a salir con alguien?

—¿Por qué iba a hacer eso?

Jenny parpadeó. Connor sintió su sorpresa. El tema era serio, pero le encantaba mirarla, leer su mente viendo sus expresiones. Ese comentario la había dejado sin palabras.

—¿De qué tipo de matrimonio estás hablando? —preguntó ella.

—De uno de verdad. ¿Crees que iba a exponer a Angie a alguien que no se toma los votos en serio?

Jenny asintió.

Connor sintió rabia en ese instante. ¿Acaso no lo conocía mejor después de cinco días?

—Hablo de un matrimonio real. Uno que nadie pueda poner en duda.

—Ni siquiera me gustas —dijo Jenny.

Aquello dolió. Él sabía que no era encantador como su padre. Había tenido demasiadas falsas promesas de pequeño como para querer imitar a aquel hombre.

Sólo había estado centrado en triunfar, y a veces no le había importado quién se le pusiera por delante.

No necesitaba gustar a nadie.

Pero le dolía que a Jenny no le gustara. A él le gustaba ella. La deseaba.

Sorprendido por la declaración se levantó y caminó hacia la ventana. ¿Cuándo había comenzado a nevar de nuevo? ¿Mantendría eso alejado a su padre o planearía ir esa tarde después del colegio? No podía permitir que eso ocurriera. Se lo debía a su hermana.

—Piensa en ello, ¿vale? —dijo él. No estaba acostumbrado a suplicar. Durante la última década había construido su negocio con trabajo duro y determinación. Y

consiguiendo que la gente hiciera lo que él quería. Jenny tenía que hacerlo. Era la única manera de que Angie estuviera a salvo de Brian—. Si quieres otras condiciones podemos negociarlo.

—Todo esto es una locura. No puedo casarme contigo.

Él la observó. Sus ojos brillaban, sus mejillas estaban sonrojadas. Su tensión no sólo se debía a su negativa, sino a algo más. Connor

atravesó la habitación y se colocó tras el escritorio.

—Quizá estés preocupada por cómo íbamos a apañárnoslas tú y yo —dijo.

Sin dejar de mirarlo, Jenny negó con la cabeza.

—Entonces —continuó él acercándose más—, quizá deberíamos probar…

Jenny casi se cayó de la silla. Iba a besarla, lo sabía. Pero no podía moverse. Sin poder hacer nada vio cómo su cabeza se acercaba. Justo antes de que sus labios se tocaran, ella cerró los ojos.

Fue una de las cosas más estúpidas que había hecho jamás. Tenía que apartarse.

Y lo haría, pero antes quería saborear aquellos labios. Disfrutar de la calidez que ofrecía, sentir su deseo, que acababa de despertar de un largo sueño, deleitarse con el calor que recorría todo su cuerpo.

Había pasado mucho tiempo. Nunca nadie la había besado como Connor Wolfe. Por un momento se sintió perdida en un mar de deseos, de amor y de risas.

Ella y Connor besándose, aprendiendo cosas el uno del otro. Compartiendo el amor y la vida.

El matrimonio.

Pero la realidad la golpeó con fuerza.

Se echó hacia atrás con rapidez.

—No —dijo, y colocó una mano entre ambos—. No puedo casarme contigo.

Él se enderezó, asintió y se marchó.

Jenny vio cómo se iba, sorprendida por el deseo que la inundaba. Deseaba haberlo retenido, haberle pedido tiempo para considerar su descabellada propuesta.

Quizá habría dejado que la persuadiera con más besos.

Deseaba poder ser la mujer que Connor creía que era.

La nieve siguió cayendo todo el día. Connor fue a recoger a Angie a la escuela, decidido a que la niña no caminara hasta casa en aquellas condiciones. Le estaba costando aceptar la negativa de Jenny. Incluso estaba dispuesto a mudarse a Maine.

¿Quién estaría dispuesto a vivir los inviernos allí pudiendo estar en Tahití? A él no le entusiasmaba la idea de mudarse a Rocky

Point.

Cilla y Andy fueron a casa con Angie. Como no podían patinar a causa de la nieve, Jenny dejó que los niños cocinaran galletas con la ayuda de la señora Thompson. Pero pronto terminaron y buscaron otra cosa que hacer.

Con el festival de invierno casi al caer, las habitaciones estaban comenzando a llenarse. Como el tiempo era malo, los huéspedes hacían uso frecuente de la sala común de la planta principal, y Jenny no quería que los niños estuvieran por allí.

—Id a buscar algo que hacer arriba —le dijo a Angie—. Y portaos bien. Los huéspedes están aquí para relajarse, no para oír niños gritando.

—Lo sé, Jenny. Recuerda, mamá solía decirme que cuando tuviéramos huéspedes tenía que portarme bien —dijo Angie con solemnidad.

—Id a molestar a tu tío —dijo Jenny tras darle un abrazo a Angie.

Los niños corrieron escaleras arriba. Luego. Jenny se dirigió al mostrador de recepción para comprobar la asignación de habitaciones que ella y Libby habían estado preparando. Pronto iba a necesitar la habitación de Connor. ¿Trataría de buscar sitio en el motel? También estaba completo por el festival.

O quizá él y su padre regresaran a sus respectivos hogares y dejarían allí a Angie un poco más hasta que la situación se resolviese satisfactoriamente.

Jenny perdió la concentración al imaginar que Connor se marcharía. Y al recordar el beso. Quizá debería pensar mejor su propuesta. Significaría mucho para Angie poder quedarse en Rocky Point. Quizá debería concentrarse en el bien de la niña y no en sus propios intereses.

—Los Sanderson pidieron una cuna, ¿recuerdas? —dijo Libby devolviendo a Jenny a la realidad.

—Dile a Max que vaya al ático y busque una. Habrá que quitarle el polvo, pero el colchón estaba envuelto y las sábanas estarán limpias. ¿Hay algún otro pedido importante? —preguntó Jenny, sabiendo que debía poner atención a lo que hacía.

—Sólo las dietas, pero ya se las he dado a Sally —dijo Libby.

Entonces apareció Brian. Jenny lo miró y recordó todo lo que

había dicho Connor sobre él. Era difícil creer eso de un hombre tan encantador. Quizá había cambiado desde que Connor era un niño.

—Hola, Brian —dijo Jenny mientras salía de detrás del mostrador—. Angie está arriba, ¿quieres que la llame?

—Primero quería hablar contigo —dijo él mientras se quitaba la chaqueta para sacudir la nieve—. Está nevando horrores. ¿Cómo aguantas este tiempo? Yo estoy deseando volver al clima soleado.

—Supongo que estamos acostumbrados. Queda un sitio junto a la chimenea donde podemos sentarnos, si quieres.

—No, preferiría hablar contigo en privado —dijo él con seriedad.

—Vayamos a la oficina.

Una vez que estuvieron sentados, Brian habló.

—He hablado con el abogado esta mañana. He rellenado los papeles pidiendo la custodia. No puedo quedarme mucho más, Jenny. Es demasiado caro y frío para mí. Cuanto antes pueda llevarme a Angie a San Diego, antes volverá todo a la normalidad.

—Pensé que ibas a intentar conocerla un poco más. Mudarse a California sería un cambio muy brusco para ella —dijo Jenny, aunque deseaba poder protestar con más fuerza, hacer algo para que Angie se quedara. Pero debía dejarla ir.

—El motel está completo por el festival de la semana que viene. A no ser que haya habitación aquí, tendré que marcharme —dijo Brian.

Jenny no tenía habitaciones. Incluso Connor tendría que dejar la suya. Ya se lo había dicho, y lo mismo hizo con Brian.

—Así que los dos te dejaremos en paz pronto —dijo él.

—¡Jenny, Jenny, eras famosa! —gritó Angie mientras entraba corriendo en la oficina, llevando consigo una corona y un par de revistas. La seguía Cilla, que llevaba dos trajes brillantes, y Andy venía detrás con una caja de madera. Los tres estaban muy nerviosos.

—Mira, sales en una revista —dijo Angie lanzando una de las revistas sobre el escritorio—. Tienen tu foto y todo.

En la imagen aparecía una joven Jenny, sonriente, con brillo en los ojos y con Kart al lado.

—¿Podemos ponernos esto cuando vayamos a patinar? —preguntó Cilla mostrando unos leotardos que Jenny recordaba

haber llevado en la World Cup.

—Jennifer Gordon, la estrella de las pruebas olímpicas, a punto de ganar el oro,

¿Qué ocurrió? —preguntó Connor desde la puerta.

Las emociones inundaron su mente. Sin pensarlo se levantó y le quitó a Angie la revista.

—¿De dónde habéis sacado esto? ¡No son vuestras! —le quitó los trajes a Cilla

—. ¿Cómo os atrevéis a hurgar en mis cosas? Dadme eso y salid de mi oficina —le quitó la corona de la cabeza a Angie ignorando la expresión de sorpresa en la cara de la niña.

Luego se dirigió a por la caja de medallas que tenía Andy. El niño las entregó sin protestar.

—¡Todos fuera de aquí! —exclamó. Se dio la vuelta y se apoyó sobre el escritorio, tratando de controlar las emociones que sentía.

Necesitaba apoyarse en el escritorio dado el dolor que sentía en la pierna. Trató de respirar a pesar del nudo que tenía en la garganta. No había visto esas cosas en años. ¿Cómo se atrevían esos niños a invadir su privacidad? Un millón de pensamientos la asaltaron mientras contemplaba las señales de glorias pasadas. El dolor de la pérdida amenazaba con consumirla.

Escuchó a los niños salir sigilosamente.

Brian se levantó y se marchó.

La puerta se cerró.

Jenny cerró los ojos sintiendo sólo humillación y arrepentimiento. Trató de respirar con normalidad. Tendría que sentarse pronto, pues el dolor se incrementaba.

Pero antes debía controlarse.

—Ya decía yo que me resultabas familiar —dijo Connor—. Debo de haberte visto cientos de veces en los canales de deportes.

Jenny abrió los ojos y lo miró. El estaba apoyado contra la puerta, con los brazos cruzados.

—¡Largo! —dijo ella.

—Oblígame —dijo él.

—No te quiero aquí.

—No tengo especiales ganas de quedarme aquí, pero aún tenemos asuntos pendientes.

—No tenemos nada pendiente.

Él señaló las cosas que había sobre la mesa.

—Sólo son niños. Todos estaban entusiasmados por encontrar algo maravilloso sobre alguien a quien admiran. Has sido demasiado dura con ellos.

Jenny tragó saliva. No necesitaba que Connor le dijese eso. Pero verlo todo de nuevo y sin esperarlo había sido demasiado y había reaccionado sin pensar.

—Bueno, por lo menos ha servido para que te des cuenta de lo mala madrastra que sería —dijo ella, incapaz de admitir ante Connor que estaba equivocada. Aun así tendría que disculparse con los niños. Tan pronto como retomara el control de sus emociones.

Él se encogió de hombros.

—Eres humana. Es evidente que te ha disgustado mucho.

—Evidentemente —repitió ella con amargura. El ritmo de su corazón ya era normal y su respiración casi. La ira y la pena iban desapareciendo.

—¿Qué pasó? Estabas destinada a ser una estrella. ¿Por qué te molesta que Angie lo sepa?

—Fue una mala época.

—¿Ser famosa?

—Estar a las puertas de las olimpiadas y entonces… —se giró. No quería hablar de ello. Se sentó lentamente y se frotó la cadera deseando que las medicinas contra el dolor estuvieran a mano. Normalmente no las tomaba y se quitaba el dolor de otras formas, pero en ese momento podía permitírselo.

—¿Y entonces? ¿Fue cuando tuviste el accidente? —preguntó él.

Ella dudó por un momento y luego asintió. Tampoco se trataba de un secreto.

Una visita a la biblioteca para leer algunos periódicos antiguos y todo se sabría.

Aunque también podría hablar con cualquiera del pueblo. Estarían encantados de decirle cómo ella los había decepcionado a todos, a su padre, a Kart, a todo el pueblo de Rocky Point, a Maine, por su idiotez, por su egoísmo.

—Una recompensa accidentada.

—Exactamente —dijo ella.

—Y eso va atado a tu razón de no casarte conmigo y cuidar de Angie, ¿verdad?

—Los decepcioné a todos —dijo ella mirando por la ventana y reviviéndolo todo—. Nadie puede depender de mí. ¿Qué pasaría si Angie me necesitara y yo la decepcionara? —dijo lentamente. Deseaba poder cambiarlo todo, los años pasados. Si sólo le hubieran dado la oportunidad…

—¿De qué hablas?

—Mi padre… me entrenó para las olimpiadas durante toda mi vida. Y luego, como acto de rebeldía, yo lo arruiné todo. Lo decepcioné. Todo se fue al traste. Años de sacrificio. Interminables horas de práctica. Él… murió mientras yo aún estaba en el hospital.

Connor no se había movido. No dijo nada. Sólo la miró. Y Jenny lo observó como esperando unas palabras de condena.

—También decepcioné a mi compañero. Kart y yo habíamos entrenado juntos durante años. Cuando nos enteramos de que íbamos a ir a las olimpiadas fue increíble —explicó. Recordaba perfectamente la excitación de aquellos días.

—¿Y cuál fue el acto de rebeldía? —preguntó Connor.

—Estábamos en Boston. A la mañana siguiente debíamos partir hacia la villa olímpica. Una amiga mía vivía en la ciudad y me llamó para salir a celebrarlo aquella noche. Se suponía que yo debía quedarme durmiendo aquella noche, descansando para el viaje. Pero en vez de eso me fui con Cassie. Un conductor borracho salió de algún sitio y se estampó contra el coche. Cassie está en una silla de ruedas desde entonces. Los médicos al principio no sabían si yo volvería a andar. Arruiné muchas vidas por una noche de diversión.

—Lo que no entiendo es qué fue lo que tú arruinaste. Tú saliste herida en el accidente.

—Si yo no hubiera aceptado, Cassie se habría quedado en casa. Nadie habría resultado herido. Kart y yo habríamos conseguido el oro. Mi padre… mi padre aún estaría vivo.

—Y tú no habrías resultado herida.

Ella se encogió de hombros.

—No es tan malo como lo de Cassie. Al menos yo puedo caminar.

—¿Qué le ocurrió al conductor del otro coche?

—Murió en el acto. Dejó mujer y dos niños pequeños.

—Sigo sin ver qué relación tiene eso con mi oferta. ¿No quieres ayudar a Angie?

—Maldita sea, Connor, ¿es que no estás escuchando? Mi padre me dijo lo poco de fiar que yo era. Lo mucho que la gente dependía de mí y cómo yo los había decepcionado a todos. Me dijo lo estúpida, egoísta y egocéntrica que había sido. Kart se puso hecho una fiera. A causa de lo ocurrido él perdió todas las oportunidades. Es difícil competir cuando tu pareja está en una cama de hospital. Para las siguientes olimpiadas ya era demasiado tarde para él. La gente del pueblo que venía a verme hablaba de lo tristes que estaban todos porque no fuera a competir por el oro.

Decepcioné a todo el mundo. Es algo con lo que tengo que vivir. No dejaré que nadie dependa de mí nunca más.

—¡Tonterías!

—¿Qué?

—¿Qué edad tenías?

—Diecinueve. ¿Qué tiene eso que ver con esto?

—Una chica de diecinueve años no tiene la responsabilidad de llevar el mundo sobre sus hombros, o incluso las esperanzas de un pequeño pueblo de Maine. Sólo saliste a divertirte. Si no hubiera ocurrido nada, tú habrías vuelto y habrías dormido unas pocas horas menos de lo habitual. Luego te habrías ido a patinar, ¿de acuerdo?

—Supongo.

—La mala suerte truncó las cosas, pero tú no hiciste nada malo. No decepcionaste a nadie.

—Lo hice —susurró ella—. Mi padre… Connor, me estaba gritando cuando sufrió el ataque al corazón y murió, justo ahí, en mi habitación del hospital. Se quedó en el sitio. No pudieron salvarlo.

—No tenía por qué gritarte mientras estabas en el hospital. Jenny, no hiciste nada malo.

—Lo hice…

Él negó con la cabeza, se apartó de la puerta y se acercó al escritorio.

—No, hiciste lo que habría hecho cualquiera a tu edad, salir a divertirse. Sé lo asfixiantes que pueden ser los entrenamientos para cualquier deporte. Todos necesitamos relajarnos de vez en cuando.

—Karl dijo que…

—No me importa lo que dijera, hablaba desde la frustración y la

desilusión. Fue una desgracia que ocurriera el accidente, y sobre todo en la víspera de las olimpiadas, pero así es la vida. Hay que aceptarlo. Pero no dejes que eso oscurezca el resto de tu vida. Sigue adelante.

—Lo he hecho. Tengo el albergue.

—Lo que demuestra que se puede confiar en ti.

—¿Qué?

—¿Cuánto tiempo hace que lo tienes?

—Casi desde que salí de la rehabilitación. Utilicé el dinero del seguro para comenzar.

—¿Cuánta gente tienes contratada? Siete personas que yo haya visto.

Ella asintió.

—A jornada completa. Contrato a alumnos de la universidad cuando hay mucha gente, como por ejemplo la semana que viene, con el festival de febrero, o durante el verano.

—Así que al menos siete personas saben que pueden depender de ti para subsistir. ¿Quién más depende de ti? Sé que Angie lo hace. Confía en ti. Apuesto a que eso lo ha heredado de su madre.

—No importa.

—¿Cómo ibas a decepcionar a Angie?

—¿Es que no te lo ha demostrado este numerito?

—Te pillaron por sorpresa. Ahora te disculparás, ella te perdonará y seguiremos adelante. Pero si estuviera mala una noche, tú irías a verla. Si tuviera una obra en el colegio, tú acudirías. Si necesitara ropa nueva, tú se la comprarías. No sé cómo ibas a decepcionarla. Te necesita. Y yo te necesito. Cásate conmigo, Jenny. Por el bien de Angie. Durante diez años, hasta que Angie cumpla dieciocho. Ayúdame.

Confío en ti. Sé que podemos depender de ti.

Era tentador. Saber que estaría con Angie mientras crecía. Saber que la hija de su amiga iba a tener todo el amor que fuera posible.

El recuerdo del beso de Connor apareció en su mente. Había dicho que sería un matrimonio real. Eso significaría más besos. Hacer el amor.

¿Tener hijos?

No, no si se trataba de un matrimonio temporal de conveniencia. No si planeaban divorciarse cuando Angie cumpliera los dieciocho.

Se negaba a tener un hijo con ese pensamiento en su cabeza.

—Di que sí, Jenny.

Ella observó la intensidad en sus ojos oscuros, el rígido control que ostentaba como si con su fuerza de voluntad fuese a conseguir de ella la respuesta deseada. Era un hombre que sabía lo que quería, y lo perseguía costase lo que costase. La ponía nerviosa. Y hacía que deseara cosas que ni siquiera sabía si podría tener alguna vez.

¿Podría funcionar?

Sólo el tiempo lo diría. ¿Sería ella lo suficientemente valiente para correr el riesgo?

Capítulo 7

Connor vio las expresiones que cruzaron la cara de Jenny. Tendría que decirle que nunca jugara al póquer porque enseguida revelaría todos sus pensamientos.

Sabía que el desorden se agolpaba en su cabeza, pero deseaba que el amor que ella sentía hacia su sobrina inclinase la balanza a su favor.

La deseaba. Y siempre había conseguido lo que quería en los últimos años. El beso había sido una sorpresa. O más bien la reacción ante la suavidad de sus labios había sido la sorpresa. No recordaba haber sentido lo mismo jamás por una mujer que apenas conocía. Ni con ninguna otra mujer en general.

Pero no se trataba de él. Se trataba de su pasado, de su hermana y de la sobrina que trataría por todos los medios de alejar de su padre.

—Jenny, Angie te necesita. Ya nos has visto a mi padre y a mí. Él tiene todo el encanto y yo ninguno. Yo no me ando con rodeos ni suavizo las cosas. Me lanzo a la yugular. Ésa es la lección que aprendí de mis padres —temía que aquello fuera en su contra, pero él era así y no podía negarlo—. Si vamos a un juez de este pueblo, ¿a quién crees que daría la custodia? ¿A mí o a mi padre?

—A Brian —dijo ella dubitativa.

—Ya te he dicho todo sobre él. ¿Quieres que Angie viva en esas condiciones?

Seguro que el hecho de que Cathy nunca hablara de su familia te dice algo.

—Yo tampoco hablo mucho de mi padre. Simplemente dejamos que el pasado quede atrás.

—Por una razón similar, el arrepentimiento. Ella casi no lo vio, ni siquiera de pequeña —se levantó y se pasó la mano por el pelo. Veía que no lograba convencerla y el tiempo se estaba agotando.

—Una vez te mencionó, hace años —dijo Jenny—. Dijo que siempre había deseado que estuvierais más unidos.

—Yo también lo hubiera querido. Por eso quiero arreglarlo quedándome con Angie. Ella estará mejor conmigo y contigo.

Ella lo miró y vio cómo su impaciencia crecía. Pero no mostraba

ninguno de sus sentimientos.

—De acuerdo, Connor. Me casaré contigo por el bien de Angie —dijo finalmente.

Connor sintió una sensación de alivio primero y luego de triunfo. Sería suya.

—Sugiero que sea lo antes posible —añadió Jenny mientras se levantaba para alcanzar su bastón—. Tu padre ya ha rellenado los papeles para solicitar la custodia.

—¿Qué?

—Me lo dijo justo antes de que entraran los niños.

Connor quería acercarse y tocarla. Quería ofrecerle su apoyo ante una tristeza tan evidente. Aquel pensamiento lo sorprendió. Él no era de los que iban toqueteando. Claro que ella no iba a encontrar mucho apoyo en él. Cada vez que se acercaba a ella, Jenny parecía cohibirse totalmente.

No siempre. Aún quedaba el recuerdo del beso.

Cuando ella salió de detrás del escritorio para dirigirse a la puerta, él la detuvo.

—Tan pronto como podamos —dijo suavemente mientras se inclinaba para besarla. Iba a ser su esposa. Casi no podía esperar.

A Jenny le temblaron los labios cuando él la besó. Luego suspiró ligeramente como entregándose al placer. Entonces la abrazó y su lengua entró en su boca lentamente. Aquel beso elevó las cotas de deseo a nuevas alturas.

Connor se dio cuenta de que podría estar besándola por siempre. Pero los besos no serían suficiente. Quería tocarla, conocer la textura de su piel, absorber la suave esencia de su cuerpo. Hacer que fuera suya.

Los golpes en la puerta acabaron con el beso antes de lo deseable. Connor se aseguró de que no le temblaran las rodillas antes de dirigirse a abrir.

Ahí estaba Libby con expresión de preocupación.

—Los niños han salido de aquí muy deprisa. Quería asegurarme de que todo iba bien. Creo que Angie estaba llorando.

—Les grité —dijo Jenny—. No debería haberlo hecho. Iré arriba para disculparme.

—¿Puedo hacer algo? —preguntó Libby.

—No, gracias, Libby. Gracias de todos modos.

—Jenny y yo vamos a casarnos —dijo Connor mientras seguía a Jenny fuera de la oficina.

—¿Casaros? Enhorabuena —dijo Libby un poco sorprendida.

—Quería decírselo primero a Angie —dijo Jenny con el ceño fruncido.

Él se encogió de hombros. Cuanto antes lo supiera todo el mundo, más difícil le resultaría cambiar de opinión. Connor se preguntaba cómo de rápido podrían casarse en Maine. Se planteaba incluso tomar un avión a Las Vegas ese mismo día.

—¿Vienes conmigo? —preguntó Jenny mientras se dirigía hacia las escaleras cojeando.

—Claro —dijo él mientras la tomaba en brazos otra vez para subir las escaleras.

—Bájame. Puedo sola —dijo ella.

—Yo también —dijo él. ¿Acaso le dolía siempre o sólo en ocasiones especiales?

¿Por qué tendría un negocio con escaleras si caminar le resultaba tan difícil? Había mucho sobre ella que necesitaba saber.

Cuando llegaron al segundo piso, Jenny insistió en que la bajara. Caminó por el pasillo como si se dirigiera a la habitación de Connor. Justo enfrente de su puerta se detuvo frente a una puerta en la que ponía «Privado». Llamó y entró. Connor la siguió y se detuvo. Evidentemente era una suite, las estancias privadas de Jenny. La sala de estar era confortable, con un sofá y sillas alrededor de la mesa de centro. Los patines de Angie estaban en el suelo y su chaqueta, colgada en una silla.

Los tres niños estaban sentados en el sofá mirando a Jenny.

Ella caminó hacia ellos y se sentó sobre la mesa de café para luego mirarlos uno a uno.

—Siento haberos gritado. Lo siento mucho. Estuvo mal y no volveré a hacerlo.

Me pillasteis por sorpresa y perdí los nervios. Por favor, perdonadme.

—Oh, Jenny, nosotros sentimos haber hurgado en tus cosas —dijo Angie lanzándose a los brazos de Jenny. La manera en que ella abrazó a la niña le demostró a Connor todo lo que quería saber sobre cómo cuidaría Jenny a su sobrina.

Su matrimonio no tendría de verdadero sólo el nombre. Dejaría

eso claro. Ella no había protestado al escuchar las condiciones. ¿Acaso debería mencionarlas de nuevo?

Cilla y Andy se pusieron de pie y se disculparon también.

Connor se sintió extraño contemplando la escena. Había una unión entre ellos que él nunca había sentido. Aquello pronto pasaría y todos recuperarían su relación normal.

Él no sabía cómo hablar a Angie y a sus amigos. Ni siquiera sabía cómo hablar a Jenny. No se le daba bien eso de la familia. Su relación con su padre y su hermana era prueba evidente. ¿Qué era lo que le hacía pensar que en el caso de su sobrina sería diferente?

Era Jenny. Vio cómo sonreía a los niños y cómo los invitaba a ir a la cocina.

—¿Vienes con nosotros, tío Connor? —dijo Angie—. La señora Thompson hace los mejores helados del mundo.

—Pero si está nevando. Me gustan los helados cuando hace calor —dijo él—Esperad un momento antes de iros. Quiero que sepas algo, y tus amigos también pueden oírlo.

—Connor —dijo Jenny poniéndose en pie.

Él levantó una mano al ver lo que iba a hacer. ¿Acaso estaba pensando en cambiar ya de opinión?

Ella levantó la barbilla, tomó su mano y se acercó a él.

—Jenny y yo vamos a casarnos y tú, Angie, vivirás con nosotros —dijo él.

—Guau —dijo Angie mirando a Jenny con una sonrisa—. ¿Significa eso que podré llamarte tía Jenny?

—Si quieres…

—¡Sí! —exclamó la niña mientras daba saltos y abrazaba a sus amigos—. Ahora no tendré que irme a California con el abuelo Brian. Puedo quedarme aquí.

—Hablaremos de eso más tarde —dijo Connor—. Será mejor que vayas a por tu helado.

Los niños salieron corriendo por el pasillo mientras gritaban de alegría.

—Genial, molestarán a todos los huéspedes —dijo Jenny amargamente.

—Es demasiado pronto para molestar a nadie.

—¿Estás seguro de que podrás mudarte aquí?

—Tú no puedes mudarte a California y llevar el albergue.

—¿Y cómo va a funcionar este matrimonio? —preguntó ella.

—Como nosotros lo organicemos —dijo él justo antes de besarla.

Después de que Angie se hubiera acostado, Jenny fue a darse un baño caliente.

La cadera y la pierna llevaban doliéndole todo el día. El agua caliente la calmaría. Las burbujas flotaban a su alrededor. Le encantaban los baños de burbujas. Era lo mejor de las noches, cuando Angie se había acostado. Lo único malo era la cantidad de tiempo que tenía para pensar.

Y todos sus pensamientos se centraban en su acuerdo de matrimonio con Connor Wolfe.

Al pensarlo el calor invadió su cuerpo. Quizá todos sus pensamientos no se centraban en el acuerdo. Sus besos habían despertado en ella unos sentimientos que no sabía ni que existían. Siempre había rechazado a los hombres con los que había salido desde Kart. Una vez ambos habían hablado de matrimonio, y de patinaje. Pero eso había sido hacía mucho tiempo.

Connor no se parecía en nada a los otros hombres. Quizá por eso los sentimientos que evocaba eran tan intensos. No le daba tiempo para pensar, sólo para sentir y reaccionar. ¿Cómo sería estar casada con él?

Un matrimonio real, con una cama compartida, comidas juntos… De pronto el agua parecía estar fría en comparación con la temperatura de su cuerpo.

Brian no les había dado la enhorabuena. Sólo había mirado a Connor de forma desafiante cuando éste le había comunicado sus planes, de modo que parecía que ése no iba a ser el final del asunto.

Jenny había escuchado cómo Connor le mencionaba a su padre que sólo le interesaba el dinero, y él lo había admitido, diciendo que lo necesitaría para criar a la niña.

Minutos más tarde Jenny se secó con la toalla, se puso su pijama de franela y la bata encima. Quizá debería considerar la oferta de Connor de mudarse a California.

Al menos allí se sentiría más cálida.

¿Pero qué pasaría con Angie y sus amigos, su colegio? ¿O su amor por el patinaje sobre hielo? No quería apartar a la niña de todo lo que conocía y adoraba.

Había tenido mucho tiempo para pensar en la bañera, sobre todo

en lo referente a lo que había asegurado Connor al decir que ella no había hecho nada malo cuando tenía diecinueve años. Era un concepto nuevo, uno con el que a Jenny le costaría familiarizarse y aceptar, por mucho que deseara hacerlo.

Cuando bajó al cuarto de estar se asustó al ver a Connor sentado en su sofá y a Angie apoyada sobre él, dormida. Las revistas de deportes que los niños habían encontrado estaban esparcidas a su alrededor. El estaba leyendo uno de los artículos.

Se detuvo al verla aparecer y se quedó mirándola de arriba abajo.

—Pensé que Angie estaba en la cama —dijo Jenny suavemente.

—Vine a verte, ella abrió la puerta y no quiso volverse a la cama. Echa de menos a sus padres —dijo él.

Jenny asintió y se sentó en la mesa de centro para quitarle a Angie un mechón de pelo de la cara.

—Siempre llora cuando está en la cama. No sé qué hacer.

—No hay mucho que puedas hacer. Hay que dejarla que se desahogue. Yo la llevaré a la cama.

—¿Por qué están aquí las revistas?

—Quería que se las leyera. Esta muy emocionada tras saber que tú eras una patinadora famosa. Quizá puedas darle consejos. Realmente no te importa que lo sepa, ¿verdad?

—Supongo que no. Es sólo que… —era difícil de explicar. Sentía como si aquella adolescente fuera otra persona diferente a la mujer que era actualmente.

Como si todo aquello le hubiese ocurrido a otra persona.

—¿Te sientes mejor? —preguntó él mientras tomaba a la niña en brazos para llevársela al dormitorio. Angie no se despertó, pero instintivamente se acurrucó contra su tío.

—Sí. ¿Por qué has venido?

—¿No crees que tenemos que pasar algún tiempo juntos? Vamos a casarnos pronto. Dentro de tres días —tras decir eso dejó a la niña en la cama.

Jenny se levantó y apiló todas las revistas sobre la mesa. Se sentó en una de las sillas y se masajeó la pierna dolorida.

Sabía que debían actuar con rapidez, antes de que Brian contraatacara. Pero parecía como si se estuvieran dirigiendo hacia el desastre.

—¿Querías que hiciéramos planes? —preguntó ella cuando Connor regresó.

Jenny no se sentía tan cómoda con Connor a su alrededor como debería sentirse para llevar a cabo ese matrimonio. Él la ponía nerviosa.

—Los planes están bien —dijo él mientras se sentaba en el sofá y la miraba con calma.

—Entonces… —dijo ella para romper el silencio—, nos casamos el viernes.

Él asintió.

—Me parece que Libby me dijo ayer que necesitabais mi habitación para el fin de semana.

—El festival va a empezar y tenemos las habitaciones reservadas desde hace meses.

—Entonces me mudaré aquí.

Ella tomó aire. Estarían compartiendo habitación… y cama. Deseaba poder tener más tiempo para acostumbrarse a la idea.

—No hay mucho espacio.

—Yo no ocupo mucho —dijo él con expresión de sorpresa.

A ella no le parecía eso. Cada vez que él entraba en una habitación parecía que ocupaba todo el espacio disponible.

—¿Qué pasa con tu negocio en Los Ángeles?

—Regresaré pronto. En cuanto las cosas estén asentadas por aquí.

Se quedó sorprendida ante la desilusión que sintió al escuchar aquello.

«Aclárate», se dijo a sí misma. «¿Lo quieres aquí o no?»

—Abriré una oficina aquí, en Rocky Point. Sólo será durante unos años. El grueso de las operaciones seguirá estando en Los Ángeles. Necesito los contactos de la Costa Oeste y acceso a mis clientes. Tendré que viajar más de lo habitual, pero ésta podrá ser mi casa.

—¿Querrías que nosotras nos mudáramos allí?

—¿Tú quieres? Tu albergue está aquí. Los amigos de Angie están aquí. Yo habría dado cualquier cosa por tener la estabilidad que ella tiene. No seré quien se lo arrebate.

Jenny asintió.

—He vivido aquí toda mi vida. Pero en lo profundo del invierno

desearía poder estar en alguna playa —confesó ella.

—El sur de California está lleno de playas.

—Lo sé. Pero tienes razón. Estamos naciendo esto por Angie y su vida ahora mismo está aquí. Le encanta patinar. Imagino que no hay mucho hielo en Los Ángeles.

—Estoy seguro de que habrá pistas. ¿Crees que es lo suficientemente buena para competir?

—Ni lo menciones. No es fácil, y ella ya ha tenido suficientes retos en la vida sin competir.

—¿Tú no echas de menos patinar?

—A veces, pero por el placer de patinar, no por las largas horas de entrenamiento, siempre buscando la perfección. Era duro. Mi padre siempre estaba detrás de mí. Practicaba antes de clase, después de clase, los fines de semana. No echo de menos eso.

—¿Durante cuánto tiempo lo hiciste?

—Desde los seis años hasta el accidente, a los diecinueve.

—Qué suerte que vivieras aquí.

—Quizá si no hubiera sido así habría tenido una infancia más normal —dijo ella

—. Eso es lo que yo quiero para Angie. Amor, estabilidad, seguridad y la oportunidad de disfrutar de su niñez.

—Y para ti, ¿qué quieres de este matrimonio? —preguntó Connor.

—Sentir que no estamos cometiendo el mayor error del mundo —contestó Jenny con suavidad.

—Mañana iremos a por la licencia y nos pasaremos a ver al abogado. Quizá podamos mirar algunas casas.

—¿Casas?

—No pensarías que íbamos a vivir aquí, ¿verdad?

—Sí, supongo que sí.

—Quieres una vida normal para Angie. Los tres metidos en una suite no es muy normal. Además, podrías alquilar esta suite.

—No había pensado en mudarme.

—No importa dónde vivamos en Rocky Point, no nos iremos muy lejos.

—¿Planea tu padre asistir a la ceremonia?

—Espero que no.

—Creo que tanto él como Angie deberían asistir —dijo ella.

—Quizá Angie, aunque tendrá que perderse el colegio, pero mi padre no —dijo Connor con tono determinante.

—Es su abuelo. Pensé que íbamos a parecer una familia unida.

—Y lo somos, pero él no tiene nada que ver con eso.

—Sería más sencillo. Así demostraríamos que estamos haciendo lo mejor para Angie.

—¿Es que siempre tienes que contradecirme? —preguntó él.

—No te contradigo, sólo estoy señalando algunos detalles. Demostraremos al mundo que somos una familia.

—Una familia completa con abuelito incluido. No creo que se atreviera a contraatacar en caso de que aún existiese la posibilidad de que se quedara con Angie.

—No existe ninguna posibilidad, ¿verdad? —preguntó ella preocupada.

—Tú conoces a los jueces de por aquí, ¿qué piensas?

—No conozco a ningún juez, pero imagino que cualquiera dejaría que Angie se quedara con nosotros, sobre todo cuando no estamos pidiendo nada de dinero del Estado.

Jenny se movió ligeramente para ponerse cómoda. Lo que quería de verdad era irse directa a la cama. Quizá si se tumbaba disminuiría el dolor. Si consiguiera dormir una noche seguida, por la mañana estaría mucho mejor.

—¿Te molesta la pierna? —preguntó él.

—En realidad es la cadera. Debería irme a la cama.

—¿Te duele todo el tiempo?

—No. Sólo si me muevo —trató de adornarlo con un chiste, pero no pudo.

Connor no era el típico al que le gustaran los chistes.

—Vete a la cama, Jenny. Ya habrá tiempo de hacer planes para el futuro.

Jenny no podía imaginarse lo que les depararía el futuro. Sólo esperaba que fuera bueno para Angie.

Capítulo 8

A la mañana siguiente Connor se detuvo en la puerta que daba al comedor.

Angie y Jenny estaban sentadas en una mesa para cuatro. El estaba sorprendido por el vínculo que ya existía entre ambas. Sabía que su sobrina echaba de menos a sus padres, pero también parecía contenta de que Jenny cuidara de ella. Aquello reafirmaba su decisión más que cualquier otra cosa.

—¿Habéis dormido bien? —le preguntó a Jenny mientras se sentaba frente a ella.

—Yo he dormido bien —dijo Angie— ¿Me llevaste tú a la cama, tío Connor?

—Lo hice, y pesas una tonelada.

Ella se rió y él miró a Jenny levantando una ceja.

—Yo he dormido bien.

—¿Hay algo más que se pueda hacer para el dolor?

—Nada que no me haya dicho el doctor Rankin.

—¿Cuándo fue la última vez que preguntaste?

—¿Estás enfadado con Jenny? —preguntó Angie.

—No.

—Pareces enfadado.

—La verdad es que un poco sí —agregó Jenny.

Connor puso una sonrisa forzada y añadió:

—¿Así está mejor?

Angie volvió a reírse. Jenny casi lo hizo. Nunca habría imaginado aquello de ese hombre.

—Mejor —dijo ella.

—Iremos al pueblo después de dejar a Angie en el colegio.

—¿Puedo ser una de las que lleven las flores en la boda? —preguntó Angie.

—Por supuesto —dijo Jenny al mismo tiempo que Connor negaba con la cabeza.

—No va a ser ese tipo de boda. Había pensado en hacerlo por lo civil.

—Yo había pensado en el reverendo Tinsdale, en la capilla de la universidad.

Angie no hacía más que mirarlos a los dos, hasta que entró la señora Thompson llevando una bandeja con galletas calientes, leche y café.

—¿Puedo? —preguntó Angie de nuevo.

—Ya hablaremos de eso más tarde —dijo Jenny. Si ella y Connor iban a aparecer como una pareja unida, deberían empezar por lo más básico, la ceremonia.

Dos horas más tarde, Jenny y Connor abandonaban el juzgado con la licencia de matrimonio en la mano. En tres días podrían casarse.

—Es hora de hablar de la boda —dijo ella.

—Creo que una boda por lo civil es todo lo que necesitamos. Tú no tienes familia aquí que te lleve al altar y yo tampoco tengo.

—¿Qué tal tu padre?

—No quiero que se presente.

Por un momento Jenny quiso discutir sobre su padre y sobre la ceremonia. Pero él tenía razón. Su propio padre no estaba allí para verlos casarse. Su mejor amiga había sido Cathy. Tenía más amigos, pero ninguno tan cercano. Y al tratarse de un matrimonio temporal, lo mejor sería mantenerlo como algo de negocios.

Pero en el fondo ella quería un vestido blanco, invitados y muchas flores. Y a su padre para que la llevara al altar.

—De acuerdo. El viernes a las once y media con un juez. ¿Al menos podremos tener un banquete de boda? Te sorprenderá la cantidad de gente que acudirá. Libby, Sally, los chicos que trabajan para mí… Todos querrán desearnos felicidad.

Connor la miró y ella casi pudo ver la réplica en sus labios al considerar la idea.

Pero quedó sorprendida ante su respuesta.

—Haz lo que quieras, pero no me pidas que colabore.

—Lo haré mejor sola. Tengo mucho que hacer con el festival de febrero a punto de llegar. Tú vete. Te veré en el albergue más tarde.

Connor vio cómo empezaba a cruzar la calle, bastón en mano, y se sintió totalmente rechazado. No era algo a lo que estuviera acostumbrado. Ni a los sentimientos de protección que tenía cuando ella estaba cerca. Quería tomarla en brazos y llevarla para que no le doliera la pierna. Encontrar un médico que la curara.

Borrar los malos recuerdos de su cabeza.

En vez de eso la estaba casi obligando a llevar a cabo un matrimonio que no quería, y que él tampoco deseaba. Todo para mantener a Angie alejada de las garras de su padre.

—¿Cómo regresarás al albergue? —preguntó él.

Ella se dio la vuelta y gritó:

—Encontraré quien me lleve.

A Connor comenzó a sonarle el móvil cuando ella entraba en la floristería.

—¿Diga?

—Jefe, tenemos un problema. Creo que deberías ocuparte tú —comenzó Stephanie.

Una hora más tarde Connor se encontraba de camino a Los Ángeles. Había dejado una nota en el mostrador de recepción para Jenny, había hecho la maleta y se había ido al aeropuerto más cercano. Stephanie ya le había reservado el billete, de modo que estaría en Los Ángeles esa misma noche, hora de California.

Cuando le había dicho a Jenny que no ayudaría en la boda no había querido decir que se marcharía inmediatamente. Pero la situación en la oficina era complicada y necesitaba encargarse de ello antes de que fuera a peor.

Además, podría aprovechar para organizarlo todo y llevarse el negocio a Rocky Point. Se preguntaba cómo iba a plantearle la situación a Stephanie.

Una vez en la autopista revisó sus planes. No podía creerse que fuera a abandonar una gran ciudad en la Costa Oeste para irse a un pueblecito al este de Maine.

No le servía de nada recordarse a sí mismo que sólo sería temporal. Diez años era mucho tiempo. En lo que a él se refería, se había encontrado con una familia ya hecha. No es que él supiera mucho sobre familias, pero podría aprender. Lo más importante era hacer que Angie fuera feliz.

Quizá sería igual de importante llevar la felicidad a la vida de Jenny. Ya lo había pasado mal y no se merecía más. Connor planeaba cambiar eso también.

Casi se carcajeó al pensarlo. Connor Wolfe, el príncipe azul. Era un bastardo egoísta y lo sabía. Jenny probablemente también lo sabría. Pero intentaría hacerlo lo mejor posible durante el matrimonio. Hacía tiempo que había aprendido a depender sólo de

sí mismo. Nada cambiaría con unas pocas palabras en una ceremonia.

Cuando Jenny regresó a casa era ya tarde. Estaba tan cansada que lo único que quería hacer era tomarse pastillas para el dolor y tumbarse. Echaba mucho de menos a Cathy, pero sobre todo cuando se acercaba el festival de febrero. Cathy siempre había sido su mano derecha y había trabajado duramente.

Uno de los alumnos de la universidad estaba en el mostrador.

—¿Dónde está Libby? —le preguntó a Daniel.

—Le dolía una muela. El dentista podía verla esta tarde, así que Libby me llamó a mí. También puedo hacer mi turno normal, no hay problema.

—Gracias, Daniel. Voy arriba a echarme un rato. ¿Te asegurarás de que Angie regrese antes de que anochezca?

—Por supuesto.

Jenny subió las escaleras lentamente preguntándose dónde estaría Connor.

Probablemente trabajando en su habitación. Pasaba mucho tiempo ante el ordenador o al teléfono.

Se tumbó y cerró los ojos. Se sentía feliz de poder levantar los pies del suelo por un momento. Repasó mentalmente todo lo que tenía que hacer mientras intentaba dormirse.

—¿Jenny? —dijo Angie mientras le tocaba suavemente el hombro—. Es la hora de cenar y me muero de hambre. ¿Estás enferma?

Jenny se despertó y miró a la niña.

—No, cariño, sólo estaba descansando. No pretendía dormir tanto.

—¿Dónde está el tío Connor?

—No sé. Si no está abajo, probablemente estará trabajando en su habitación.

—No, he llamado. No hay nadie.

—Entonces estará fuera.

—Se ha llevado el maletín.

—¿Qué?

—Su habitación está vacía. Se ha llevado la ropa y el maletín.

Rápidamente Jenny revisó su propia habitación. ¿Se habría mudado ya? Se levantó y abrió el armario. Sólo estaban sus cosas.

Quizá había planeado mudarse más tarde y había hecho ya las maletas.

O quizá se había ido.

Jenny se sintió mareada. No podía haberse ido. Iban a casarse en tres días.

El nunca había querido casarse. Quizá el ver la licencia le había hecho darse cuenta de lo cercano que estaba el momento y se había asustado.

No, eso no podía ser. Había sido idea suya. Además, Jenny habría apostado el albergue a que Connor no era el típico que se asustaba cuando las cosas se complicaban.

—Vamos abajo a cenar. Seguro que aparece a tiempo para la cena —dijo Jenny.

Cuando bajaron, Brian se levantó de una de las sillas que había junto a la chimenea.

—Angie, ven y dale un abrazo a tu abuelo —dijo él. Varios huéspedes se dieron la vuelta y sonrieron. Angie fue corriendo y lo abrazó.

—¿Dónde está el tío Connor?

—¿No está aquí?

—Aparentemente no —dijo Jenny—. ¿No lo has visto?

—Soy la última persona a la que querría ver —dijo, y luego miró a Angie—Ayer no te vi, jovencita, y quería verte hoy antes de regresar a California.

—¿Por qué no te quedas a cenar, Brian? —dijo Jenny sintiendo curiosidad por aquel hombre que Connor tanto despreciaba. A pesar de sus supuestas ganas por tener el dinero de Angie, parecía el abuelo ideal. Quizá si llegaba a conocerlo mejor, podría ver eso que Connor decía. O quizá Brian había cambiado con los años.

—Será un placer. Vamos.

Mientras cenaban, Jenny se dio cuenta de que no había nacido para ser detective. A su parecer Brian era lo que parecía ser, un padre que lamentaba la pérdida de su hija y que quería conocer a su nieta.

Jenny seguía preguntándose dónde estaría Connor. Tras terminar la cena, Angie y Brian fueron un rato a ver la televisión a la sala común mientras Jenny fue a su oficina. Al pasar frente al mostrador principal preguntó si alguien la había llamado. Daniel

negó con la cabeza.

Cuando llegó la hora de acostarse temía que Connor realmente se hubiera marchado. ¿Habría cambiado de opinión? ¿Habría sido todo un truco para que su padre se alejara de Angie? Quizá nunca había pensado en llegar hasta el final con la ceremonia y había imaginado que Brian se habría marchado antes del viernes. ¿Pero entonces por qué avanzar tanto con aquel disparate si no pensaba llegar hasta el final?

A la mañana siguiente, Jenny llamó a la oficina del abogado para que le diera el teléfono de Connor en Los Ángeles. La secretaria se negó a revelar esa información, pero accedió a llamar ella y preguntar si sabían dónde estaba Connor para que llamara a Jenny directamente.

Diez minutos después llamó Connor.

—¿Dónde estás? —preguntó Jenny furiosa.

—En Los Ángeles. ¿Hay algún problema?

—Dímelo tú. Conseguimos la licencia de matrimonio y al minuto has desaparecido.

—Dije que volvería antes de la ceremonia.

—¿A quién le dijiste eso? No me dieron ningún mensaje, no me llamaste, nada.

¿Cómo se supone que he de saber adónde te has marchado?

—Se lo dije a Libby. Ha surgido una emergencia. Lo solucionaré y estaré allí el viernes por la mañana. A las once y media, ¿de acuerdo?

—Libby se fue pronto a casa ayer porque le dolían las muelas —dijo Jenny lentamente. Quizá había olvidado darle el mensaje a Jenny.

—Jenny. ¿Cómo iba a marcharme sin decir palabra?

Ella tragó saliva, aliviada al escuchar su voz.

—Podías haber llamado ayer —continuó él.

Jenny oyó voces a lo lejos y luego a Connor diciéndoles que esperaran un minuto más. Se trataba de alguna emergencia y ella lo estaba entreteniendo.

—No tenía tu número. Ahora tampoco lo tengo. ¿Te veré el viernes entonces?

—preguntó ella.

—Puedes contar con ello, Jenny —dijo Connor, y colgó.

Jenny pensó que sería agradable contar con Connor. ¿Esperaría él poder contar con ella?

Las palabras de ira de su padre resonaron en su cabeza.

—Te echo de menos, papá —dijo ella suavemente sintiendo la carga del pasado una vez más.

¿Estaría haciendo lo correcto quedándose con Angie? Silenciosamente Jenny le prometió a Cathy que haría lo mejor para su hija. Siempre querría a la hija de su amiga.

¿Y al hermano de su amiga?

Aquel pensamiento cobraba cada vez más fuerza.

Jenny negó con la cabeza. No estaba enamorándose de Connor. La sola idea era ridícula. Ridícula e imposible.

El viernes por la mañana Angie estaba más excitada por la boda que Jenny.

Según se acercaba la hora, las mariposas se multiplicaban en su estómago y se preguntaba constantemente si estaría haciendo lo correcto.

Angie correteaba por la sala, contenta de que le hubieran dejado saltarse el colegio.

—Podré llamarte tía Jenny después de la ceremonia, ¿verdad? Serás mi tía y Connor mi tío.

—En efecto.

Oh, Dios. Y Connor regresaría al albergue tras la ceremonia siendo su marido.

Miró a su alrededor, a la habitación más ordenada que de costumbre. Había recolocado alguna ropa para que Connor pudiera meter la suya en el armario. Aun así parecía todo muy irreal.

—Le he dicho a Cilla que le contaría todos los detalles. ¿Estamos listas para irnos ya? —preguntó Angie.

—En un minuto —dijo Jenny mientras se miraba una última vez en el espejo. El vestido era nuevo, de un azul pálido, su color favorito. Si no podía ser una novia de blanco con su padre del brazo, al menos llevaría su color favorito.

—Tengo una sorpresa —dijo Angie.

Por un momento Jenny se quedó de piedra al ver la alegría en los ojos de Angie.

Su madre debería haber estado allí para verla. Por primera vez desde el incendio, Angie parecía realmente feliz. Jenny sabía que

nunca superaría completamente la muerte de sus padres, pero ella estaba haciendo todo lo posible porque fuera feliz.

—Estoy lista, sólo necesito mi bastón.

—Te lo traeré —dijo Angie mientras iba corriendo a su habitación. Cuando regresó llevaba el bastón, que había sido decorado con motivos festivos—. Lo he decorado yo misma. Libby me ayudó un poco, pero casi todo lo hice yo.

—Gracias, Angie. Es precioso.

Las dos salieron juntas y bajaron las escaleras. Al pie estaba todo el personal agrupado. Libby las iba a llevar a la ceremonia, pero Jenny los había invitado a todos al banquete a su regreso. Jenny había intentado contratar a otra cocinera para que Sally pudiera disfrutar también, pero ella había insistido en que quería hacerlo ella misma.

—¿Lista? —preguntó Libby.

—¿Tiene algo viejo? —preguntó Sally.

Jenny negó con la cabeza.

—Aquí tienes, el pañuelo de mi madre. Yo también lo llevé. Te traerá buena suerte.

—¿Algo nuevo? —preguntó Margie.

—Mi vestido, y es azul. Y ya llevo prestado el pañuelo de Sally.

Libby se adelantó y le colocó un sombrero con un velo en la cabeza.

—El toque final.

Jenny estaba comenzando a disfrutar con todo aquello. Era casi un trato de negocios después de todo. Aunque el resto no lo sabían. Connor y ella habían acordado que para el mundo su matrimonio sería real. De hecho, él pensaba hacerlo real. A Jenny se le aceleraba el corazón de pensarlo.

Max se adelantó y le entregó a Jenny un ramo de flores.

—No puedes tener una boda sin flores —dijo él.

—Sois todos maravillosos. Tenéis que venir. No puedo hacer esto sola.

—¿A la boda? —preguntó Libby.

—Os necesito allí —contestó Jenny.

—No voy vestido para la ocasión —dijo Max.

—Creo que vas perfecto tal cual estás —dijo Jenny.

Diez minutos más tarde todo el personal del albergue Rocky

Point entraba en el juzgado. Por primera vez desde la inauguración del albergue, estaba completamente cerrado. A un par de huéspedes les habían entregado llaves de la puerta principal.

Cuando entraron en el juzgado y Jenny vio a Connor hablando con el juez, se tranquilizó un poco. Había aparecido como había dicho que haría. Llevaba un traje negro y camisa blanca. No se parecía en nada al hombre que había conocido días atrás.

Pareció asustado al ver a la gente entrar. Entonces miró a Jenny. Por un momento fue como si sólo estuvieran los dos en la sala. No dejó de mirarla mientras se acercaba a ella para tomarle la mano y besarla.

—Hola, tío Connor. Adivina. Cuando te cases con Jenny podré llamarla tía Jenny —dijo Angie.

—Claro que puedes —dijo Connor—. ¿Quién ha decorado el bastón tan maravillosamente?

—Yo lo hice. Porque hoy es especial —dijo Angie ilusionada.

—Has hecho un trabajo estupendo. Pero Jenny no lo necesitará por unos minutos. ¿Quieres sujetarlo? —dijo Connor mientras se lo quitaba a Jenny y se lo daba a la niña. Entonces agarró la mano de Jenny y la colocó sobre su brazo—Apóyate en mí.

Fue entonces cuando Jenny supo que se estaba enamorando de él.

Puede que no fuera la boda con la que había soñado de adolescente, pero era mucho más de lo que había esperado desde los últimos años. La ceremonia fue solemne y agradable, y ella se sorprendió cuando Connor la besó. Las sensaciones crecían en su interior. Deseaba que el beso no acabara nunca.

—Tía Jenny, tía Jenny, yo te abrazo primero —dijo Angie tirando del brazo de Jenny.

—Claro que sí —dijo ella, y abrazó a la niña. Connor la mantuvo agarrada del brazo en todo momento para que no perdiera el equilibrio. Por un momento ella sintió que podría apoyarse en él toda su vida.

Pero era sólo temporal, hasta que Angie creciera. Lo disfrutaría mientras pudiera, pero no sería para siempre.

Finalmente Brian no apareció. Por lo que había dicho la última vez que Jenny lo había visto, ya se habría marchado para San Diego.

La comida fue deliciosa. Sally se superó a sí misma con un asado y patatas.

Incluso hizo una pequeña tarta de boda.

Jenny se sintió plena de felicidad durante todo el banquete. Sus empleados y amigos habían hecho del día algo especial.

Pero aún quedaba la noche de bodas. Según iba pasando el tiempo y el momento se acercaba, Jenny se sentía más nerviosa.

Para él sería otra más con la que acostarse, pero para ella sería la primera vez.

Estaba preocupada por las cicatrices en su pierna y su cadera. ¿Podrían asustarlo? Y

quizá su falta de conocimiento lo exasperaría. El estaba acostumbrado a las sofisticadas mujeres de la Costa Oeste, y de pronto se encontraría con una tímida virgen de la costa de Maine.

¿Diría algo o simplemente fingiría?

Al enterarse de la boda, la madre de Cilla había llamado y había invitado a Angie a pasar el fin de semana con ellas.

—No creo que os vayáis a ir a ninguna parte con el festival de febrero a la vuelta de la esquina. Lo menos que puedo hacer es quedarme con ella el fin de semana para que podáis tener algo de intimidad —había dicho.

Pero cuando Angie se enteró dijo que no.

—Creí que Cilla era tu amiga —dijo Connor.

—No quiero ir —replicó Angie con cabezonería.

—Está bien. Ha sido muy amable por parte de la madre de Cilla invitarte, pero no tienes por qué ir. ¿Quieres que Cilla venga aquí?

Angie negó con la cabeza.

—De acuerdo. Entonces sólo estaremos los tres. Ahora somos una familia. Y

esta noche, antes de irte a la cama, tomaremos chocolate caliente y nos contaremos lo mejor del día.

—¿De qué se trataba? —le preguntó Connor a Jenny cuando Angie se fue a por más tarta.

—Estaba en casa de Cilla cuando se declaró el incendio. Creo que piensa que si se va, este lugar arderá. No la obligaré. Tarde o temprano descubrirá que no tiene nada que ver.

Connor miró a su sobrina. ¿Sería él capaz de responsabilizarse? Él podría causarle más daño del que ella ya había sufrido. No sabía

nada de cómo criar a un niño.

Pero sí sabía lo que no debía hacer. Esa lección la había aprendido muy bien.

No había cambiado de opinión respecto a su padre. Lo último que Angie necesitaba era un borracho que cuidara de ella.

No era que el estar casado con Jenny fuera tarea difícil. Sólo mirándola, su deseo crecía por momentos. No podía esperar a que llegase el momento de estar los dos solos aquella noche. Y todas las noches que vinieran después.

La comida apenas había terminado cuando Jenny tuvo que ocuparse de un problema con un nuevo huésped. Angie fue a cambiarse y Connor fue a recoger las cosas de su coche. No había llevado mucho. Sólo algo de ropa y su portátil. Ya había iniciado el proceso de recolocación de parte de su personal, pero pensaba dejar a gente en Los Ángeles.

Dudó un momento cuando entró a la suite privada de Jenny. Estaban legalmente casados como cualquier pareja, pero sentía como si estuviera entrando

¡legalmente. Dejó su bolsa en el suelo, tomó el portátil y se fue a la sala de estar.

—Hola, tío Connor. ¿Quieres venir a verme patinar? —preguntó Angie, que salía de su habitación. Llevaba los patines consigo y se había puesto ropa de abrigo.

El miró su reloj. Era demasiado tarde para llevarla al colegio y demasiado pronto para que sus amigos estuvieran en la pista.

—Te miraré hasta que lleguen tus amigos.

—Les contaré todo sobre la boda. Ojalá mi mamá y mi papá pudieran haberlo visto.

—Estoy seguro de que lo han visto desde el cielo —dijo Connor, esperando que ésa fuese la frase apropiada.

La sonrisa de Angie escondía tristeza, pero al menos sonreía.

Cuando llegaron al vestíbulo, todo era un caos. Había al menos seis parejas y un montón de maletas. Libby, Daniel y Jenny estaban tras el mostrador recibiendo a los nuevos huéspedes.

Desde luego, cuando Jenny había dicho que estaban completos para el festival, lo había dicho en serio. Él se sintió aliviado de poder huir a la tranquilidad de la pista de patinaje.

Si alguien le hubiera preguntado cómo pensaba pasar el día de

su boda antes de enterarse de la existencia de Angie, jamás habría imaginado que sería viendo patinar a una niña de ocho años en el norte de Maine.

Si las cosas hubieran sido diferentes, él se habría llevado a su novia a algún lugar cálido, como Tahití. Habrían estado los dos solos, bailando canciones lentas, para que ella se acercara mucho a él, y él pudiera oler su fragancia y sentir sus curvas.

Connor se pasó la mano por la cara tratando de no pensar en las otras cosas que querría hacer con ella. Estaba sentado en un banco helado viendo a una niña patinar y estaba cada vez más caliente pensando en Jenny y en la noche de bodas.

Puede que no fuese Tahití, pero tendrían intimidad en la habitación. Y una cama confortable. E innumerables horas para forjar su unión.

Volvió a mirar su reloj y casi gimió al calcular las horas que quedaban hasta que él y su mujer estuvieran a solas. Ni la mayor planificación del mundo podría haberlo preparado para esa espera.

Capítulo 9

Esa noche los tres cenaron en la suite. Jenny sabía que, con todo el lío de los huéspedes, nunca podrían disfrutar de una comida tranquila si no se distanciaba.

Quizá no fuera tan mala idea tener una casa lejos del albergue. Así dejaría que sus empleados se encargaran de todo sin que tuvieran que ir a preguntarle cualquier pequeña duda.

Normalmente le encantaba ocuparse de todo, pero sabía que eso cambiaría con una familia de por medio.

Por primera vez en diez años tenía alguien más aparte de ella a quien tener en cuenta. Y una casa le proporcionaría mayor estabilidad a Angie.

Jenny había contratado a dos estudiantes de la universidad para el festival, y uno de ellos llevó la cena. Mientras cenaban, Jenny se preguntaba si deberían haberse quedado en el comedor. Incluso con Angie parecía una cena demasiado íntima.

—Tengo algo para ti —dijo Connor tras retirar los platos.

—Oh, no. No había pensado en los regalos de boda. Lo siento, Connor. Yo no tengo nada para ti —dijo Jenny. ¿Cómo podía haberse olvidado de algo tan tradicional?

—No es un regalo de boda —dijo él mientras se levantaba. Fue hacia el escritorio y regresó con un teléfono móvil.

—Dijiste que no sabías cómo localizarme. Esto es para que lo lleves encima. Ya he metido mi número.

Lo único que tienes que hacer es apretar estos dos botones y me localizarás.

—¿Puedo probar, tío Connor? —preguntó Angie levantándose de su asiento para ver el teléfono.

—Claro. Si a Jenny no le importa. Es su teléfono.

—Veamos si puedes hacer que funcione —dijo Jenny.

Angie apretó los botones y unos segundos más tarde el teléfono de Connor comenzó a sonar.

—¿Hola? —bromeó Angie.

Él contestó. Ella se fue corriendo a la otra habitación sin parar de hablar, encantada con la nueva diversión.

Jenny sonrió. Era agradable verlos. Saber que ya habían

comenzado a construir el puente que llevaba del pasado al futuro. Si pudiera ser tan fácil para ella…

Deseaba poder tomar a Connor como era. El había dicho que no le importaba su cojera. Que la consideraba responsable. Se juró a sí misma no decepcionarlo nunca.

No como había hecho con su padre.

—¿Qué te pasa? —preguntó Connor mientras se guardaba el teléfono en el bolsillo—. Pensé que estaría bien que llamara a Cilla desde el nuevo teléfono.

—¿Qué? Oh, sí. Sólo estaba pensando.

—¿Ya te estás arrepintiendo?

—No. Sólo estaba recordando a mi padre.

—Siento que no pudiera estar aquí hoy para entregarte en matrimonio.

—Es extraño, ¿verdad? Mi padre se ha ido, pero deseo con todas mis fuerzas que pudiera haber estado hoy aquí. Tú podías haber tenido al tuyo y sin embargo no has querido. La verdad es que no tuvimos muchos momentos de alegría juntos.

—¿Tú y tu padre? —preguntó Connor.

Ella asintió.

—Has hecho lo correcto con Angie. Se lo está pasando bien. Está muy excitada por nuestra boda y con el teléfono nuevo. Estaba pensando en algo similar que yo hubiera tenido, pero sólo me vienen a la cabeza los entrenamientos y los viajes. No recuerdo habérmelo pasado tan bien.

—¿Por qué no lo dejaste?

—No podría haber hecho eso. Significaba mucho para mi padre.

—Los hijos no están aquí para vivir las vidas de sus padres. Hiciste bien en elegir tu propio camino.

—El sacrificó mucho para que yo compitiese. Lo menos que yo podía hacer era patinar lo mejor que pudiese. Además, mira lo que ocurrió cuando intenté hacer algo distinto.

—El accidente no fue culpa tuya. Sólo fue un accidente en el momento menos oportuno.

—Lo cual no habría ocurrido si hubiera cumplido órdenes y me hubiera quedado en la habitación.

—Las reglas son: número uno, no quedarse en el pasado. No puedes cambiarlo.

Sería una pérdida de tiempo pensar que no es así.

—¿Qué?

—Número dos, no te tortures por los errores. Todos los cometemos. Aprende de ellos, no los repitas, pero no los revivas una y otra vez hasta que sean más importantes de lo que realmente son.

—Connor…

—Regla número tres, haz planes, pero no los preveas al milímetro. Sé lo suficientemente flexible como para adaptarte si surgen cosas nuevas. Regla cuatro, vive el presente, pero piensa en el futuro.

Ella lo miró mientras hablaba. Cada palabra que decía la pensaba realmente.

¿Sería así como él había superado su propio pasado? ¿Quién habría pensado que Connor Wolfe tenía reglas según las que vivir?

—¿Cuántas reglas tienes? —preguntó Jenny.

—Las suficientes.

Ella se levantó y comenzó a apilar los platos en una bandeja. Cuando terminó miró la mesa y luego a Connor.

—¿Tienes alguna regla sobre ayudar a tu mujer?

Él se levantó y tomó la bandeja.

—Nunca la he necesitado, pero puedo crear una.

Dejó la bandeja en el suelo del pasillo, junto a la pared. Cerró la puerta y miró a Jenny.

—Otra regla es la paciencia. Las cosas ocurren a su debido tiempo. Pero con esa regla tengo problemas ahora mismo.

Jenny sintió cómo su cuerpo se acaloraba. Se sentía como si estuviese al borde de un precipicio, a punto de caer. Estaba muy nerviosa, pero intentaba disimularlo.

¿Debería decirle que esperara o seguir ocultando la verdad? No podía seguir poniendo a Angie de excusa por siempre, pero aquella noche quería que la niña se quedase despierta hasta tarde.

—¿Has deshecho tu maleta?

—He puesto mis cosas en tu habitación, pero todo sigue en el petate.

—He vaciado dos de los cajones del armario. Quizá quieras otro entero para ti.

—Ya miraremos muebles cuando tengamos una casa.

—¿Qué casa? —preguntó Angie que acababa de entrar.

—Tu tía Jenny y yo vamos a buscar una bonita casa para mudarnos.

—No. A mí me gusta esto —dijo, y miró a Jenny—. ¿No nos podemos quedar aquí?

—Es un poco pequeño para tres —dijo Jenny.

—Hay muchas habitaciones en el albergue. Connor puede tener una habitación y tú y yo podemos quedarnos aquí.

Connor se acercó a Angie y se agachó junto a ella.

—No voy a comprar una casa que no te guste. Y me aseguraré de que sea segura. No explotará, no arderá, y estaremos seguros. Te lo prometo, Angie.

Ella lo observó durante un momento, con las lágrimas a punto de saltársele.

—Mi casa se quemó con mis padres dentro. ¿Qué pasa si la nueva casa se quema contigo y con Jenny?

—No lo hará, te lo prometo. Nos aseguraremos de que no tengamos una caldera de propano. Y tendremos detectores de humo en cada habitación. Será una casa de ladrillo, no arderá. No dejaré que te ocurra nada, te lo prometo.

—Vas a ser un padre excelente —dijo Jenny más tarde, cuando Angie se había ido a dormir.

Connor la miró sorprendido. Estaban en su habitación, sacando la poca ropa que él había llevado consigo. Estaba seguro de que Jenny estaba retrasando el momento, pero él no iba a esperar tanto.

—¿Por qué dices eso?

—Supiste instintivamente cuál era su temor. Yo no. Te preocupaste por lo que le pasaba e hiciste lo que pudiste.

—Cualquiera habría hecho lo mismo.

—¿Tu padre lo hizo por ti?

—No.

—Mira, ya lo has superado con creces.

—Así que al final puede que sí que sea un buen padre, ¿y cómo marido?

—¿Quieres ser un buen marido? —susurró Jenny esperanzada. Quizá él estaba empezando a sentir algo por ella. Si él quería cambiar los términos de su acuerdo, ella estaría dispuesta.

—Siempre surge algún contratiempo. ¿No crees que sería mejor seguir adelante y llevarnos bien? —preguntó él.

Ella se dio la vuelta para ocultar su desilusión. Qué tonta había sido al pensar que le importaba más allá de una simple amistad. Su matrimonio era por el bien de Angie.

—¿Qué lado de la cama quieres que me quede? —preguntó él.

Ella se dio la vuelta. Connor estaba apoyado en la pared con los brazos cruzados. Estaba completamente relajado, como si estuvieran hablando del festival de febrero. Ella miró la cama.

—No lo había pensado —dijo—. El que tú prefieras.

—¿No tienes uno favorito?

—Normalmente duermo en el medio.

—¿Y qué pasa cuando traes… en fin, amigos?

Ella lo miró. No podía hacer eso. Tragó saliva y tomó aliento.

—No traigo amigos —dijo finalmente.

—¿Te refieres desde que está Angie aquí?

Ella negó con la cabeza.

Él se apartó de la pared y cruzó la habitación. Cuando estuvo lo suficientemente cerca, estiró los brazos y le colocó a Jenny las manos sobre los hombros.

—¿Vas tú a sus casas?

Ella volvió a negar con la cabeza sin dejar de mirarlo.

—¿Entonces cada cuánto tiempo haces el amor con un hombre?

—¿Contando esta noche? Sería una vez.

Él apoyó la frente contra la de ella y cerró los ojos con un gemido.

—Eres virgen —dijo suavemente.

—Si es un problema podemos dejarlo —dijo ella con rapidez.

—Oh, no, cariño, no es problema —dijo él justo antes de besarla.

Jenny sintió que le fallaban las rodillas, y se habría derrumbado si no hubiese sido porque Connor la abrazó con fuerza para acercarla a él.

Jenny disfrutaba con cada caricia, con el contacto de sus dedos en su espalda, de sus labios contra los suyos.

El la besó en las mejillas, en la mandíbula. Jenny sabía que la habían besado antes, pero su memoria había desaparecido y sólo podía pensar en Connor. Ningún otro beso se había aproximado a aquél.

—Quizá deberíamos apagar las luces —dijo ella tratando de

luchar contra el pánico que crecía en su interior.

El levantó la cabeza y la miró.

—No voy a hacer nada que tú no quieras.

—Quizá. Pero creo que prefiero las luces apagadas.

Connor se apartó un momento y apagó la luz. Pero antes de que ella pudiera tomar aliento, ya había regresado.

—¿Mejor?

—Gracias —dijo ella, sintiéndose como una idiota, asustada, excitada.

Cuando él comenzó a quitarle el jersey por la cabeza, ella colaboró y luego bajó las manos por su pecho hasta la cintura para levantarle la camisa, pero no podía hacerlo y se sintió frustrada.

—No tengo tanta experiencia como tú en esto —dijo ella.

Escuchó una risita y al instante la camisa había desaparecido. Ella palpó con sus manos la piel caliente del torso de Connor, sus músculos, el vello de su pecho.

Ambos eran casi extraños el uno para el otro, pero ella se sentía más atraída hacia él que hacia ningún otro con anterioridad. Cuando la tocó se sintió hermosa.

Cuando la besó olvidó su propio nombre. Y cuando finalmente la hizo suya, Jenny quiso que aquello durase para siempre.

Poco después Jenny pensaba que era lógico que a la gente le encantara hacer el amor. Ella nunca se había sentido tan cerca de nadie en su vida. Amaba a Connor.

¿Debería decírselo? ¿O quizá eso lo espantaría? Sentía como si le fuese a explotar el corazón de alegría, pero sabía que él veía su relación sólo como una manera de proporcionarle un hogar a Angie.

¿Podría hacer que él se enamorara de ella con los años? ¿O quizá él estaría encantado de seguir su propio camino una vez que Angie fuese mayor?

Jenny no podía ni pensar en ello. «Mira al futuro», había dicho él. A ella el futuro se le aparecía doloroso.

—¿Estás bien? —preguntó él cubriéndola con el edredón.

—Nunca he estado mejor —dijo ella. Y era cierto. Conscientemente apartó el miedo al futuro. En ese momento se sentía feliz. Sabía que nunca se había sentido así en su vida. Deseaba que aquella noche durase para siempre.

Connor se despertó primero a la mañana siguiente. Aún era

temprano, fuera estaba oscuro. Pero él estaba completamente despierto y sabía que no volvería a quedarse dormido. Salió de la cama con cuidado de no despertar a Jenny y se dirigió al baño.

Trató de no pensar en el regalo que ella le había dado, pero no podía dejar de pensar en el hecho de que nunca hubiera estado con otro hombre antes. Eso hacía que él se preocupara en exceso y se asegurara de que todo había sido perfecto.

¿Quién le habría dicho que algún día acabaría casándose, y probablemente con la última virgen de Maine?

¿Cómo podría ella haber llegado tan lejos sin ningún hombre en su vida? Pero según se lo preguntaba supo la respuesta. Su padre la había tenido siempre muy ocupada. Probablemente no habría tenido muchas citas de adolescente. Y luego, con los años de rehabilitación, seguro que no había tenido muchas ganas de salir con nadie.

Aquella noche había demostrado ser una mujer apasionada, sin miedo a probar cosas nuevas. Si no hubiese sido su primera vez, Connor la habría despertado cuando se había despertado él y habría hecho el amor con ella una y otra vez.

Se vistió y salió de la suite para ir a la cocina. Era muy pronto para que estuviera el desayuno, pero apostaba a que Sally Thompson estaría ya trabajando. Él también tenía trabajo que hacer. Ese mismo día quería empezar a buscar casa. Y así alejarse un poco de Jenny. Aquélla no era una historia de eterna felicidad conyugal.

Era un trato de negocios a favor de Angie. No podía sentirse demasiado cómodo. Él no era de los que tienen familia, lo sabía y sería mejor que lo tuviera bien presente.

La tranquilidad de la noche de bodas pronto dejó paso a las responsabilidades y los problemas de llevar un albergue. El festival había comenzado, las habitaciones estaban llenas y con lista de espera. Y la gente seguía llamando en el último momento esperando alguna cancelación.

El tiempo era perfecto, dos grados bajo cero, así que las esculturas de hielo se mantendrían. Aun así el sol brillaba dando la sensación de calidez a pesar de las bajas temperaturas.

A Jenny le encantaba todo el alboroto que se formaba en torno al festival. Los alumnos de la universidad no tenían clase para poder

participar plenamente. Gente de toda la zona noreste venía para participar en el concurso. Y el gran baile del final llevaba planeándose desde el año anterior.

Jenny nunca había ido al baile y se preguntaba si Connor querría ir ese año.

Cuando tuvo un descanso, subió a la suite para ver si estaba allí. No lo había visto desde que se había levantado. No estaba allí. Angie tampoco, pero sabía que se había ido con Andrew y su familia a jugar al parque. ¿Se habría ido Connor con ellos? Por un momento sintió remordimientos. Normalmente podía disfrutar del festival, pero aquel día tenía que trabajar. Estaba muy ocupada pero quería estar con Connor y con Angie. Por una vez quería no tener responsabilidades, quería deambular como cualquier otro turista, divirtiéndose, pasando tiempo con su nueva familia.

Mientras bajaba de nuevo desde la habitación supo que nada había cambiado por estar casada. Al menos de momento.

Connor vio cómo Jenny bajaba las escaleras. Parecía cansada. Miró al vestíbulo vacío y se preguntó qué habría pasado con la multitud de la noche anterior. O la que había visto aquella mañana antes de marcharse. Sospechaba que estarían por el pueblo. El tráfico había llegado a ser casi como el de Los Ángeles. Todo el mundo que había visto estaba ensimismado con las esculturas de hielo que estaban por todas partes.

Alcanzó el pie de las escaleras antes que ella. Cuando Jenny llegó se paró y lo miró.

—¿Quieres venir a ver cómo hacen las esculturas? —preguntó él.

—Ojalá pudiera. Pero no puedo abandonar el albergue —dijo ella.

Connor miró el mostrador principal. El chico que trabajaba allí por las tardes ya había llegado y estaba hojeando una revista. No había nadie más en los alrededores.

—¿Tienes tu móvil? —preguntó Connor.

—Sí —dijo Jenny.

Entonces Connor señaló con la cabeza hacia el mostrador.

—Dale el número y que te llame si hay alguna emergencia. Esto no es Los Ángeles. Podemos estar aquí desde cualquier parte del pueblo en un par de minutos.

¿Dónde está Angie?

—Se fue con Andrew y sus padres. No volverá hasta después de cenar.

—Entonces sólo estamos tú y yo, pequeña —dijo él—. Ven y enséñame lo que tiene tu pueblo.

—Necesitaré una chaqueta.

Él miró sus pantalones de lana y las botas que llevaba. Se había puesto un jersey rosa pálido que le sentaba muy bien. Connor frunció el ceño. Estaba allí para dar una vuelta por la ciudad, no para pensar en el aspecto que tenía Jenny. Ponerse sentimental nunca lo llevaba a ninguna parte.

—¿Dónde está? —preguntó él deseando que no tuviera que ir arriba. No podía evitar preocuparse por la dificultad que ella tenía al caminar, aunque nunca se lo había dicho.

—En mi oficina.

Poco después ya estaban de camino. Su coche era uno de los dos únicos que había en el aparcamiento. Ayudó a Jenny a subir y partieron.

Mientras se dirigían al pueblo, Connor pensaba que eran como una pareja que llevaba muchos años juntos, y no una sola noche. No le gustaba el rumbo de sus pensamientos. Era demasiado mayor como para creer en cuentos de hadas. Se había casado con ella por Angie, nada más.

Entonces comenzó a sonar su móvil. Contestó y escuchó a Stephanie al otro lado.

—Las cosas van mejor, ¿pero cuándo vas a regresar? —preguntó ella.

Connor miró a la gente que caminaba por las aceras, abrigados hasta la nariz.

Miró a la gente que trabajaba esforzadamente en las esculturas de hielo, a los niños que reían y jugaban tirándose bolas de nieve. La escena le resultaba totalmente extraña. Pero había algo que hacía que quisiese quedarse.

—No voy a volver en un tiempo. ¿Me ha conseguido Harry esos documentos?

—durante un rato hablaron de la crisis que había tenido que solucionar en su pequeño viaje. Finalmente Stephanie dijo:

—Me voy a casa a disfrutar del resto del fin de semana. Cuando

vuelvas el lunes tenemos que hablar.

—Suena siniestro.

—No te congeles antes de llegar aquí —dijo ella con una carcajada.

Connor colgó el teléfono y lo guardó en el bolsillo.

—¿Problemas? —preguntó Jenny.

—Los típicos. Nada que no pueda solucionarse. —Pero vas a irte a Los Ángeles pronto.

—Cuando tenga que hacerlo por negocios —en ese momento encontró una plaza de aparcamiento y aparcó el coche para luego mirar a Jenny— ¿Tienes algún problema con eso?

—Depende. ¿Es así como funciona nuestro matrimonio? ¿Vas a pasar los fines de semana aquí y los demás días en la Costa Oeste?

—Estoy planeando trasladar el grueso de mis operaciones aquí. Una vez que eso esté arreglado mis viajes a la Costa Oeste serán cada vez menos frecuentes —dijo Connor. Pero no le gustaba tener que darle explicaciones a nadie. No había tenido que hacerlo jamás en su vida. ¿Sería ése otro cambio promovido por el matrimonio?

—. ¿Quieres venir conmigo cuando me vaya?

—No. Pienso en Angie. Creí que íbamos a darle estabilidad. Tus ausencias no creo que ayuden a ese fin.

—No estaré fuera mucho tiempo. Probablemente estarás harta de mí antes de que pase mucho tiempo.

—Lo dudo —dijo ella con una sonrisa.

Connor sintió como si le hubiesen quitado un peso de encima. La sonrisa de Jenny era peligrosa para un hombre que había estado solo toda su vida.

—Venga, puedes contarme todo lo que desees sobre las esculturas de hielo —dijo él. Poco después se unieron a la gente que caminaba por la acera, mirando cómo las esculturas tomaban forma, comentando, criticando.

—¿Alguna vez has querido hacer una en el patio del albergue? —preguntó él.

—Lo hicimos durante dos años. Pero es más difícil de lo que parece, requiere más habilidad de la que ninguno de mis empleados posee. Además, estamos alejados del pueblo y no la vería nadie. Estas casas están perfectamente situadas.

—¿Hizo Cathy una alguna vez?

—Ella ayudó cuando hicimos las del albergue. Angie era muy pequeña por aquel entonces. Me pregunto si aún lo recuerda. Sería algo que contarle sobre su madre. Tenemos que asegurarnos de que hablamos de sus padres, para que no los olvide. Ya sabes que yo no tengo muchos recuerdos de mi madre. Mi padre casi no hablaba de ella. ¿Tú recuerdas a tu madre?

—Nada bueno.

—Eso es muy triste. Cathy tampoco tenía buenos recuerdos. Tenemos que asegurarnos de que Angie sí los tenga.

—Parece que los tuyos tampoco son muy buenos —dijo Connor. Se habían parado cerca de una librería de segunda mano. Dentro los clientes deambulaban de un lado a otro. Cerca había una cafetería.

—¿Te apetece algo caliente para beber?

Ella asintió y entraron.

—Necesitas una chaqueta más gruesa, Connor —dijo ella mientras esperaban las bebidas—. Hay una tienda muy buena al final de la manzana. Vamos a ver si podemos encontrarte algo en negro.

—¿Algo en negro? —preguntó él sorprendido.

—Parece que lo llevas todo el tiempo. Para mí es como tu color de presentación.

—¿Mi qué?

Ella sonrió. Connor se dio cuenta de que le estaba tomando el pelo. ¿Acaso alguien le había tomado el pelo alguna vez desde que Lefty Monohan lo había hecho en el colegio? Pero aquello era muy distinto.

—¿Quieres algo azul claro? ¿O qué tal naranja?

—El naranja me haría parecer un trabajador de carretera. Me las apañaré con el negro.

—Te lo dije.

Connor se dio cuenta de que quería volver a verla sonreír, escuchar su risa. A él no se le daba bien eso de acercarse a las personas. Tenía amigos esporádicos y había tenido varias relaciones, pero nunca se había sentido tan unido a una persona.

Encontraron una chaqueta negra y regresaron hacia el albergue para estar allí antes de que Angie regresara. Cuando llegaron, Connor fue arriba a ver su correo electrónico y trabajar, mientras Jenny se quedaba abajo para ayudar al personal en el mostrador

mientras los huéspedes iban llegando.

Cuando Jenny fue arriba para acostar a Angie, sentía el peso de tener que llevar un albergue lleno de gente y estar casada con alguien a quien apenas conocía. Las cosas no iban exactamente como había imaginado, claro que tampoco había tenido mucho tiempo para reflexionar. Eran los primeros días. Pasaría tiempo hasta que se sintieran como una pareja, hasta que hicieran las cosas como una familia.

Connor había sugerido llevarse a Angie con ellos al día siguiente. Pero Jenny no estaba segura de si a ella le apetecería o de si eso supondría una barrera entre ellos dos. Desde que habían comprado la chaqueta parecía como si él estuviese más distante. ¿Había dicho ella algo para molestarlo? No se le ocurría nada.

Era casi la hora de irse a la cama. Jenny se sentía incluso más nerviosa que la noche anterior. Ya sabía lo que esperar. ¿Querría Connor hacer el amor con ella otra vez?

Se sintió desilusionada al entrar y ver la sala de estar vacía. Fue a ver que Angie estuviera dormida, la arropó y le dio un beso en la frente. Una vez más le juró a Cathy que haría todo lo que pudiera.

—Lo estamos haciendo lo mejor que podemos por tu hija —susurró.

Cuando Jenny entró en su propia habitación descubrió que también estaba vacía. ¿Dónde estaría Connor? No lo había visto abajo, pero aún quedaba gente en el comedor, hablando y bebiendo café. Quizá se había unido a ellos.

Se preparó para irse a dormir y se metió bajo las sábanas. ¿Habría hecho algo mal la noche anterior para que Connor no quisiera acostarse más con ella? Se colocó en su lado y fue quedándose dormida mientras se preguntaba si volvería a hacer el amor con su marido alguna vez.

Poco después la despertó el tacto de un cuerpo cálido junto a ella, y unos labios que recorrían su mejilla.

—¿Connor? —preguntó medio dormida.

—¿A qué otra persona esperas en tu cama? —respondió él.

Jenny sonrió y se dio la vuelta deseando poder verlo, pero la habitación estaba a oscuras.

—¿Dónde estabas?

—Me quedé hablando con algunas personas en el comedor. No

me di cuenta de lo tarde que era —dijo, y comenzó a acariciarla suavemente. Su boca encontró la de ella en la oscuridad. Una vez más, Jenny sintió la llama de la pasión dentro de ella.

Capítulo 10

La semana siguiente fue una de las más felices que Jenny recordaba. Estuvo muy ocupada en el albergue con todos los huéspedes. Pero también tuvo tiempo libre para participar en algunas de las actividades del festival cuando Angie regresaba del colegio.

Connor pasaba las mañanas trabajando y luego se iba a buscar un lugar en el que establecer su oficina y una casa.

Cuando Angie llegaba a casa cada día, Connor y Jenny ya estaban libres para poder ocuparse de ella.

Cada vez parecía menos triste e infeliz. Jenny sabía que pasarían años hasta que superara la muerte de sus padres, si es que alguna vez lo hacía, pero al menos sabía que estaba haciendo todo lo posible para demostrarle que estaría segura con ellos.

Los tres disfrutaron viendo las esculturas de hielo y Jenny y Connor aplaudieron a Angie cuando hizo ángeles de nieve y ganó el premio.

Para que todo pareciera normal, Jenny insistió en que cenaran los tres en la suite en vez de en el abarrotado comedor. Eso les daba tiempo que compartir como familia.

La primera noche Angie charló tranquilamente, contándole a Jenny y a Connor su día en el colegio y lo bien que se lo había pasado yendo a ver el festival. Jenny hablaba de vez en cuando pero estaba más pendiente de Connor, que estaba sentado enfrente de ella y que las miraba a las dos con una intensidad sorprendente. Cuando Jenny trató de que participara, sus comentarios fueron breves y escuetos.

A la tercera noche, sin embargo, se unió a Angie, bromeando con ella. Jenny se preguntaba si su reticencia anterior se había debido a su inexperiencia en el terreno familiar.

—Cuéntanos cómo va tu búsqueda de oficina —dijo Jenny la noche del jueves.

—No hay mucho que contar. No he encontrado en Rocky Point nada que me convenza. Tendré que buscar más lejos.

—¿Como dónde? ¿Stanburg? Es el próximo pueblo, pero no es tan grande como Rocky Point.

—Si es necesario, sí. Mañana Darryl me va a enseñar algunas casas que pueden ser convertidas en oficinas. Si no veo nada mañana, ampliaré la búsqueda. Tampoco he encontrado ninguna casa para nosotros que me convenza.

—¿Estás buscando sin mí? —preguntó Jenny desconcertada. Había pensado que se pondrían a buscar la casa juntos.

—Sólo estoy eliminando las casas totalmente inapropiadas. Si encuentro una que coincida con nuestros criterios, por supuesto que me aseguraré de que la veas antes de tomar una decisión.

—¿Qué son criterios? —preguntó Angie.

—Las cosas que queremos en una casa —explicó Jenny—. Recuerda que el tío Connor dijo que buscaríamos una casa de ladrillo.

—Así que no importa lo mucho que soples porque nunca se derrumbará —dijo Angie.

—Exactamente —dijo Jenny con una sonrisa.

—Si la casa de mis padres hubiera sido de ladrillo no habría ardido, ¿verdad?

—preguntó Angie en voz baja—. Pero con la madera no se hacen buenas casas.

—Oh, cariño, no pienses así. El fuego fue un accidente horrible, no ocurrió simplemente porque tuvieras una casa de madera.

—¿De qué habláis? —preguntó Connor.

—Los tres cerditos —dijo Jenny mientras le quitaba a Angie un mechón de pelo de la cara—. Tu tío Connor nos conseguirá una casa estupenda. Y no se quemará.

—¿Qué tres cerditos? —preguntó Connor sin entender nada.

—El cuento. Los Tres Cerditos.

—A mí nunca me contaron cuentos —dijo él antes de seguir comiendo.

—¿De niño?

—¿Te imaginas a mi padre leyendo cuentos para niños?

A Jenny le dio un vuelco el corazón. Él ni siquiera había tenido infancia. Sentía que su ira hacia Brian aumentaba. ¿Cómo se atrevía aquel hombre a tratar a su hijo de aquel modo?

Jenny comenzó a entender la magnitud del plan de Connor. El no sabía cómo era eso de ser padre ni tener una familia, pero lo había arriesgado todo por una niña a la que conocía desde hacía

menos de un mes.

—¿Sabes qué? —dijo Jenny tras terminar la cena—. Después de que te bañes, Angie, le cuentas a tu tío el cuento de los tres cerditos. No se cuentan esos cuentos en California, así que será la primera vez que lo oiga.

—Es una falta importante en mi educación —dijo Connor.

—Totalmente. Y quizá encontremos más que podamos remediar.

Ella quería dejar el tema antes de ponerse nostálgica. A pesar de lo obsesivo que había sido su padre con los entrenamientos, también ella tenía recuerdos felices de su niñez. Y las ansias de triunfar no sólo habían sido por parte de su padre. Ella siempre había querido triunfar. No había sido culpa de su padre que justo cuando el oro estaba cerca ella hubiera tenido el accidente.

Pero tampoco era su culpa. Tenía que recordar eso, aunque le costaba trabajo.

Jenny dejó que Connor acostara a Angie. Quería dejar que tuvieran todo el tiempo posible para que se sintieran unidos. Además, con todas las tardes que estaba perdiendo, el trabajo se le acumulaba.

Eran las once de la noche cuando por fin terminó y abandonó la oficina. El vestíbulo estaba desierto. Ben Harrington estaba tras el mostrador, preparando un trabajo de clase. Cuando no había mucho trabajo a Jenny no le importaba que los chicos se dedicaran a otra cosa.

Estaba a punto de comenzar a subir las escaleras cuando vio a Connor en el porche.

Fuera hacía un frío horrible y él estaba allí en mangas de camisa. Ella alcanzó su chaqueta y se dirigió fuera.

—¿Qué haces aquí fuera sin una chaqueta?

—¿Me estás controlando? —preguntó él sorprendido.

—Pues si te comportas como si no tuvieras sentido común, sí, lo hago. ¿Es que no tienes frío?

—He salido hace un minuto. He estado charlando con algunos de tus huéspedes. Pensé que me vendría bien algo de aire antes de irme a la cama.

Entonces se acercó a ella y le puso el brazo por encima de los hombros. Luego siguió mirando hacia la oscuridad que se extendía más allá del porche.

—¿Va todo bien? —preguntó ella. Por primera vez sentía que estaba casada.

—Claro —dijo él. Hubo una pausa y luego añadió—: Quizá no.

—¿Qué?

—Pensé que lo tenía todo controlado. Casarse, apartar a Angie de mi padre…

Pero la verdad es que creo que me he metido en un lugar al que no pertenezco. No sé nada de ser padre. Ni siquiera conozco cuentos que conocen los niños de ocho años.

—Connor, tu habilidad como padre no reside en que sepas contar cuentos.

—Claro que no, pero es representativo. Yo no tuve una infancia normal. No sé educar a un niño.

—Como la mayoría de los padres. Los niños no vienen con libro de instrucciones. Lo haremos lo mejor que podamos.

—¿Crees que mi padre lo hizo lo mejor que pudo?

—No. Pero tú no eres como él.

—Llevo su sangre en mis venas.

—Y la de tu madre y la de todos tus ancestros. Además, tienes tus propias vivencias y valores. Creo que vas a ser un gran padre.

—¿Y cómo marido? —preguntó él suavemente.

—Ahí tienes una ventaja. No hay instrucciones, pero puedo decirte lo que hacer.

—Sólo si dejas de actuar como si me tuvieras miedo.

—No te tengo miedo, Connor.

—Actúas de forma asustadiza cuando me acerco.

—Eso no es miedo. Es sólo la conciencia de tenerte cerca.

El la miró a los ojos.

—¿De modo que tienes que apartarte?

—O eso o tirarme a tu cuello —dijo ella, esperando que él no se riera.

Entonces él suspiró y la besó con fuerza.

—Estoy esperando a que alguna noche me digas que te duele la cabeza o algo así —dijo él.

—Probablemente eso nunca ocurrirá —dijo ella. ¿Era verdad? ¿Realmente había pensado que le tenía miedo? Si había algo que le daba miedo era desearlo demasiado.

—Entonces vamos arriba y haré lo que pueda para ser un buen

marido.

Si Jenny pensaba que su revelación pondría las cosas más fáciles entre ellos, se equivocaba. El viernes por la mañana Connor estaba tan distante como el resto de las mañanas. ¿Sería su comportamiento normal o era que aún se guardaba cosas?

La encontró a media mañana, cuando estaba en el comedor hablando del menú de la noche con Sally Thompson.

—¿Necesitas algo? —preguntó Jenny cuando Sally regresó a la cocina.

—He oído que mañana es el baile en la universidad. El fin de fiesta del festival.

Se entregarán los premios de las esculturas. Supongo que podrán verse el domingo.

—Sí, y el lunes todo vuelve más o menos a la normalidad durante otro año más.

—¿Vamos a ir al baile?

—Connor, yo no bailo.

—¿Por qué no? Caminas bien.

—No. Cojeo, necesito un bastón.

—No necesitarás un bastón. Yo te llevaré. Despliega tus alas y ven conmigo —dijo él.

Era tentador. No recordaba la última vez que había ido a un baile.

—Está bien —dijo finalmente, preguntándose qué iba a llevar puesto.

—Angie podrá quedarse a pasar la noche en casa de Cilla. Está todo arreglado.

—¿Qué? Connor, no ha dormido allí desde que sus padres murieron. No irá.

—Ya ha accedido.

—¿Cómo lo has hecho?

—Con lógica.

—Oh, claro. Como una niña de ocho años razona tan bien…

—Bueno, con lógica y soborno.

—¿Qué le has prometido?

—Que podría llamarnos antes de irse a la cama. Y que la madre de Cilla la levantaría temprano y la traería aquí para desayunar los tres juntos. Y le prometí que el albergue no se quemaría.

—¿Y te creyó, así, sin más? Yo le he dicho eso muchas veces.

—Pero no le dijiste que la caldera de propano de sus padres causó el accidente.

El albergue depende de la central del pueblo. Gran diferencia. También le dije que yo iría a buscarla en mitad de la noche si ella quería irse a casa.

A Jenny le encantó poder ir a la clausura del festival. Llevaba años deseando ver cómo era, escuchando cosas fantásticas de los huéspedes que asistían. La sala de baile de la universidad había sido decorada con colores plateados y blancos. Los vestidos que llevaba la gente eran preciosos y Jenny se sintió joven otra vez con el vestido nuevo que habían encontrado ella y Libby aquella mañana. Era del color de arándano y se ajustaba a su cuerpo a la perfección.

Y lo mejor fue que cuando regresaron escucharon un mensaje de la madre de Cilla diciendo que las niñas se habían ido a dormir y que probablemente lo estarían toda la noche.

Cuando Jenny salió del baño más tarde, preparada para irse a la cama, vio a Connor apoyado contra el cabecero. La sábana le cubría de cintura para abajo y ella sabía que no llevaba nada debajo.

—Cojeas más de lo habitual. ¿Te duele la pierna?

—Un poco. Pero ha valido la pena. Me lo he pasado genial esta noche. Gracias por llevarme.

—Ven a la cama y yo te masajearé la pierna.

—Estoy bien.

—Con los músculos doloridos cuesta más dormir. Ven a la cama.

Ella obedeció y se tumbó. El comenzó a darle un masaje con suavidad.

—¿Dónde aprendiste esta técnica? —preguntó ella sintiendo cómo desaparecía el dolor.

—Aquí y allá. Los hombres hacen deporte, se lesionan y no siempre pueden permitirse un médico.

—¿Has encontrado algún sitio bueno para tu oficina?

—Hay una que es una opción. ¿Quieres que vayamos a verla mañana?

—Mmmm —murmuró ella. Se sentía como flotando en el aire y fue quedándose dormida.

Se despertó a la mañana siguiente al oír a Angie entrar en la habitación.

—¡Me he quedado en casa de Cilla! —exclamó la niña. Jenny se incorporó y comprobó que el sitio de Connor estaba vacío. ¿Qué hora era?

—Ya veo. ¿Te lo has pasado bien?

—Sí. Y quizá Cilla pueda venir aquí el fin de semana que viene a pasar la noche.

—No veo por qué no —dijo Jenny mientras la abrazaba—. Quiero que me lo cuentes todo. Connor también querrá oírlo, así que podrás contárnoslo en el desayuno. ¿Dónde está Connor?

—Vino a recogerme. Está abajo tomando un café. Me dijo que viniera a buscarte para que desayunásemos y luego fuésemos a ver dónde piensa poner su oficina.

Tiene la llave. Venga, tía Jenny. Tengo hambre.

Jenny se dio prisa.

Tras el desayuno Connor las llevó de paseo por el pueblo, deteniéndose en cada escultura con premio. El pueblo aún estaba lleno de visitantes, pero la mayoría de la gente ya había abandonado el albergue.

Tras ver la última estatua se dirigieron hacia una calle lateral y se detuvieron frente a una enorme casa vieja. Necesitaba pintura. Pero destacaba sobre las demás.

Tenía dos pisos, ventanas enormes y un porche.

—Esto es lo mejor que Darryl me ofrece —dijo él.

—Probablemente no es a lo que estás acostumbrado —dijo Jenny. A ella le parecía que necesitaba mucho trabajo para ser viable.

—Nuestras oficinas administrativas están en un rascacielos en Wilshire Boulevard.

—¿Cómo es el interior? —preguntó Jenny. Quizá el interior estuviera en mejores condiciones.

No era así.

—¿Qué es ese olor? —preguntó Angie mientras examinaba la primera habitación en la que entraron.

—Cuando una casa ha estado cerrada durante mucho tiempo huele así —dijo Jenny—. Necesita airearse.

—Y probablemente repararse —dijo Connor mirando la mancha de humedad que había en el techo.

—Si la gotera ha llegado a este techo, ¿cómo estarán las

habitaciones de arriba?

—preguntó Jenny.

—Esa gotera es de un baño de arriba. El tejado está bien. Creo que es la única cosa que está bien —dijo Connor mientras miraba el resto de las habitaciones con ojo crítico. Las esperanzas de Jenny se desmoronaban—. Ya he visto suficiente.

Jenny permaneció en silencio mientras regresaban a la oficina inmobiliaria, donde Connor dejó la llave. Estaba segura de que aquélla no era la imagen que él quería para su compañía.

Tras regresar al albergue Angie se fue a patinar con sus amigos. Jenny fue a comprobar las cosas en la cocina y al regresar vio a Connor charlando con dos de los huéspedes.

Se dirigió al mostrador, donde Libby estaba trabajando.

—¿Qué tal va todo?

—Bien. La mayoría de los huéspedes se han marchado ya, y sin ninguna queja.

Otras cinco parejas se van mañana por la mañana. Queda sólo la señora Abercrombie en la habitación dieciséis. En comparación esto estará muerto la semana que viene —dijo Libby.

—Lo sé, pero será un descanso breve. Tenemos muchas reservas para las vacaciones de primavera.

—He de decir que me ha sorprendido —dijo Libby señalando con la cabeza a Connor.

—¿Qué?

—Está hablando con algunos de los huéspedes. Me parece demasiado intenso para iniciar una conversación así sin más.

—Me parece que son los tres de ese modo. No son como la mayoría de los hombres que vienen aquí a disfrutar de la paz de Rocky Point.

—Tienes razón. Los tres afrontan la vida sin miramientos.

—Creo que eso se llama ambición. Quizá podamos utilizarlo como reclamo.

«Incluso si es usted un hombre de negocios, tenemos algo para usted en el albergue de Rocky Point»

—No veo yo a Connor dejando que lo utilicemos como atracción del albergue

—dijo Libby.

—Definitivamente no. Nunca se lo haría saber.

Después de que Angie se hubiera ido a la cama, Jenny y Connor se sentaron en la sala de estar. Había sido un día encantador.

—¿Te molesta la pierna? —preguntó él.

—No. Quizá debería haber ido a darme un masaje. Pero aquí no hay clínicas deportivas, aunque he oído hablar de ellas. Pensé que sólo eran una moda pasajera.

Pero si pueden hacer lo que tú me hiciste anoche, entonces valen la pena.

—Aún sigo pensando que deberías consultarlo con tu médico.

—La próxima vez que vaya se lo preguntaré —dijo Jenny mientras se acomodaba sobre los cojines—. Siento que no haya ninguna oficina apropiada para ti.

Nunca había pensado en eso antes.

—No tenías razón para hacerlo. ¿Dónde vivías cuando eras niña?

—Sobre el garaje que tenía mi padre. Era un apartamento pequeño, pero también el único hogar que conocía hasta que conseguí este lugar.

—Increíble. Has vivido en el mismo pueblo toda tu vida, y sólo en dos casas diferentes. Yo he vivido en tantos apartamentos que se me mezclan en la cabeza.

Antes de independizarme, el mayor periodo de tiempo que había estado en una casa eran dos años.

—¿Y el colegio?

—Cambiaba con frecuencia.

—Espero que podamos darle algo mejor a Angie —dijo ella.

—Si se queda aquí, habrá crecido en la misma ciudad en la que lo hiciste tú.

—Pero sin los innumerables entrenamientos y los viajes. No tengo muchos amigos de mi edad porque perdí a muchos cuando competía.

—Es una vida dura, pero debías de ser muy buena para estar en el equipo olímpico.

—A veces me pregunto cómo habrían sido las cosas si no hubiera sido tan buena. Si mi padre no me hubiera presionado tanto —dijo ella pensativa.

—¿Qué cambiarías?

—Tendría más amigos y me sentiría más parte de la comunidad. Habría salido más de fiesta, habría tenido citas, habría sabido lo

que es ser una niña —hizo una pausa y respiró hondo. El pasado se había ido. Nada cambiaría eso. Pero ella nunca impulsaría a sus hijos a conseguir una meta para su propio bien como había hecho su padre. ¿Sus hijos? No habían hablado de eso.

—Basta ya de hablar del pasado. Es el presente lo que me interesa. Hora de acostarse —dijo Connor mientras se levantaba para darle la mano.

Cuando estuvieron en el dormitorio, él le tomó la cara con las manos y le acarició el pelo.

—Te deseo, Jenny.

—Yo también te deseo —dijo ella, y sintió cómo él controlaba sus emociones mientras la besaba.

Cuando le quitó el jersey se sintió helada, pero sabía que en sólo unos momentos él la calentaría como nunca nadie lo había hecho.

El sexo fue increíble. A veces era lento y lánguido, otras veces era rápido y feroz. Aquella noche pareció mucho más especial tras un día perfecto. Jenny pensaba que le iba a explotar el corazón de alegría. Amaba a aquel hombre y sería así el resto de sus días.

Connor la besó y la acercó a él para abrazarla. Los dos se quedaron quietos.

—Te quiero —dijo ella.

El se quedó rígido. Ella sabía que la había oído. Suspiró suavemente y se dio la vuelta tratando de verlo en la oscuridad.

—No te preocupes, no implica ataduras.

No pensaba que sus sentimientos por ella fueran recíprocos, aunque en el fondo había cierta esperanza.

—Lo dices porque estás embriagada por la pasión. La gente piensa que necesita decir cosas así —susurró él.

—No, no lo digo embriagada por el momento. Llevo sintiendo lo mismo durante días. Quería decírtelo. Así que lo he hecho. No pasa nada, Connor. No quería que lo malinterpretaras. Imaginé que te gustaría saber cómo me siento.

Duérmete.

Cuando Jenny se despertó a la mañana siguiente, Connor se había ido.

Capítulo 11

Connor yacía sobre su espalda mirando al techo, sin ver nada más que la oscuridad. Llevaba despierto al menos una hora. Desde que había abandonado Maine, tres semanas atrás, no había conseguido dormir bien ni una sola noche.

Lo primero de todo era que era un cobarde. Jenny había hablado de amor y él había salido corriendo como un conejo asustado. Cerró los ojos, pero las palabras se repetían en su mente. Deseaba que se lo hubiera dicho a la luz del día, para haber podido ver su cara. Pero no había luz, como en aquel momento.

Nunca nadie le había dicho que lo amaba con anterioridad.

¿Lo había dicho en serio o llevada por la pasión?

¿Qué iba a hacer al respecto? ¿Qué se podía hacer? Si ella creía que estaba enamorada, bien. Pero para él no significaba nada.

Pero la echaba de menos. A ella y a Angie. Habían hablado por teléfono casi a diario, pero no era lo mismo. Sólo con oír su voz al teléfono deseaba estar a su lado.

Verla caminar, ver su pelo sobre sus hombros, decir algo que la hiciera sonreír y ver cómo se le iluminaban los ojos.

Podía regresar. Había planeado ubicar su oficina central allí. Nada había cambiado. Una vez que hubiera encontrado un lugar se trasladaría. Pero en tres semanas no había hecho muchos progresos.

Frunció el ceño. No era típico de él. Normalmente se centraba en los problemas, encontraba una solución y la llevaba a cabo.

Tenía que hacer algo, pero no sabía el qué. Por primera vez en mucho tiempo estaba perdido. ¿Qué se le decía a una mujer que estuviera enamorada de él?

¿Y cuánto tiempo duraría ese amor? Probablemente hasta que él hiciera algo para estropearlo.

De pronto sonó su teléfono. Miró el reloj. No eran ni las cinco.

—¿Sí? —contestó.

—Tío Connor, ¿puedes venir? —dijo Angie desde el otro lado del teléfono con voz asustada—. Te necesitamos. Alguien se ha estrellado contra nuestro coche y la tía Jenny no se mueve. Hay sangre y cristales rotos. Ven a ayudarnos.

El se incorporó aterrorizado.

—Angie, ¿dónde estáis? ¿Qué ha ocurrido?

—Creo que yo también estoy herida. Me duele el brazo y hay sangre en mi chaqueta. Al ver que la tía Jenny no contestaba tomé el teléfono que le diste y te llamé como me enseñaste. Aquí viene el sheriff, ¿oyes la sirena?

—Angie, escúchame. Dime qué ha ocurrido —dijo él mientras se levantaba y comenzaba a vestirse.

—La tía Jenny me llevaba al colegio y un coche viejo se estrelló contra nosotras.

Ella se dio en la cabeza, creo. Pero no se despierta.

—Oh, Dios —dijo él—. ¿Está allí el sheriff?

—Es el sheriff Tucker. No parece contento de vernos. ¿Puedes venir, tío Connor? Te echamos de menos. Estoy asustada —comenzó a llorar.

—Vale, cariño, cálmate. Voy de camino. Pero tardaré algún tiempo. Haz lo que os diga el sheriff Tucker.

—De acuerdo —la conexión se cortó.

—¡Maldita sea! —exclamó Connor. Volvió a marcar, pero no hubo respuesta.

Dos horas más tarde estaba en el aire. Al no conseguir conectar con el móvil trató de llamar al albergue. No se habían enterado del accidente, no sabían nada.

Connor consiguió el número del sheriff y llamó. La primera vez, antes de tomar el avión hacia Boston. Le dijeron que el sheriff había salido a causa de un accidente.

Una interminable hora después consiguió localizar a uno de los ayudantes.

—Un grupo de jóvenes iba en el otro coche. Iban demasiado deprisa y patinaron sobre una placa de hielo. Se empotraron contra el coche de Jenny —dijo el ayudante.

—¿Cómo está mi mujer?

—La han llevado al hospital. No sé las últimas noticias. Aún están trabajando para retirar los coches de la carretera.

Connor consiguió el número del hospital y llamó inmediatamente. No podía imaginarse lo que podía estar sintiendo Jenny. Era casi una repetición de lo que había ocurrido años atrás.

Esperaba que no fuese nada serio. ¿Qué haría si estuviese gravemente lesionada?

Sentía que había vivido en una constante frustración. La persona del hospital con la que habló por teléfono no tenía información. Jenny estaba en urgencias. Trató de ser paciente, pero necesitaba respuestas. Le sugirieron que probara unos minutos más tarde.

Llamó a Stephanie y le pidió que alquilara un avión para él desde Boston a Portland. No estaba dispuesto a esperar otro avión y luego conducir dos horas. Tenía que llegar allí lo antes posible.

Las horas parecían interminables. Los informes que recibía no servían de ayuda. Finalmente localizó a Libby.

—¿Cómo está?

—Van a dejarla aquí como precaución. Tiene una conmoción leve y quieren seguir su evolución. Angie necesitó cuatro puntos en el brazo. Pero está aquí con nosotros ahora. Está en la cocina con Sally. ¿Quieres hablar con ella?

—Sí —dijo él sintiendo como se le quitaba un gran peso de encima.

Experimentó una sensación que nunca había tenido antes. Miró por la ventana del avión esperando no hacer ninguna estupidez, como llorar.

—Hola, tío Connor.

—Angie, ¿cómo estás, cariño?

—Tengo puntos en el brazo. Y tenía cristal en el pelo. Tuve que cambiarme. Y

no he ido al colegio hoy. Pero tampoco puedo ir a patinar. Libby dice que tengo que descansar. Así que la señora Thompson está haciendo bizcochos. Me encantan sus bizcochos.

—Ya lo sé. Me alegro de que no haya sido nada grave. ¿Fuiste valiente en el médico?

—Sí, y me han llevado en una ambulancia con la sirena encendida. La tía Jenny estaba dormida, pero yo la oí. Pensé que vendrías.

—Voy de camino, Angie. Llevo en camino desde que hablé contigo esta mañana. Se tarda un poco en ir desde Los Ángeles a Maine.

—La próxima vez no te vayas tan lejos.

—Sí, la próxima vez no me iré tan lejos. Llegaré allí como a la hora de cenar, pero primero iré al hospital a ver a Jenny.

—¿Pero luego vendrás aquí?

—Sí, Angie, entonces iré allí a verte. Déjame hablar con Libby otra vez.

Tras dejar claros sus planes y conseguir la dirección del hospital colgó. No le quedaba nada más que esperar hasta aterrizar en Maine.

—¿Jenny?

Jenny pensó que había oído la voz de Connor y sonrió. Llevaba todo el día deseando poder conseguir un teléfono para llamarlo, pero habían pasado horas desde el accidente y no tenía energía ni para marcar. Con la confusión del accidente había perdido el móvil.

Libby le había dicho que ya había sido informado y Jenny esperaba que no estuviese muy preocupado.

—Jenny, ¿estás despierta?

Abrió los ojos y miró hacia la puerta. El estaba allí, vestido de negro.

—¿Connor? ¿Qué haces aquí?

—He venido tan pronto como me he enterado. ¿Cómo estás?

—Aparte de un dolor de cabeza que no se me va, estoy bien. Dicen que tengo una conmoción, así que me tienen en observación. Pero esta vez no me han dado en la pierna.

Él se acercó y le tomó la mano.

—No quiero volver a recibir una llamada así en mi vida.

—Le dije a Libby que no te preocupara —dijo Jenny apretando su mano.

—Angie me llamó desde el lugar del accidente antes de que llegara el sheriff.

Casi me muero del susto.

—¿Cómo está ella? Libby dijo que está bien, pero no quiero que se ponga nerviosa. Con la pérdida de sus padres no quiero que esto le cause un trauma.

—Parecía que estaba bien por teléfono. Voy a ir al albergue cuando salga de aquí. Ella no me preocupa.

—¿Has venido aquí primero?

—¿Dónde iba a ir si no? He venido todo lo rápido que he podido. Los Ángeles está muy lejos.

—Eso llevo pensando yo las últimas semanas —dijo ella—. ¿Estás bien? Tienes un aspecto horrible.

—Gracias. No he tenido tiempo de afeitarme ni de comer. Tomé

el primer avión que pude y luego alquilé otro en Boston. Cada kilómetro del camino he estado preocupado por ti. ¿Cómo estás de verdad?

—Estaré bien. Al menos tú no estás gritando —dijo ella con una sonrisa.

—Estoy seguro de que no tengo necesidad de hacerlo. Eres una adulta.

Supongo que tenías una razón para tomar el coche.

—Llevaba a Angie al colegio. El otro coche patinó en el hielo. Por fortuna no iba muy deprisa —sintió un escalofrío a pesar del calor de la habitación. Por un momento aquella mañana había revivido el accidente de hacía años.

—El ayudante del sheriff pensaba que sí.

—Bueno, quizá un poco deprisa para las condiciones meteorológicas, pero no si las carreteras hubieran estados secas. Sólo eran unos críos. Están asustados, pero no heridos.

—Siento que tú hayas sido la herida.

—Gracias por venir, Connor. Te he echado mucho de menos.

—¿Recuerdas nuestra conversación sobre ser un buen marido? Ella asintió.

—Pues quizá deberías escribir un manual de instrucciones que comience por quedarse en Maine.

En ese momento entró el doctor Rankin. Había sido el médico de Jenny desde que era una niña.

—Espero no interrumpir —dijo el doctor.

—Doctor Rankin, éste es mi marido, Connor Wolfe —dijo Jenny.

—¿Cómo está? —preguntó Connor.

—Mejor que la última vez —dijo el doctor mirando su tabla—. Si no muestras nuevos síntomas antes de mañana, te daremos el alta. Quiero que estés alerta por si surgen complicaciones. Aunque no creo que ocurra. ¿Usted cómo está? —le preguntó a Connor.

—Como si me hubieran quitado diez años de vida. He venido lo antes posible.

Pero cuesta venir desde Los Ángeles.

—Pero ahora está aquí.

—Y no le estoy gritando por algo que no es culpa suya —dijo Connor.

—¿Qué quiere decir? —preguntó el doctor Rankin.

—Como su padre la última vez.

—No lo comprendo —dijo el doctor.

—Cuando tuvo el otro accidente su padre se puso furioso con ella, tuvo un ataque y murió en su habitación del hospital.

—Jenny, ¿es eso cierto?

Ella asintió y el doctor miró a Connor.

—El accidente ocurrió en Boston. Yo no me ocupé de su recuperación hasta que no regresó aquí semanas después. Sabía que Max había muerto, claro, pero llevaba esperándolo años.

—¿Qué? —preguntó Jenny—. ¿De qué habla?

—Tu padre tenía un corazón débil, Jenny. Le dije que dejara de fumar y que volviera a la vida tranquila que teníais antes, pero nunca me hizo caso. Seguía diciendo que tenía que llevarte a las olimpiadas porque entonces tendrías la vida solucionada. Me sorprende que viviera tanto.

—¿No fue por mí por lo que sufrió el infarto? —preguntó ella con incredulidad.

—No veo cómo. Ya había tenido más ataques leves en los años anteriores a su muerte. Le receté medicinas, pero eso no iba a hacer que viviera para siempre. ¿Has pensado todo este tiempo que fue por tu culpa?

Ella asintió lentamente.

—No, Jenny. Cuando murió, tu padre estaba viviendo con tiempo prestado. No sabía que pensaras eso. De lo contrario, te lo habría dicho antes. Nunca lo mencionaste.

—El nunca dijo nada —dijo ella—. ¿Cómo podía estar tan enfermo y no decirlo?

—No quería que lo supieras. Como médico yo tuve que respetar sus deseos por cuestiones éticas. El creía que si ganabas el oro tendrías contratos de por vida y ya no lo necesitarías. Te adoraba. Dio todo para que tú tuvieras una oportunidad.

—Y yo lo eché todo a perder por salir aquella noche.

—No —dijo Connor apretándole la mano—. Fue el otro coche el que causó el accidente.

—Yo no causé la muerte de mi padre —dijo ella mirándolo a los ojos.

—No, Jenny, claro que no —dijo Connor y miró al médico—. ¿Le ha dicho que le molesta la pierna? ¿No hay nada que se pueda

hacer para aliviar el dolor?

—Podemos hacer algunas pruebas por la mañana, antes de darle el alta. Otra cosa que deberías haberme dicho, Jenny. Iré a encargar las pruebas ahora mismo y veremos lo que descubrimos. Quizá haya algo aparte de la medicación que pueda funcionar. Han hecho muchos progresos en cirugía durante los últimos años.

Cuando el doctor se marchó, Connor se inclinó y besó a Jenny.

—Trata de descansar. Voy a ir al albergue. Estaré aquí por la mañana para recogerte.

—Gracias por venir, Connor.

—Eres mi mujer. ¿Cómo no iba a venir? Siento haber estado tan lejos.

«El deber llamó y él acudió», pensó Jenny. Era un hombre honorable, naciendo lo que creía que era mejor para Angie y para ella. Su mujer lo necesitaba y había acudido.

Cuando pasara la crisis, ¿se quedaría como había dicho o se arrepentiría de aquel matrimonio?

—Estoy cansada. Creo que voy a dormir un rato —dijo ella soltándole la mano.

Ya era suficiente que hubiera ido, no tenía que estar agarrándole la mano fingiendo una preocupación que no tenía.

—Estaré aquí por la mañana para llevarte a casa.

—No, espera hasta que yo llame. Si el doctor tiene que hacerme pruebas largas quizá lleve un rato.

Él frunció el ceño y asintió.

—Mejórate.

Jenny vio cómo se marchaba y deseó llamarlo para que regresara y la abrazara.

Había tenido semanas para arrepentirse de su impetuosa revelación de aquella noche. Lo había asustado lo suficiente como para que se fuese a la Costa Oeste.

Le dieron el alta a la mañana siguiente. Había dormido bien toda la noche, excepto cuando entraban las enfermeras a ver cómo estaba. Las pruebas habían ido bien. Le habían dicho que había nuevas técnicas en cirugía láser que le irían bien en su caso.

Connor llegó con el coche alquilado y llevó a Jenny al albergue. Aparcó frente a la puerta principal.

—¿Quieres que te lleve? —preguntó él.

—No. Estoy bien. Ni siquiera me duele la cabeza.

Entró en el albergue y Libby corrió a saludarla. Connor apareció poco después, tras haber aparcado el coche.

—Creo que debería irse directa a la cama —dijo él.

—Me gustaría sentarme, pero no quiero irme a la cama —dijo ella—. Puedo descansar en el sofá de la sala de estar durante un rato.

—¿Quieres una revista o algo? —preguntó Libby.

—No, no creo que esté preparada para leer todavía.

Connor la acompañó hasta la sala de estar.

—No dejes que el orgullo te lleve —le dijo—. Si necesitas descansar, vete a la cama.

—No te preocupes. Probablemente tendrás mucho trabajo. No dejes que yo te entretenga. Estaré bien.

—La verdad es que tengo algunas cosas de las que ocuparme. Si estás segura…

Jenny asintió. Se sentó en el sofá y cuando él se marchó, se acomodó en los cojines, apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos. No había razón para disgustarse porque él hubiera hecho caso de su sugerencia y se hubiera marchado. Si hubiera querido estar con ella habría mandado el trabajo al infierno y se habría sentado a su lado.

Angie estaba en el colegio. Connor le había asegurado que estaba bien, y emocionada por poder enseñarles a sus compañeros los puntos en el brazo.

Jenny se levantó y se dirigió al dormitorio. Quería ponerse unos zapatos más cómodos. Al mirar no vio el petate de Connor ni su ropa.

Se acercó al teléfono y llamó a recepción.

—Libby, ¿está Connor allí?

—No lo he visto desde que subió contigo. ¿Has mirado en la habitación siete?

—¿Habitación siete?

—Dijo que se quedaría allí durante tu convalecencia. Dijo que tenía trabajo y que te molestaría. Pensé que sería bueno darle la habitación puesto que no tenemos muchas reservas.

—Está bien. Es que no lo sabía —colgó el teléfono lentamente. ¿Habría pedido otra habitación porque estaba preocupado por ella o

para mantener la distancia?

Jenny tomó una comida ligera y luego se acostó. Le había vuelto el dolor de cabeza. Quizá una siesta ayudaría.

Angie la despertó cuando llegó del colegio.

—¿Estás bien?

—Estoy bien —dijo Jenny incorporándose en la cama—. ¿Tú qué tal?

—Tengo puntos. Pero ya no me duele.

—Eso está bien.

—Llamé al tío Connor con tu teléfono, pero tardó en venir.

—Estaba muy lejos. Se tarda mucho en llegar desde California.

—La próxima vez llamaré a Libby. ¿Puedes guardar su número en tu teléfono? —preguntó Angie sentándose a su lado.

—Claro que puedo. Y podemos guardar también el de Cilla y el de Andy.

—Y el del sheriff, porque fue el primero que llegó para ayudarnos.

—Pero Connor lo intentó —dijo Jenny—. Vino todo lo rápido que pudo.

—Pero no fue lo suficientemente rápido —dijo él desde la puerta.

—Hola, tío Connor —saludó Angie con una sonrisa—. La tía Jenny está bien.

—Deberías dejarla descansar —dijo Connor.

—Ya estoy lista para levantarme —contestó Jenny.

—Angie, ve a ver si la señora Thompson tiene algo para darte de comer. Yo tengo que hablar con Jenny.

Al oír aquello, a Jenny le dio un vuelco el corazón.

—Estaré en la sala de estar en un minuto —dijo ella mientras salía de la cama.

Él asintió y salió.

Jenny se puso los zapatos y se fue al vestidor. Se cepilló el pelo y se miró al espejo. No lloraría. Al menos enfrente de Connor. Le había dado más de lo que hubiera esperado. No era culpa suya si no la amaba.

Se dirigió a la sala de estar. Connor estaba de pie junto a la ventana, con un brazo apoyado en el marco, mirando el paisaje nevado. Ella se colocó a su lado.

—¿Qué aspecto tiene en verano? —preguntó él.

—Césped en la carretera. Flores por todas partes. Max hace un excelente trabajo encargándose de todo. Tenemos sillas de jardín para que los huéspedes se sienten por las noches.

«Podrías verlo en unos meses», pensó ella. «Si aún estuvieses aquí». Pero tenía la sensación de que Connor no vería jamás cómo era el albergue en verano.

El silencio se alargó durante minutos. Jenny comenzó a preguntarse si diría algo.

—No sé por dónde comenzar —dijo él finalmente. Sabía que si se marchaba le causaría dolor, pero era mejor aclarar las cosas y no seguir alargándolo.

—Dilo de una vez y márchate, por el amor de Dios —dijo ella.

—¿Decirlo y marcharme? ¿No quieres que me quede?

—¿Por qué? ¿Por Angie? Puedes dejarla aquí.

—¿De qué hablas? No voy a dejarla.

—Ah, sólo a mí —dijo ella mirando por la ventana. Era evidente que se llevaría a Angie con él.

—A ti tampoco voy a dejarte.

—¿No vas a dejarme?

—Jenny, ¿estás bien? ¿Es que el golpe te ha afectado a la cabeza?

—¿Qué tenías que decirme? Pensé que ibas a dejarme —dijo ella esperanzada de nuevo.

—No me marcho. He estado organizándolo todo para trasladar aquí mi empresa. Como no encontré nada apropiado, he decidido que voy a construir un complejo de oficinas aquí. He firmado los papeles esta mañana, antes de ir a buscarte.

—¿Te quedas en Rocky Point?

—¿No discutimos eso hace semanas? ¿Qué te ha hecho pensar que me iba?

—El que te quedaras en Los Ángeles.

—Sé que ha podido parecer eso estas últimas semanas. Pero estaba organizando las cosas. Y la verdad es que no sabía qué hacer con respecto a ti.

—¿Con respecto a mí?

—La última noche dijiste que me querías. ¿Era la pasión la que hablaba?

Jenny negó lentamente con la cabeza sin dejar de mirarlo a los ojos.

—Bueno, la cuestión es que… —comenzó a decir él lentamente mientras la abrazaba—. Tu accidente me asustó muchísimo. El viaje a Boston fue el más largo de la historia. Lo único en lo que pensaba era en qué ocurriría si no estuvieras conmigo en este mundo. No creo que pudiera soportarlo, Jenny. No debería haberme ido a Los Ángeles. Debería haber sido yo el que llevara a Angie al colegio. Tú me necesitas aquí y yo necesito estar aquí. Contigo. Con Angie.

—Porque…

—Porque te quiero. Quiero compartir mi vida contigo. Quiero saber todo lo que te ocurra y que tú sepas todo de mí. Quiero ver qué tipo de futuro podemos construir entre los dos. Aquí, en Los Ángeles, no me importa dónde siempre que tú estés allí.

Tu declaración me asustó. Pero la idea de perderte me asustó aún más. Siento haber huido. No volveré a hacerlo jamás. Te quiero, Jenny. Di que aún me quieres.

Ella lo envolvió con sus brazos.

—Por supuesto que te quiero, Connor. Te quiero y siempre lo haré. Oh. no puedo creer que me quieras. Esa no era parte del trato.

—Soy bueno haciendo tratos, y a veces resultan ser mejores de lo que esperaba

—dijo él, y la besó intensamente—. Lo de la oficina ya está arreglado. Si todo va bien, el personal de administración estará aquí para finales de verano. Ahora tenemos que decidir lo de nuestra casa. ¿Qué tal si nos reunimos con unos constructores mañana y diseñamos la casa perfecta para los tres?

—Me encantaría. Pero hay una cosa que… será mejor que sea la casa perfecta para los cuatro.

A Connor le llevó un instante entender lo que quería decir.

—¿En serio?

—Sí. Una de las pruebas que me hicieron fue de embarazo. Ha dado positivo.

Hablé con el doctor Rankin cuando entré en el hospital. Dijo que el accidente no suponía un riesgo. Así que en unos pocos meses tendremos un hijo o hija para unirse a nuestra familia.

—Así que después de la pena y la tragedia viene la felicidad. Siempre echaré de menos a mi hermana y lamentaré no haber

estado más unido a ella. Pero espero que pueda ver cómo ha acabado todo —dijo Connor suavemente.

—Le daremos a Angie la mejor familia que podamos —contestó Jenny.

—Y guarda algo de esa buena voluntad para nosotros también —dijo él, y la besó de nuevo, sellando el voto de la felicidad por todos los años que vendrían.

Fin